LA HABITACIÓN PROHIBIDA

LOCKED IN A STRANGER'S ROOM
(SPANISH EDITION)



SPENCER GUERRERO

LA HABITACIÓN PROHIBIDA

NOVELA DE SUSPENSO PSICOLÓGICO

ESCRITA POR SPENCER GUERRERO

TABLA DE CONTENIDO

DERECHOS DE AUTOR (COPYRIGHT)
TRADUCCIÓN Y EDICIÓN AL ESPAÑOL
ADVERTENCIAS DE CONTENIDO
DISFRUTA DEL ESPECTÁCULO...
1. PRÓLOGO
2. CAPÍTULO 1
3. CAPÍTULO 2
4. CAPÍTULO 3
5. CAPÍTULO 4
6. CAPÍTULO 5
7. CAPÍTULO 6
8. CAPÍTULO 7
9. CAPÍTULO 8
10. CAPÍTULO 9
11. CAPÍTULO 10
12. CAPÍTULO 11

13. CAPÍTULO 12
14. CAPÍTULO 13
15. CAPÍTULO 14
16. CAPÍTULO 15
17. CAPÍTULO 16
18. CAPÍTULO 17
19. CAPÍTULO 18
20. CAPÍTULO 19
21. CAPÍTULO 20
22. CAPÍTULO 21
23. CAPÍTULO 22
24. CAPÍTULO 23
25. CAPÍTULO 24
26. CAPÍTULO 25
27. CAPÍTULO 26
28. CAPÍTULO 27
29. EPÍLOGO
30. ¡GRACIAS AL LECTOR!
31. ¡MÁS LIBROS!
32. AGRADECIMIENTOS
33. SOBRE EL AUTOR

Aviso de los derechos de autor © 2026 por Spencer Guerrero.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor y/o se utilizan de forma ficticia.

TRADUCCIÓN Y EDICIÓN AL ESPAÑOL



Encargado de traducción y edición al español: A. J. Guerrero.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO







Este libro incluye referencias a pensamientos suicidas, asesinato, muerte, abuso y algunas escenas de violencia explícita.
Se recomienda discreción al lector.
Si tiene alguna pregunta o inquietud sobre el contenido o las advertencias de posibles temas sensibles de este libro, no dude en

enviarme un correo electrónico a:
info@spencerguerreroauthor.com
¡Quiero asegurarme de que tenga una excelente experiencia de lectura!

DISFRUTA DEL ESPECTÁCULO...

"Todos somos sirvientes de nuestro amo supremo: nuestra mente."

—S.G.

PRÓLOGO

Anabelle despertó sobre un suelo frío y duro. Abrió lentamente los ojos en la oscuridad de la habitación, aturdida y sin recordar cómo había llegado allí. El aire era húmedo y pesado. Casi no se podía respirar. Un olor podrido a alcantarilla y moho le invadió la nariz y le revolvió el estómago. El viejo suelo de madera crujía bajo su peso y estaba cubierto de polvo. Las paredes estaban manchadas y salpicadas de amarillo y blanco, con marcas negras de manos y de otras partes del cuerpo impresas sobre la pintura sucia.

Aún no lo sabía, pero estaba en un lugar que bien podría considerarse el infierno: un sitio cruel y oscuro gobernado por alguien parecido al diablo.

No reconocía lo que la rodeaba y pensó que estaba soñando. Levantó la cabeza y se la golpeó contra una bombilla que colgaba del techo de un cable. La parte de atrás de su cabeza comenzó a latir con dolor, así que se la acarició suavemente mientras soltaba un leve gemido. Recordaba que algo la había golpeado en la parte de atrás de la cabeza, pero todavía no estaba segura de lo que había sido. Simplemente no podía recordarlo.

Se palpó los bolsillos: no tenía el teléfono celular y se preguntó dónde estaba.

¿Lo habré dejado caer en algún lugar? ¿Qué estaba haciendo?

Quiso ver si podía encontrar un interruptor de luz o tal vez una puerta para salir de aquella habitación tan espeluznante.

Algo duro y metálico estaba apretado alrededor de su tobillo derecho, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba zapatos ni calcetines. Solo tenía puesta una camiseta gris y unos shorts deportivos negros. Miró hacia su pie y vio un objeto con forma de bloque conectado a él.

El pánico le apretó el pecho al pensar en lo que podría haberle sucedido. Entonces se le ocurrió algo terrible: la habían secuestrado.

¿Pero por quién? ¿Y por qué?

Extendió el brazo y lo deslizó sobre el objeto con forma de bloque. Se detuvo cuando escuchó un leve tintineo. Dudó un momento antes de tocar lo que parecía una cadena. La agarró para asegurarse e inclinó la cabeza, confundida.

Era una cadena, sin duda.

Un extremo estaba conectado a un bloque de cemento y el otro a una abrazadera metálica que mantenía su tobillo sujeto al bloque.

Entonces sintió cómo su tobillo comenzaba a latir con dolor.

En ese momento, Anabelle estaba completamente aterrada. Comenzó a respirar con dificultad mientras una avalancha de pensamientos le invadía la mente.

¿Alguien me secuestró?

¿Dónde demonios estoy?

¿Por qué estoy en esta maldita habitación tan aterradora?

Intentó ponerse de pie, pero se sentía demasiado débil, como si no hubiera comido en horas. El hambre le arañaba el estómago, que gruñía con fuerza, pero tenía que salir de allí. Tenía que escapar, sin importar qué.

Sabía que tal vez solo tenía unas pocas horas antes de desaparecer. Así era como siempre ocurría. Cuanto más tiempo pasara desaparecida, más tardaría la gente en encontrarla… si es que eso siquiera era posible.

Había visto muchos programas de noticias y documentales sobre personas desaparecidas. Siempre se sentía muy mal por ellas, pero nunca imaginó que ella misma se convertiría en una de esas víctimas.

Nunca pensó que terminaría cautiva contra su voluntad en una habitación oscura, sin una salida aparente.

Se levantó lentamente y trató de buscar una puerta. Vio lo que parecía ser un viejo televisor, de esos grandes y cuadrados, con unas antenas encima. Estaba en el suelo, junto a un taburete de madera.

Le pareció extraño que hubiera un televisor en la habitación si el objetivo era mantenerla prisionera, y comenzó a preguntarse si todo esto formaba parte de algún experimento cruel o si la persona que la había secuestrado era realmente diabólica.

No tenía idea de lo que le esperaba.

¿Estoy soñando?

Esto tiene que ser un sueño.

No puede ser real.

Intentó caminar hacia adelante, pero el bloque de cemento era demasiado pesado y no le permitía moverse.

A pesar del obstáculo encadenado a su pie, avanzó con dificultad mientras el bloque de cemento se arrastraba por el suelo de madera, produciendo un chirrido agudo y desagradable que le lastimaba los oídos.

Anabelle vio lo que parecía ser una puerta entre las sombras e intentó correr hacia ella, pero se lanzó hacia adelante demasiado rápido y tropezó.

Cayó contra el suelo con un fuerte golpe y se lastimó los codos. Gimió de dolor cuando el ardor se extendió por ellos y una sensación de entumecimiento recorrió sus brazos.

No había imaginado lo difícil que sería caminar con un enorme bloque de cemento atado al tobillo.

Cuando el dolor se volvió soportable, Anabelle cerró los ojos e intentó recordar qué le había pasado.

Su memoria seguía borrosa, pero imágenes confusas comenzaron a formarse en su mente. Poco a poco empezó a reconstruir por qué estaba encerrada en aquella habitación.

El hombre mayor…

El recuerdo estaba regresando.

Estaba caminando frente a su casa, recuperando el aliento, cuando vio una gran figura oscura por el rabillo del ojo. Luego

escuchó un fuerte golpe y un grito doloroso:

—¡Ah!

Giró la cabeza rápidamente y vio que era un hombre mayor que había caído de su porche. Anabelle corrió para ayudarlo.

¿Quién no ayudaría a un pobre anciano que se había caído al suelo? Después de todo, ella era una nueva residente que quería causar una buena impresión entre sus vecinos.

Sin embargo, cuando menos lo esperaba, algo la golpeó en la parte de atrás de la cabeza.

El golpe la hizo perder el equilibrio, lo que permitió que el hombre mayor cubriera su rostro con un trapo empapado en una sustancia química. En cuestión de segundos perdió el conocimiento y luego él la arrastró rápidamente hacia el interior de su casa.

Sin testigos, sin personas pasando por allí; nadie se dio cuenta de nada.

Anabelle abrió los ojos después de recordar todo y se frotó el rostro con ansiedad mientras las lágrimas corrían por sus mejillas enrojecidas.

Las piezas encajaron. Había sido secuestrada. Pero, ¿quién haría algo así? Estaba a punto de descubrirlo.

La puerta de la habitación cerrada crujió al abrirse y reveló una figura alta y amenazante en el umbral. Entró y cerró la puerta suavemente.

Accionó un interruptor y la única bombilla colgante parpadeó antes de encenderse. Una luz blanca y tenue iluminó la habitación.

El terror se apoderó de Anabelle.

El hombre tenía complexión robusta, brazos peludos, ojos verdes inyectados en sangre y cabello gris y ralo. Llevaba una barba descuidada sobre unos labios secos y agrietados. Su nariz era roja y abultada, marcada por pequeñas arrugas.

Llevaba unas zapatillas blancas de hospital, sucias y gastadas, junto con un uniforme médico negro cuyo color se había desvanecido con el tiempo.

—Por favor… por favor, déjeme ir. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy aquí? Yo no pertenezco a este lugar —sollozó desesperadamente.

El hombre se acercó y se arrodilló. La miró de una manera inquietante y la observó sin decir una palabra.

El corazón de Anabelle latía con fuerza en su pecho. Pensó que iba a morir allí mismo.

Sentía una mezcla intensa de tormento y violencia que emanaba del hombre sádico que la había secuestrado. No era normal. Ni una sola parte de él parecía cuerda.

—Por favor… ¿por qué me trajo aquí? ¿Por qué? ¿Qué hice mal? Por favor, dígamelo —suplicó.

Anabelle no pudo contener el temblor en su voz ni las lágrimas que inundaban sus ojos. Lo único que quería era volver a casa con su madre; era lo único en lo que pensaba.

Quería estar a salvo. Quería estar lejos del hombre malvado que estaba arrodillado frente a ella. Pero, lamentablemente para Anabelle, eso no iba a suceder.

—Mi nombre es Bedlam. Nunca vas a salir de aquí. Debo continuar el ciclo. Lo entenderás muy pronto —gruñó.

Anabelle tragó el nudo que se había formado en su garganta. Sentía que la cabeza le daba vueltas, así que lentamente volvió a apoyarla sobre el frío suelo de madera.

Por un momento pensó en su vida normal y deseó volver a vivirla. A pesar de lo ingrata que quizá había sido, ya extrañaba todo de su vida.

Solo quería volver a casa.

Nada más.

CAPÍTULO 1

ANABELLE

Estaba completamente confundida. No sabía dónde estaba ni por qué me habían llevado allí. Lo único que quería era volver a casa y recuperar mi vida normal. Sentía que iba a morir pronto… encerrada en la habitación de ese desconocido. Sabía que tenía que escapar, pero no estaba segura de cómo iba a lograrlo. La puerta siempre estaba cerrada con llave, no había ventanas y tenía un maldito bloque de cemento encadenado al pie. Ese enfermo, Bedlam, de verdad lo había pensado todo.

Por el momento, estaba aterrada, casi paralizada por la situación horrorosa en la que me encontraba. No sabía a qué se refería Bedlam con eso del "ciclo" ni por qué tenía algo que ver conmigo. Tal vez yo era la persona equivocada, la víctima equivocada, aunque no le desearía a nadie el trato que estaba recibiendo. Nadie merecía estar cautivo contra su voluntad. Era algo repugnante.

Después de presentarse, Bedlam se fue. No me dio más información ni instrucciones. Simplemente me dejó sola. Imaginé que formaba parte de algún juego retorcido. Alguna forma de guerra psicológica, estaba segura. Había leído sobre ese tipo de cosas en los libros de historia de la escuela: enfermos que encerraban a otros en cuartos oscuros y sótanos para controlarlos y quebrarlos mentalmente. *¿Bedlam me estaba haciendo lo mismo?*

Apoyé la cabeza en el suelo y me quedé mirando la oscuridad que me tragaba. Lo que me rodeaba parecía el reflejo de mi propia mente, de lo apagada y desesperanzada que me sentía. Si seguía pensando en el presente, iba a terminar dándole vueltas a formas de quitarme la vida. No quería que me torturaran ni algo peor… No tenía idea de lo que Bedlam era capaz de hacerme ni de lo que tenía planeado para mí.

Estaba empezando a ponerme histérica. Tenía que calmarme; todavía no me servía de nada perder la cabeza.

Pensé en el pasado, en cómo era mi vida antes de que me secuestraran. Era a eso a lo que tenía que volver. A algo que me mantuviera cuerda mientras seguía cautiva de un loco. No era una vida perfecta —nada lo es—, pero cualquier cosa era mejor que ser la prisionera de Bedlam.

Cuando era más joven, mi vida estaba bastante bien. Era hija única, así que casi siempre conseguía lo que quería. Ropa bonita, una bicicleta nueva y reluciente, una televisión de pantalla plana, todos los kits de maquillaje de moda y toda la comida que me diera la gana. Las cosas empezaron a cambiar cuando cumplí quince años, cuando mi cuerpo comenzó a transformarse y estaba por empezar mi primer año de secundaria.

Mis padres, Pedro y Helena Flores, comenzaron a discutir muchísimo y no dejaban de pelear. Ataques verbales, malas palabras, gritos tan intensos que hacían temblar las paredes de mi cuarto morado. Todo parecía empezar a desmoronarse. Sabía que era el final de mi antigua vida y de todo lo que venía con ella. Acepté en silencio lo que sería mi nueva realidad y lo que me esperaría en el futuro.

Cuando mi papá empezó a ocultarle cosas a mi mamá, ahí fue cuando todo comenzó a acabarse. Empezó a esconder llamadas a la hora de dormir, mensajes raros y salidas repentinas a altas horas de la noche. No podía justificarlos; simplemente no tenía una buena explicación para ella. Era obvio que era culpable.

La noticia de la aventura me cayó encima como una lluvia de vidrios rotos atravesándome el corazón. No sabía quién era la mujer

y tampoco me importaba. Eso daba igual. Lo que importaba era que nos había traicionado y había dañado a nuestra familia.

Fueron dos años duros de trámites de divorcio, y todo se hizo oficial cuando yo tenía diecisiete años. Esa había sido la etapa más difícil de mi vida antes de Bedlam. Nada, absolutamente nada, superaría jamás la pesadilla de ese hombre trastornado.

Cuando cumplí veinte, por fin nos fuimos de Gravestone, la pequeña ciudad donde me había criado. Había nacido allí y había vivido allí toda mi vida hasta que me mudé.

Mi mamá había estado alquilando un apartamento pequeño hasta que dimos el gran paso a Whisper's Creek. Era un pueblo pequeño y barato, y quedaba más cerca de la universidad a la que pensaba entrar. No era el mejor lugar del mundo, pero al menos volvía a estar cerca de Nathan. Su familia se había mudado allí después de graduarse, y cuando yo seguía en Gravestone hablábamos sobre todo por teléfono.

Pudimos volver a vernos en persona cuando me mudé. No fue tan incómodo… salvo porque juraría que tuvo una erección cuando nos abrazamos. No sé qué fue eso exactamente. De todos modos, hice como si no hubiera pasado nada.

Mi padre nos siguió hasta el mismo pueblo y consiguió trabajo en un bar llamado Twin's Creek. Quería estar cerca de mí, y después de tantos años sin verlo, quizá podríamos empezar a reconstruir algo. Tal vez.

Al parecer, mis padres se habían conocido por primera vez en Whisper's Creek, y así fue como supieron que ese lugar existía. Sí, era barato, pero supongo que decidieron volver por motivos sentimentales. Había otros pueblos cerca de la universidad a la que yo pensaba ir. No entendía por qué no terminamos en uno de esos.

Lo que aprendí fue que algo los había atraído de vuelta a Whisper's Creek. No tenían idea de lo que se avecinaba. Ninguno de nosotros la tenía. El pasado había regresado para perseguirnos a todos.

Yo era la típica adolescente. Creía que el mundo era una porquería, lleno de gente de mierda. Mi papá era un imbécil por

acostarse con una mujer misteriosa. Qué imagen tan repugnante. Me estremecí solo de pensarlo.

Mi mente saltó de pronto a mis años de secundaria.

Odiaba a todos los adultos que trabajaban en mi escuela. Me obligaban a obedecer sus reglas idiotas y me gritaban por tonterías, como no llevar la ropa "adecuada" o no respetar el código de vestimenta. Me importaba un carajo. Igual que también me negué a tomar Cálculo II porque me parecía una materia tan muerta y sin alma como el viejo espeluznante que la enseñaba.

Odiaba a casi todos mis compañeros, porque lo único que les gustaba era salir de fiesta, chismear, fumar y beber. A mí nada de eso me interesaba, así que casi siempre estaba sola.

El único amigo que tenía era Nathan, y ellos también lo odiaban, por razones que yo en ese momento no entendía. Al final, todos éramos solo adolescentes intentando cómo sobrevivir cuando por fin nos tocara entrar en esa adultez tan temida.

Admito que, incluso en un mundo tan asqueroso, había personas que sí me importaban. Mi mamá y Nathan. Mi papá también estaba ahí, en algún rincón, cuando no estaba furiosa por lo que había hecho. Pero eso no pasaba muy seguido.

Al recordar cómo era en la secundaria, me di cuenta de que no había cambiado tanto a los veinte años. La culpa y el arrepentimiento suelen aparecer cuando tienes demasiado tiempo para pensar. Yo me sentía como si estuviera encerrada en una celda de aislamiento.

Pasé mucho tiempo con los ojos cerrados, atrapada en lo que yo llamaba **la Habitación del Manicomio**. Mientras esperaba el regreso de Bedlam, un recuerdo cruzó mi mente.

Recordé el pequeño apartamento que alquilábamos en Gravestone. La luz fluorescente zumbando en el techo de la cocina diminuta. El olor horrible de la estufa vieja de gas, oxidada. El enorme refrigerador blanco donde mi mamá escondía los pretzels salados cubiertos de chocolate y las bolitas de queso cheddar. Sabía que yo no podía alcanzarlos. Era malvada por hacer eso.

Ese día mi mamá estaba lavando platos en el fregadero de acero inoxidable, en el que apenas cabía una persona. Tenía el cabello

largo, liso y oscuro, y unos ojos marrones grandes. Su piel era más oscura que la mía, y ahí terminaban nuestras similitudes. Teníamos narices diferentes y también la forma de la cara. La mía era más ovalada, y la de ella más redonda. Se molestaba cuando yo bromeaba con que tenía cabeza de bola de boliche.

Mi nariz era pequeña y puntiaguda. La de mi mamá era un poco más gruesa y corta. La gente siempre decía que se notaba que éramos familia, pero yo pensaba que solo estaban siendo amables.

Yo estaba sentada en nuestra pesada mesa marrón de roble, la que habíamos traído de la casa anterior, de cuando mis padres todavía seguían juntos. Estaba haciendo mi tarea de Álgebra II a regañadientes. En ese momento no había nada en el mundo que odiara más. Imaginaba viajar en el tiempo para asesinar al hombre que inventó el álgebra. Quería golpearlo hasta matarlo con una gran herramienta de metal en forma de signo de más. Así de inmadura era.

Me estaba quejando en voz alta frente a mi madre, que ya estaba harta de oírme lloriqueando por lo mismo. ¿Cómo lo sabía? Porque simplemente no respondía y se quedaba callada.

—No le veo el sentido a esto. Es tan malditamente confuso. Probablemente nunca lo voy a usar en mi vida.

Mamá murmuró algo, pero no la escuché porque estaba de espaldas a mí, así que seguí desahogándome.

—¿En algún momento se vuelve más fácil? ¿Todo esto? Por suerte la escuela se termina algún día. Todas estas clases… toda esta basura que uno tiene que aprender… no lo entiendo. Después voy a tener que conseguir un trabajo que seguramente no me va a gustar, y gastar todo mi dinero en cuentas. En serio, ¿cuál es el punto? A veces no lo entiendo.

Mamá dejó unos platos en el escurridor y lanzó el paño de cocina a un lado. Se giró lentamente y me miró con los ojos cansados y frustrados.

—El punto es que la vida vale la pena. Vale la pena vivirla y luchar por ella. El mundo puede ser duro, injusto, pero vale la pena, Anabelle. Te lo prometo. Siempre hay algo bueno. No seas tan

desagradecida por lo que tienes y por las oportunidades que tienes mientras vives conmigo —me explicó.

Negué con la cabeza y bostecé. No la estaba tomando en serio. No entendía nada de lo que me decía porque no tenía idea de lo dura que podía ser la vida de verdad. Debí haberla escuchado. Ojalá no hubiera sido tan ingenua.

Me dejé caer en la silla y me quedé mirando la interminable fila de números y símbolos que me derretían el cerebro.

—La vida es una mierda, pero bueno. Supongo que vale la pena aguantarla un poco más —suspiré.

—No me gusta que digas cosas así —respondió.

—Sí, sí, ya sé —contesté, solo para no tener que escuchar un sermón.

Se acercó una silla y se sentó frente a mí. Yo fingí concentrarme en la tarea, como si realmente me importara. Sabía que la había regado. Debí haberme quedado callada.

—¿Sabes qué podrías hacer? Podrías agradecer lo que tienes, cosas que otras personas no tienen, sobre todo en el país donde yo nací —sugirió.

Rodé los ojos. La conversación me estaba fastidiando cada vez más. Ya había escuchado ese discurso demasiadas veces. Apreciaba todo lo que mis padres hacían por mí, pero no entendía por qué tenían que recordármelo a cada rato.

Correr atletismo era, sinceramente, lo único que me daba un respiro, y por eso sí estaba agradecida. No quería pensar en convertirme en adulta. ¿Quién demonios quiere? Ver a tus familiares envejecer, pagar impuestos y encontrar un trabajo que me hiciera querer clavarme la cabeza en la parte delantera de un camión de basura… todo eso me rebasaba.

—¿Te puedo decir las cosas por las que no estoy agradecida? —pregunté en broma.

Ella me lanzó una mirada dura y abrió las fosas nasales con fastidio.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—No estoy agradecida por el acné, por las chicas que cuchichean y se ríen a mis espaldas, ni por los profesores a los que les da igual

estar en la escuela.

Mamá se levantó y abrió el refrigerador. Sacó una lata de Diet Dr. Spencer y la abrió con emoción. Dejó escapar el gas y dio un trago largo.

—Bueno, yo sí estoy agradecida por esto —dijo levantando el pulgar con entusiasmo.

Me reí para mí misma. Mi papá hacía lo mismo. Era una cosa muy de gente mayor. Incluso en los mensajes de texto, el emoji del pulgar arriba servía para absolutamente todo.

—Eso te hace daño —la molesté.

—Sí, ¿y qué no? —me respondió.

Asentí. Tenía razón. Dejó la lata sobre la mesa y se cruzó de brazos. Eso significaba que estaba a punto de decirme algo que para ella era importante. La última vez que se había puesto así fue cuando intentó hablar conmigo sobre sexo. Ese había sido el tercer peor día de mi vida. Quise cortarme las orejas con una guillotina.

—Escúchame, es una edad difícil, mi amor. Todos la hemos pasado. Estás cambiando —explicó.

Me incorporé de golpe y la miré con desconfianza. Ya había escuchado eso antes de boca de varias profesoras en la escuela. Todas decían que era "una edad difícil", pero ninguna explicaba por qué. ¿Por qué era tan complicado pasar de la adolescencia a la adultez? Lo único que yo quería era una respuesta clara.

—¿Cambiando? ¿Qué soy, una maldita mariposa? —pregunté.

—¡Anabelle! ¡Ese lenguaje, por Dios! —me regañó.

Volví a recostarme en la silla y fingí mirar la tarea. No entendía el escándalo por decir malas palabras. Todo el mundo en la escuela decía groserías como si nada.

—Es solo una palabra —murmuré.

—¿Y Nathan? ¿No estás agradecida por Nathan Sol? —preguntó, mirándome de forma directa.

Ay, no. Odiaba cuando lo mencionaba. Hablar con mi mamá sobre chicos era como escuchar uñas raspando una pizarra.

—Es solo un nerd con el que hablo cuando me aburro. No es para tanto —me burlé.

Sentí un revoloteo en el estómago. Era el único chico agradable con el que hablaba. El único que no intentaba meterme la lengua en la garganta. De verdad era normal y sabía comportarse. Yo apreciaba eso. Y era lo mínimo, además: que no me trataran como si fuera un objeto.

No sabía qué sentía por él, ni tampoco qué sentía él por mí. Nunca quise arriesgarme y volver las cosas incómodas para siempre. Era mi único amigo de verdad, y no podía perderlo.

El dilema de toda persona que tiene un amigo cercano del sexo opuesto: *¿estamos destinados a ser amigos… o algo más?*

—¿Y yo? ¿Y tu padre? —preguntó mamá.

Me quedé quieta por un segundo y la miré a los ojos. Se veían más apagados de lo normal, tristes. Mi mamá sabía lo que yo sentía por ella. Era una buena madre. Yo no la daba por sentada, aunque a veces ella creyera que sí.

—Con papá no hablo —respondí con frialdad.

Mamá aceptó la respuesta y guardó silencio.

Ese recuerdo se cortó de golpe cuando me despertaron con una salpicada de agua helada. Abrí los ojos de golpe y me encontré otra vez con la oscuridad: un recordatorio de que no estaba en una pesadilla inventada, sino metida en una real. La única luz parpadeó y allí estaba él, de pie frente a mí con una cubeta de madera. La dejó en el suelo y metió la mano en el bolsillo de la camisa. Sacó un panecillo que se veía duro y medio plátano.

—Se me había olvidado este plátano. También te lo puedes comer —dijo con desdén.

Me lanzó las dos cosas cerca. Tomé con cuidado el pedazo de pan y lo revisé. Estaba seco y duro como una piedra, pero no tenía manchas verdes ni negras de moho. El estómago me rugió, así que decidí darle un mordisco. No sabía si me volvería a alimentar, así que no me atrevía a rechazarlo. Costaba muchísimo masticarlo, pero sabía bastante bien. Hacía rato que no comía, así que cualquier cosa me habría sabido bien. De hecho, ni siquiera estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Nunca veía la luz del día. Mi noción del tiempo empeoraba cada vez más cuanto más tiempo llevaba encerrada.

Miré de reojo el plátano mientras masticaba aquella roca de pan, pero estaba oscuro y blando. No pensaba comerme eso. Ni siquiera parecía comida. No lo toqué y seguí mordiendo la porquería tiesa que me habían dado.

—El plátano —dijo con firmeza.

Antes de que pudiera contestar o siquiera levantar la vista, agarró el plátano del suelo y lo lanzó contra la pared. Se aplastó con un golpe blando. Sentí que me ardía el pecho del susto ante su estallido repentino.

—¡Desagradecida! —gritó.

Dejé rápido el pedazo de pan en el suelo, a mi lado, y escondí la cabeza entre los brazos, como una tortuga metiéndose en el caparazón.

—¡Lo siento! ¡De verdad, lo siento! No quise ofenderte —dije apresurada.

No tenía idea de qué demonios tenía ese lunático en contra mía por no comerme su plátano asqueroso, pero tenía que tener más cuidado. No quería hacerlo enfadar. No había manera de saber qué me haría. No quería terminar como ese plátano podrido, embarrada en la pared.

—No lo acepto, pero vas a aprender. Vas a aprender a obedecerme, igual que yo lo obedecí a él.

¿De quién está hablando? ¿Hay alguien más en esta casa? Ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso.

Bedlam se lanzó hacia mí con una navaja que sacó del bolsillo trasero. Me agarró la cabeza con fuerza y me jaló del pelo con sus dedos gruesos y sucios. Solté un gemido ahogado y apreté los ojos con fuerza. Pensé que ahí se acababa todo. Estaba segura de que me iba a cortar la garganta por no comerme su maldito plátano.

Snip.

Jadeé. Me había cortado un mechón de pelo. Me soltó y caí otra vez al suelo. Me pasé los dedos por el cuero cabelludo, desesperada, y sentí un hueco. No podía creerlo: ese desgraciado me había cortado el pelo.

Abrí los ojos despacio y lo miré. Fruncía el ceño con los ojos endurecidos mientras sostenía mi mechón en la mano. Lo metió en

su bolsillo. *¿Para qué demonios quería guardar eso?*

No dijo nada más. Solo me siguió mirando como una bestia hambrienta. No sentía otra cosa que rabia pura saliéndole del cuerpo. Decidí quedarme callada y sostenerle la mirada.

Bedlam levantó tres dedos. Lo miré con toda mi atención. No quería que me volviera a acercar esa navaja a la cabeza. No quería esa navaja cerca de mí. Punto.

—Tengo tres reglas. Comes cuando yo digo que comas, duermes cuando yo digo que duermas y escuchas cuando yo digo que escuches. Ese es el ciclo entre tú y yo. Yo soy el amo y tú eres la sirvienta. Esto termina cuando yo lo diga. Vas a obedecerme —ordenó.

Asentí de forma convincente. Tenía que hacerle creer que iba a obedecerlo en todo.

—Sí, señor —respondí.

Se fue sin decir una palabra más. Solté el aire de golpe. No podía creer dónde estaba ni que de verdad estuviera secuestrada por ese viejo enfermo. No sabía si iba a salir viva o muerta de todo aquello. Incluso si hacía exactamente todo lo que quisiera, ¿quién me aseguraba que me iba a dejar vivir? ¿Por qué lo haría? Sabía perfectamente que, si algún día me soltaba, yo iría directo a la policía. Eso era obvio.

Pensé en terminar con todo yo misma. No quería seguir sometida a su encierro ni a su tortura. No quería soportarlo. Solo quería que se acabara de una vez. Pero esos pensamientos se fueron tan rápido como llegaron. No podía hacerme eso. Tenía que intentar sobrevivir y escapar. Había gente que dependía de mí. Eso me repetía una y otra vez. Mi final no iba a ocurrir en ese agujero oscuro del infierno.

Miré a mi alrededor otra vez y me fijé en el televisor viejo. Vi las antenas. Pensé en arrancarlas despacio y usarlas como arma. De alguna manera, las usaría contra Bedlam en el momento justo. Las usaría para escapar. Le apuñalaría un ojo o le daría el golpe más fuerte que pudiera en la parte de atrás de la cabeza. Algo. Lo que fuera. Lo suficiente para desequilibrarlo.

Sabía que tenía que arrastrarme hasta allí antes de quedarme sin fuerzas. No sabía con qué frecuencia me daría de comer ni si

volvería a comer otra vez. Ese pedazo de pan duro que me dio se sintió como si hubiera comido aire: llenó mi estómago por un momento y luego desapareció.

Apoyé las palmas en el suelo y empecé a arrastrarme hacia el televisor, que estaba en la esquina más alejada del cuarto, a unos cuantos pies de distancia. En circunstancias normales habría sido facilísimo, algo que hasta un niño pequeño podría hacer, pero el bloque de cemento encadenado a mi tobillo lo hacía mucho más difícil.

Justo cuando iba llegando a la mitad del cuarto, escuché el grito de una mujer y me quedé completamente inmóvil. El corazón me golpeó con fuerza y la garganta se me cerró del miedo.

¿Dónde demonios estoy?

CAPÍTULO 2

ANABELLE

Tengo que darme prisa —me dije mientras me arrastraba por el suelo, como un gusano.

Me estremecí solo de pensarlo. Odiaba los gusanos. Eran criaturas silenciosas, babosas y repugnantes que parecían salidas del infierno. Probablemente era lo último en lo que debería haber estado pensando, pero bueno… cualquier cosa para distraerme de los horrores de mi situación.

Pensé en el gusano porque, cuando estaba en la secundaria, uno me trepó por la pierna y me asustó de una manera brutal. Yo estaba sentada afuera, en el césped, cerca de la pista. Nathan casi se muere de la risa. Fue un recuerdo agradable al que aferrarme mientras me preparaba para arrancar una antena del televisor y clavársela a Bedlam en el ojo.

La puerta se abrió de golpe y me quedé helada al instante. Giré lentamente la cabeza hacia la entrada y vi a Bedlam entrar con una sonrisa sádica en el rostro. Se rió de mí y negó con la cabeza.

—Oh, no. Eso no va a pasar, señorita.

Bedlam caminó hacia mí a toda velocidad y me agarró con fuerza por la caja torácica, lanzándome como si fuera una muñeca de trapo de vuelta al lugar donde dormía. Caí con fuerza y solté un gemido,

masajeándome el abdomen. Sentía como si hubiera caído sobre un montón de ladrillos.

Miré el televisor, derrotada. Él siguió mi mirada y luego asintió.

—Ah, ya veo. ¿Qué? ¿Querías encender el televisor? ¿Caricaturas? ¿A estas alturas? Estás loca. Lo que está pasando aquí es cosa seria. Vas a obedecer —gruñó Bedlam.

Fue hacia el taburete junto al televisor y lo arrastró hasta ponerlo frente a mí. Se sentó y se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos. Me observó con cuidado.

Entonces noté manchas de sangre en la parte superior de su uniforme y también en la frente. Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Eso tuvo que ver con la mujer que gritó?
¿Quién es esa mujer?
¿Qué le hizo Bedlam?

—Ya es hora de que aprendas sobre el ciclo. Te traje aquí porque el ciclo debe continuar… no puede terminar. Bedlam abusó de mí, me controló y destruyó lo que yo era. Me obligó a ser lo que él quería que fuera… su sirviente. Pero eso ya se acabó. Ese ciclo terminó, y tú eres la siguiente. Uno debe dominar al otro. ¿Entiendes eso? —me preguntó.

Estaba muy serio cuando me lo dijo, y yo no entendía nada de lo que decía. Sonaba completamente loco. No sabía nada de ningún "ciclo".

¿De qué demonios hablaba?

Estaba claro que tenía una enfermedad mental grave. Yo había subestimado lo grave que era.

Tampoco estaba segura de si se refería a sí mismo como Bedlam o si hablaba de otra persona. Ambas posibilidades me aterraban por igual.

—Sí, entiendo —dije con seguridad, aunque no estaba de acuerdo con nada.

—¿Cuántos años tienes?

No sabía si me estaba poniendo a prueba. Pensé en mentir, pero ¿y si ya lo sabía?

—Tengo veinte años —respondí.

Abrió los ojos, sorprendido, y dio una palmada fuerte, como si estuviera impresionado.

¿Tal vez fui un error?

¿Tal vez ni siquiera pretendía secuestrarme?

—¿Amigos?

Solo uno: Nathan.

—Sí. Tengo un amigo.

Asintió.

—¿Eres cercana a ese amigo?

Se metió un dedo debajo de la lengua para humedecerlo y empezó a limpiar la sangre seca de su frente.

—Sí —respondí.

—¿Quieres a tus padres? —preguntó.

Dios… mis padres. Debían estar desesperados, fuera de sí. Estaba segura de que estaban haciendo todo lo posible para encontrarme y salvarme. Contaba con ellos… pero también conmigo. No podía quedarme esperando. Eso podía significar la muerte o una existencia larga y dolorosa que me haría suplicar por la primera opción.

—Sí —respondí, dudando.

Mientras seguía limpiándose, tosió de forma ronca y escupió. No había nada peor que ser cruel y asqueroso al mismo tiempo.

—¿Participas en alguna actividad extracurricular? Supongo que estabas en la secundaria hace un par de años —especuló.

—Sí. Me gusta correr.

Bedlam se inclinó y examinó mis piernas. Se relamió los labios.

Qué asco.

Esperaba que no estuviera pensando lo que yo creía que estaba pensando. Yo tenía veinte años y él parecía de cincuenta. Si intentaba algo… lo juro, le iba a arañar la cara.

—¿Hace cuánto te mudaste a Whisper’s Creek?

—Hace dos semanas —dije.

Sonrió de forma espeluznante y susurró algo que no pude entender. Parecía divertirse con mi respuesta. Mientras lo observaba, noté que no parecía estar del todo presente allí, como si la mitad de su mente enferma estuviera en otro lado, ocupada con pensamientos demoníacos que aparecían cuando querían.

Mi intuición me decía que escuchaba otra voz. Por extraño que sonara.

—Yo sé cuándo llegaste, señorita. Te estuve observando desde lejos. Necesitaba a alguien más para continuar el ciclo. Eso es lo único importante… lo único que importa. Te tomé porque mi última paciente… bueno, no tienes que preocuparte por eso. Eso ya es historia. Ciclo completado —dijo, soltando un suspiro de alivio.

¿Ciclo completado?

¿Qué demonios significaba eso?

El corazón me retumbó dentro del pecho. Estaba segura de que "ciclo completado" solo quería decir una cosa: muerte.

No quería morir en esa habitación horrible.

De pronto se levantó del taburete y metió la mano en el bolsillo trasero. Sacó una libreta beige y gastada que parecía el diario de un viejo explorador. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y sonrió feliz.

Me dio asco verle los dientes: desparejos, medio rotos y negros. Estaba segura de que no se cepillaba los dientes desde hacía una eternidad.

De repente tuvo un tic nervioso. Movió la cabeza de un lado a otro, como si algo lo estuviera poseyendo. Lo miré, nerviosa, hasta que se detuvo.

—¡Este es el diario de Timmy! ¡Es hora de escuchar! —exclamó con alegría.

Era desconcertante verlo así por primera vez. Abrió el diario y empezó a pasar páginas. Cuando llegó a la primera, deslizó el dedo por el papel y empezó a leer:

—Mi nombre es Timmy y tengo diez años. Cuando Timmy creció, tuvo una esposa. Se llamaba Jolie porque era alegre. ¡Mi dulce Jolie! Ya no está porque tuvo un terrible accidente. Timmy nunca dejó de pensar en ella —dijo, solemne, con una voz infantil.

Cerró el diario y pareció volver a su "yo" anterior… a ser Bedlam. Frunció el ceño lentamente y me miró con frialdad. Se puso de pie y me miró desde arriba.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Yo… no estoy segura. Empezaste a leer el diario. Hablabas como un niño —dije, temblando.

No sabía si había dicho lo correcto o no, pero no quería arriesgarme a mentir. Tampoco sabía si era un juego enfermo o si tenía múltiples personalidades que aún no entendía. Bedlam seguía siendo un misterio: apenas tenía fragmentos del hombre roto en el que se había convertido.

—Entiendo. Duérmete —gruñó.

Asentí con cuidado y apoyé la cabeza en el suelo frío, sin querer cuestionarlo más.

Me pregunté si Bedlam había matado a esa Jolie o si siquiera era real.

Lo único que sabía con certeza era que Bedlam era un caso perdido.

CAPÍTULO 3

ANABELLE

Me despertó bruscamente con un balde de agua fría. Jadeé y empecé a respirar rápido, como si me estuviera ahogando. Mis sueños se habían vuelto más vívidos desde que me secuestraron, como si ya estuviera a medio camino del otro lado… del lado de la muerte.

Él estaba otra vez frente a mí con ese maldito balde. Apenas podía verlo en la oscuridad. Yo también empezaba a delirar. Necesitaba comida, agua y una ducha caliente. Necesitaba ver el sol. Quería volver a pasar los dedos por la tierra. Quería sentir que podía vivir otra vez.

Gotas de agua me corrían por la cara y el cuello, haciéndome temblar. Hacía un frío brutal en esa habitación. Apoyar cualquier parte del cuerpo en el suelo era como meter la mano en una nevera llena de hielo. El agua helada que me echó encima tampoco ayudó. El aire frío se sentía como cuchillas que me cortaban la piel y los huesos.

—Come —dijo.

Su voz sonaba áspera.

Recordé sus reglas y que tenía que obedecerlas.

Dos galletas saladas cayeron en mi regazo. Me temblaban los dedos al levantarlas, quebradizas y llenas de migas. Me las llevé a la

boca despacio y crujieron. No estaban tan mal, considerando todo. Tenían sal, y sabía que las necesitaba para sobrevivir.

Después dejó a mi lado un frasco de agua turbia. Cómo extrañaba beber agua. Tenía la boca seca desde que me secuestraron y estaba al borde de la deshidratación total. Dudé un momento, pero me lo acerqué a los labios. El sabor me golpeó al instante: metálico y agrio, como si estuviera mezclado con óxido. Me dieron ganas de vomitar y lo escupí sin pensar. Era como veneno.

Su mano me cruzó la cara. Rápida. Seca.

La cabeza se me fue hacia un lado y una quemazón me explotó en la mejilla.

Dolía.

—No escupas lo que te doy. Yo soy tu amo. Agradece —espetó.

Sus ojos ardían de furia, como si yo hubiera insultado su "generosidad".

Con miedo, volví a levantar el frasco y bebí. No me gustó que me diera una bofetada así. Me lo tragué, sintiendo el óxido rasparme la garganta. El sabor horrendo se me pegó a la lengua y no se iba. Deseé con desesperación tener dos galletas más.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó, con una sonrisa burlona—. A menos que quieras cagarte aquí.

—Sí… gracias —susurré.

Sorprendentemente, no lo había sentido hasta ese instante. Era como si el miedo hubiera ahogado esa necesidad.

Él soltó una risa baja, sin humor.

—Solo porque mi última paciente creyó que era muy lista y me lo tiró encima. Eso no volverá a pasar.

Me vino una imagen a la mente: una mujer sucia y desesperada arrojándole sus propios desechos como un último acto de desafío. Se me revolvió el estómago. *¿Yo llegaría a ese punto?*

Desenganchó la cadena que sujetaba mi tobillo al bloque de cemento. Cuando el peso desapareció, me recorrió una oleada extraña por la pierna: el adormecimiento despertando con pinchazos.

Se acercó y me habló al oído. Su aliento era cálido, agrio y nauseabundo.

—No hay salida. No intentes escapar. Te lo prometo… no te va a gustar lo que viene después —advirtió.

—Sí, señor.

Mantuve la expresión firme, pero mi mente iba a mil, a toda velocidad. Ya estaba armando un mapa del pasillo en mi cabeza, contando pasos, buscando salidas. Tenía que planear mi escape cuanto antes. Pero también debía tener muchísimo cuidado. Tenía una sola oportunidad y no podía desperdiciarla. Si fallaba… me esperaba la muerte. Y no podía hacerles eso a mis padres… ni a Nathan.

Me agarró del brazo con una fuerza de hierro y me levantó de un tirón. Me dolían las articulaciones por haber estado sobre esa madera. Las rodillas me flaquearon, pero a él no le importó. Me arrastró por el pasillo como a un animal desobediente.

El pasillo parecía peor que mi habitación: angosto, claustrofóbico, apestando a humedad y podredumbre. Todo estaba cubierto de mugre. El aire era más denso.

A la izquierda, unos pasos delante de mí, había una puerta de madera casi colgando de las bisagras.

Pero, al final del pasillo, como salido de una pesadilla, había otra puerta envuelta en cadenas manchadas de sangre. Tenía un letrero de madera escrito con algo que parecía sangre, clavado con un clavo oxidado. Decía: "PROHIBIDO".

Se me encogió el estómago al verlo. *No quería entrar ahí.* ¿Qué horror esperaba en ese cuarto? Tragué saliva y aparté la mirada.

Él me empujó hacia adelante, sin soltarme el brazo. Me llevó a una puerta a la derecha, justo antes del cuarto "Prohibido".

—Tienes un minuto —gruñó, empujándome dentro de un baño pequeño.

El hedor me golpeó de inmediato: una pared de excremento, moho y orina ácida. Me dieron ganas de vomitar y me tapé la nariz. El suelo estaba más asqueroso que cualquier cosa que hubiera visto en la casa. Había polvo y manchas anaranjadas y pegajosas por todas partes.

El lavamanos tenía salpicaduras de sangre seca y manchas negras que se extendían por la porcelana sucia como venas. Miré el

inodoro: la tapa estaba agrietada y la taza tenía rayas marrones de suciedad. Parecía no haberse limpiado en veinte años. El agua era negra y repugnante. *Me sorprendería si no eran aguas negras.*

Me moví rápido, respirando por la boca para no desmayarme. Hice lo mío mientras mis ojos revisaban el baño. Tenía que haber algo útil… algo que me ayudara a escapar.

Miré la ducha sin cortina: un desastre de manchas negras y verdes. *Ni loca me metía ahí.*

Cuando terminé, me agaché y noté los cajones medio abiertos debajo del lavamanos. Me acerqué en silencio y miré dentro. Metí las manos temblorosas y palpé buscando cualquier objeto que sirviera. Rogaba no tocar una cucaracha ni algún bicho. *Si lo hacía, iba a gritar tan fuerte que el espejo se partiría.*

Ahí estaba.

Había un cepillo de dientes: cerdas gastadas, plástico polvoriento y ennegrecido. Lo agarré rápido y me lo metí en el bolsillo, con el corazón a mil.

No era gran cosa, pero era algo. Podía limar la parte de atrás y hacerla lo bastante afilada para hacer daño. Tenía que pensar como si estuviera en una prisión. Todo podía convertirse en un arma. En la casa del horror de Bedlam no había reglas: el juego era sobrevivir a cualquier costo.

—¡Te estás tardando demasiado! ¡Fuera! —ladró, abriendo la puerta de un tirón.

Me subí mis shorts y evité mirarlo. Me agarró del brazo y me llevó de regreso al pasillo.

—Vas a obedecer… y vas a aprender —murmuró en mi oído.

Asentí con furia.

De pronto, un grito retumbó desde la puerta encadenada. Ahogado, pero crudo. Sonaba como una mujer fuera de sí, como alguien que había perdido la cordura.

¿Era… Jolie?

Apretó mi brazo con más fuerza. Sus uñas se me clavaron en la piel. Me arrastró de vuelta a mi habitación. Me tiró hacia mi rincón y se apuró a volver a encadenarme al bloque. El tobillo empezaba a adormecerse otra vez, aunque había sido un alivio mientras duró.

—Escucha —murmuró—. Esa habitación está prohibida. Ella me desobedeció demasiadas veces. Ahora la están "atendiendo". No me hagas repetirme. No corras la misma suerte. Déjame continuar mi trabajo… terminar el ciclo. Estoy siendo razonable. Lo entenderás.

Se fue dando pisotones y cerró la puerta de golpe. El cerrojo hizo clic.

Yo controlé mi respiración y, a mi pesar, escuché los gritos desgarradores de la habitación Prohibida. Los alaridos se volvieron más agudos y frenéticos, como si cada uno se rompiera en algo peor. Escuché sollozos y lo que sonaba a súplicas.

Luego… silencio.

Pasaron unos minutos. Sus pasos pesados regresaron.

Clic.

La puerta se abrió lo justo para que asomara su cara aterradora.

—Duérmete —ordenó, y volvió a cerrar.

Me acosté y forcé mi respiración a ser lenta y pareja. La mejilla todavía me ardía por la bofetada y el brazo me dolía por cómo me apretó.

Pero no podía quedarme en eso. Si mi mente se enfocaba en el dolor, no iba a pensar con claridad.

Esperé, contando los segundos hasta que sus pasos se perdieran.

Cuando estuve segura de que se había ido, saqué el cepillo de dientes del bolsillo. Me acerqué arrastrándome al bloque y presioné la parte trasera contra el cemento para empezar a limarla.

El plástico raspaba la piedra.

Me concentré en mantener el ritmo: raspa, raspa, raspa.

Los brazos me ardían, pero no paré.

No podía.

Estaba segura de que había matado a alguien en la habitación Prohibida. No podía ser la siguiente. Necesitaba un arma y un plan para salir de ahí.

Repasé cada paso en mi mente: mi habitación, el pasillo, el baño, la puerta Prohibida. Creía que había una escalera más adelante, pero el pasillo estaba demasiado oscuro para distinguirla.

No importaba. Lo iba a descifrar.

Solo necesitaba golpearlo… sacarlo de balance. Solo necesitaba unos minutos para salir corriendo y encontrar la salida. Tenía que haber una.

Y, si no la había… la iba a crear.

Por lo general, me dormía cuando él decía. Pero esa vez desobedecí. Como resultado, cada sonido en la oscuridad me daba miedo: golpes lejanos, crujidos de la casa y pasos de vez en cuando sobre la madera.

Escuché con atención, intentando oír a otros "pacientes", como él los llamaba. No tenía idea de qué hora era. No sabía si era de día o de noche. El tiempo era un concepto ajeno y deformado donde yo estaba. Estaba atrapada, acompañada solo por las voces débiles que resonaban en mi cabeza.

Ya me estoy volviendo loca.

En algún momento me quedé apenas dormida, en un sueño ligero. Llegaron pesadillas atemorizantes: la puerta encadenada abriéndose, una figura femenina saliendo a rastras, sin rostro, sin piel, gritando en silencio. Bedlam corriendo detrás, con un hacha ensangrentada en la mano.

Luego apareció un bebé llorando, envuelto en una manta, mirando a Bedlam y a una mujer que yo no conocía. Yo observaba desde lejos, como una testigo muda. Bedlam lo soltó y cayó al suelo, como si muriera. La mujer gritó horrorizada.

Bajé la mirada y vi lo que realmente era: no era un bebé.

Era un esqueleto.

Desperté de golpe, todavía apretando el cepillo en la mano. El corazón se me salía del pecho. La habitación seguía oscura y tenía la boca seca.

Pero el cepillo estaba un poco más afilado. Apenas era un arma, pero era un comienzo.

Pensé en la pesadilla.

¿Significaba algo?

¿Fue una mirada a la familia trágica de Bedlam?

¿Qué le pasó?

¿Esa mujer era su esposa?

¿La que "Timmy" llamaba Jolie?

No lo sabía.

Pero sabía que tenía que sobrevivir.

Tenía que observar, escuchar y esperar.

Y, cuando llegara el momento, cuando él cometiera el error más mínimo… yo tenía que estar lista.

No puedo morir. Todavía no.

Voy, mamá.

Voy a volver a casa.

CAPÍTULO 4

ANABELLE

Recordé correr en la pista de la escuela con Nathan Sol, el viento moviéndome el cabello y las suelas de mis tenis golpeando la pista áspera, cuando me sentía feliz y libre en Gravestone.

Recordé las rebanadas grasosas de pizza de la pizzería del barrio y el refresco frío. Qué daría por una comida así en esa habitación sucia y helada. Todo eso lo había dado por hecho.

No tenía idea de lo bien que estaba, a pesar de mis problemas.

Me aferré a un recuerdo claro: yo sentada en una mesa de vidrio, en una especie de terraza, disfrutando de pastel de chocolate mientras unos niños saltaban a una piscina afuera.

Escuché a mis padres discutiendo al fondo: los primeros momentos que mostraban las grietas de su matrimonio. Fue tan humillante porque yo estaba en una fiesta de cumpleaños. Ni siquiera quería ir, pero Nathan me arrastró. Fue la única razón por la que fui. Mi padre se negó a prestarle el teléfono celular a mi madre porque el de ella no tenía batería.

Era una petición tan normal… pero mi papá lo convirtió en un espectáculo. Era obvio que escondía algo, y mi madre lo sabía. Ese día todos me miraban. Me tapé la cara con las manos, muerta de vergüenza.

Aun así, eso era parte de la vida. Esos momentos, buenos y malos, que nos definen. Yo habría vivido todo de nuevo con gusto si eso significaba no estar encerrada con ese psicópata. Habría aceptado las alegrías y miserias de la adolescencia, la transición a la adultez. Aunque ni siquiera había empezado de verdad la vida como adulta, ya sentía el temor… metiéndose en mi alma y clavándose en mis huesos.

La última vez que hablé con mi mamá, fui insoportable.

Dios, ¿en qué estaba pensando?

Ella tenía razón, por supuesto. Yo nunca me atreví a admitirlo; nunca quería que "ganara". ¿Qué adolescente admitiría que su madre tiene razón?

Justo antes de que me secuestraran, mi mamá y yo habíamos discutido. Así nos quedamos. ¿Qué tan horrible era eso? ¿Y si yo moría? ¿Y si así era como mi madre me recordaba? ¿Y si nunca volvía a ver a mi padre o a Nathan?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me temblaron los labios. Los hombros se me sacudieron de ansiedad. El peso del lugar donde estaba se sentía cada vez más pesado con cada minuto que pasaba. Era como si me estuvieran asfixiando.

Cuanto más pensaba en mi situación, más entendía que existía una posibilidad real de no salir viva de esa habitación. Tenía demasiadas cosas en contra: un bloque de cemento encadenado al tobillo, no sabía dónde estaba, no tenía comida ni agua, casi no tenía energía, y yo era diminuta comparada con la masa enorme de Bedlam.

¿Qué esperanza tenía?

Respiré hondo y me limpié las lágrimas. Sabía que no podía pensar así. No podía rendirme a la desesperación. Me ahogaría en ella y, si lo permitía, me iba a tragar entera.

Cerré los ojos y pensé en la cara de mi mamá. Sabía que no había manera de que ella me olvidara. Sabía que estaba haciendo todo lo posible por encontrarme… a su única hija. Por más cosas horribles que nos hubiéramos dicho cuando estábamos enojadas, yo no quería vivir en un mundo sin ella.

Tenía que sobrevivir.

Tenía que salir viva.

No había otra opción: escapar o morir.

Y yo no tenía planes para lo segundo.

La puerta se abrió con un chirrido lento y Bedlam entró a pisotones. Me puse una máscara de valentía y lo miré de frente. Solo su presencia hacía que el aire se sintiera más frío y pesado. Por cómo se le movían los ojos por la habitación, supe que tenía pensamientos enfermos rebotando dentro de ese cráneo podrido.

—Necesito mostrarte algo. Es hora de la siguiente parte del ciclo.

Mierda… el cepillo todavía no está listo.

Me lanzó una barrita de maní vencida. La agarré sin ganas, la abrí y di mordidas pequeñas. Casi me ahogo de lo reseca que estaba; sabía a aserrín.

—No la escupas. Si lo haces, me aseguraré de que te la tragues —advirtió.

Sacó el frasco de agua sucia y lo dejó junto a mí. Hice una mueca al pensar en beber esa agua oxidada otra vez.

Pero tenía problemas mucho peores.

¿Qué demonios era la siguiente parte del ciclo?

¿Qué iba a hacerme?

CAPÍTULO 5

ANABELLE

Bedlam me llevó por el pasillo oscuro como si escoltara a un huésped hasta su habitación de hotel. Me había liberado de mis ataduras otra vez. La urgencia de salir corriendo y escapar era intensa, pero todavía no estaba lista. Tenía que planearlo con cuidado. Solo tenía una oportunidad. Si fallaba… la muerte me esperaba.

Miré rápidamente hacia la Habitación Prohibida. Ya no había gritos. Esa era la peor parte: cuando los gritos se detenían. Se me encogió el estómago. Eso significaba que la pobre mujer atrapada allí había muerto.

Yo no quería correr la misma suerte.

Una pregunta me daba vueltas en la cabeza:

¿Esa mujer era Jolie?

El cuarto al que me llevó tenía dos ventanas grandes, cubiertas con tablas gruesas y astilladas. Aun así, la luz se filtraba entre las rendijas. Había bloques de juguete tirados por el suelo, como si los hubieran arrojado, no como si alguien hubiera jugado con ellos. Un osito de peluche roto estaba a los pies de una cama individual. Y en una esquina había una mecedora cubierta de polvo.

Me pregunté si Bedlam alguna vez tuvo un hijo. Ese cuarto había sido un dormitorio infantil.

Sentí que algo siniestro había ocurrido ahí, como si alguien hubiera cometido un acto de violencia perturbador mucho tiempo atrás. El aire estaba cargado de una sensación de muerte: fría y espesa.

—Bienvenida al cuarto de Timmy. Siéntate, señorita —ordenó Bedlam.

Obedecí y me senté.

—¿El cuarto de Timmy…? —murmuré, confundida.

Cerca de la puerta había una mesita de madera. Fue hacia ella y empezó a forcejear con un cajón flojo que no quería abrir. Lo arrancó con violencia y sacó la libreta gastada que ya había mostrado antes.

—El diario de Timmy —dijo.

Algo cambió.

Su postura se suavizó, pero su voz se volvió aguda y alegre, como si imitara a un niño otra vez… como si imitara a Timmy, quienquiera que fuera. Era muy extraño. No sabía qué provocaba ese cambio de personalidad y no estaba segura de querer averiguarlo.

—Timmy fue feliz una vez… hasta que se lo llevaron. Fue un día horrible. Personas con ropa blanca vinieron y lo agarraron. Hubo muchos gritos y mucha sangre. Timmy fue al instituto —dijo con inocencia, pasando páginas—. Allí pasaron cosas horribles. Un hombre llamado Bedlam, que estaba asignado a él, lo cuidaba. Bedlam le ordenaba siempre: "Yo te diré cuándo comer, cuándo dormir y cuándo escuchar". Lo hacía todos los días durante muchos años. A nadie le importó… nadie escuchó. Timmy pronto perdió la esperanza e hizo todo lo que pudo para sobrevivir.

Levantó la mirada hacia mí con una expresión triste.

Entonces lo noté: lo que llevaba puesto.

Un uniforme médico negro, gastado.

Él era el hombre del instituto.

Tenía que ser él.

¿Timmy… eres tú?

Quise preguntar, pero la pregunta se quedó en mi cabeza. No me atreví a abrir la boca. No quería que se descontrolara. Aún no entendía cómo funcionaba esa otra personalidad. Tal vez Timmy tenía un lado que podía estallar si yo decía algo equivocado.

—Bedlam golpeaba a Timmy cuando no se tomaba sus medicinas —dijo—. Las medicinas dejaban a Timmy aturdido, pero a Bedlam no le importaba. ¡El ciclo! ¡Eso era lo que siempre gritaba! ¡El ciclo debe completarse!

Cerró el diario y sonrió.

—¿Alguna pregunta?

Negué con la cabeza. No me atrevía a preguntar nada.

Él asintió, como si me estuviera animando.

—Sí… por favor. Hazle una pregunta a Timmy. No seas maleducada con Timmy, por favor —suplicó.

Sentí que estaba en un callejón sin salida: hablara o me quedara callada, de igual manera perdía. Sabía que no podía molestar ni a Timmy ni a Bedlam, así que lo seguí. Entré en su delirio. Me dejé arrastrar por su locura.

Pero debí haberme callado.

Tal vez me habría ido mejor.

Al final… no lo sabía.

—Está bien. ¿Por qué Timmy fue al instituto?

Todo su cuerpo cambió, como si alguien desenchufara algo y se apagaran las luces. El tono alegre se evaporó. La cara gastada de Bedlam se torció en una furia fría mientras exhalaba con fuerza.

Había cometido un grave error.

—¿Le hiciste una pregunta a Timmy? —gruñó.

Asentí, disculpándome.

Su mano me golpeó la cara con violencia, como un látigo. Me zumbaron los oídos.

Timmy o Bedlam… daba igual.

Era un monstruo.

No reaccioné. No parpadeé.

Pero por dentro, con la sangre ardiéndome, pensé:

Te voy a clavar esto en los ojos.

Me jaló del brazo con violencia y me arrastró de vuelta a mi habitación. Me empujó hacia el suelo. Me quejé cuando mis rodillas golpearon el piso de madera. Me las froté, intentando calmar el dolor.

Él se agachó y volvió a encadenarme al bloque de cemento.

—Duérmete —ordenó, y se fue.

Clic.

Encerrada otra vez, con el tiempo perdiendo todo sentido en mi mente. No sabía qué día era, cuántos días habían pasado ni qué hora era. Nada.

Ya estaba harta de Bedlam, de Timmy y de sus juegos.

Un lado de él me pedía que hablara y el otro me exigía que cerrara la boca. Me estaba torturando el mismo psicópata con dos voces distintas.

Era suficiente para volver loco a cualquiera.

Al menos había aprendido algunas cosas sobre quién era Bedlam.

Parecía que había hecho algo horrible. Algo que lo llevó a que se lo llevaran a algún lugar: un instituto. Un sitio terrible que lo cambió. Él había sido Timmy alguna vez, al parecer.

Durante su estancia allí, al parecer lo maltrataron y lo obligaron a tomar medicinas. El responsable fue un hombre llamado Bedlam, que le infligió mucho dolor.

Me pregunté cómo había escapado.

Me pregunté qué le hicieron ahí dentro para que Timmy terminara llamándose Bedlam, el mismo nombre del hombre que lo atormentó.

¿Por qué se volvió el monstruo?

¿Por qué tomó ese nombre?

¿Se lo inventaba todo?

¿Y qué tenía que ver con el "ciclo"?

Yo te diré cuándo comer, cuándo dormir y cuándo escuchar.

¿Qué significaba todo eso?

Me acosté con cuidado. Luego saqué el cepillo afilado del bolsillo. Me arrastré hasta el bloque y seguí limándolo contra el cemento.

Necesitaba que fuera más puntiagudo.

Más letal.

Algo que le atravesara un ojo.

Algo que pudiera matarlo.

CAPÍTULO 6

HELENA

Lo recuerdo como si hubiera pasado hace apenas cinco minutos. Acabábamos de regresar del supermercado. Yo iba cargando cuatro bolsas de papel, con las llaves apretadas entre los dientes, tratando de empujar la puerta principal con el codo sin que se me cayeran los huevos. Ella ya estaba dentro, a medio camino por el pasillo, con los audífonos puestos, fingiendo descaradamente que no me escuchaba.

—Anabelle —la llamé—, ¡ayúdame con las bolsas!

Se detuvo y se dio la vuelta con toda la calma del mundo, levantando una ceja como si le hubiera pedido que saliera a cortar el césped en plena tormenta.

—¿Por qué compras tantas cosas?

Se acercó rápido y me quitó dos bolsas de las manos; las dejó sobre la mesa con un golpe suave.

La seguí hasta la cocina.

—Porque necesitamos todo esto. A ti te gusta comer… bastante.

Abrió los ojos, claramente ofendida. Yo simplemente me reí para quitarle importancia.

—No. Tú eres la que lo necesita. La gorda eres tú —soltó con picardía.

Luego sacó una caja de galletas de dieta con una expresión de desprecio, como si el simple hecho de verla le resultara ofensivo.

—Además, nunca compras la cosas que de verdad me gusta comer. Yo quiero galletas dulces, pizza congelada y todas esas cosas que, tarde o temprano, me van a causar problemas de salud.

Rodé los ojos. Le encantaba fastidiarme. Y, aunque no lo admitiera en voz alta, yo también lo disfrutaba; era una hija divertida con la que estar, aunque a veces podía ser bastante rebelde.

—La próxima vez —dije—. Te lo prometo.

Lo decía en serio. No quería decepcionarla. Pero la realidad era que, después de asegurar la casa en Whisper's Creek, casi no nos quedaba dinero. La mudanza desde Gravestone nos había salido bastante cara, aunque nunca le conté nada de eso a Anabelle. Para mí, seguía siendo una niña, nunca una adulta. La protegía como podía, todo el tiempo que me fuera posible, sobre todo después de divorciarme de Pedro, su padre.

—Está bien —refunfuñó.

En el fondo, no estaba realmente molesta por eso —nunca lo estaba—. Pero estaba a punto de molestarse por otra cosa.

Ya empezaba a caminar de un lado a otro, como si tuviera algún lugar mucho mejor al que ir. Las piernas inquietas, el rostro tensándose con ese impulso que ya conocía demasiado bien.

—Voy a salir a correr —dijo, casi desafiándome a que la contradijera.

Suspiré profundamente, preparándome para la discusión inminente.

—Es de noche —respondí, acercándome al refrigerador—. No me parece buena idea. Todavía no conocemos bien este vecindario.

Me miró con incredulidad, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—He salido a correr como cinco veces en las últimas dos semanas. ¿Cuál es el problema?

—No has salido de noche. No es seguro, para nada —respondí, quizá con un tono más brusco de lo que pretendía—. Al menos llama a Nathan. A lo mejor puede acompañarte. Yo me quedaría más tranquila así. Sería bueno que los dos hablaran. Debe ser

emocionante que vuelvan a vivir cerca otra vez —añadí, con un entusiasmo que no pude disimular.

Me lanzó una mirada incómoda. Siempre hacía eso cuando decía algo que le parecía vergonzoso.

—Por favor, no digas ese tipo de cosas… y no voy a molestarlo a esta hora. Estoy bien.

Tenía que mantenerme firme, aunque fuera a odiarme por ello. Solo estaba tratando de protegerla. Tres años atrás, una mujer había desaparecido, y aunque desde entonces no se había reportado ningún caso similar, seguía sin aparecer. No había pistas, ni avances. El caso estaba completamente estancado.

—Claro que no estás bien. Llámalo, por favor. Para eso están los amigos. Seguro se va a alegrar de que lo llames, te lo aseguro —dije, guiñándole un ojo.

Se rió de mí y se encogió de hombros, claramente cansada de la conversación.

—Todo va a estar bien. Sé cuidarme sola. Llevo años corriendo afuera y nunca pasa nada, y tú estás exagerando demasiado. Regreso en treinta minutos.

Me quedé inmóvil, con el cartón de huevos en la mano. Mi instinto de madre gritaba con fuerza. No podía dejarla salir de la casa… no iba a salirse con la suya. No podía permitírselo.

—No —dije con firmeza—. Acabamos de mudarnos. No conocemos a nadie, excepto a Nathan y a sus padres.

—Conocemos a ese tipo —dijo, señalando vagamente hacia afuera, en una dirección cualquiera.

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes… el que hace ejercicio afuera sin camisa. Siempre está gritando por teléfono. Se me olvidó su nombre… actúa rarísimo. Creo que es el único hombre relativamente joven que vive en este vecindario.

Un sabor amargo me subió por la garganta. Sabía perfectamente de quién hablaba. Nunca me había caído bien ese tipo… demasiado exhibicionista para mi gusto.

—¿El musculoso? ¿Lonnie Jacobs?

—Sí, ese.

—Ese no es ningún amigo. Es un vecino raro del que debemos mantenernos alejadas.

Se rió, pero sin una pizca de humor.

—¡Me voy, mamá!

—Aquí desapareció una mujer —solté de golpe.

No quería asustarla, pero necesitaba que me escuchara. Nunca se lo había contado antes porque no quería darle más motivos para odiar la mudanza.

Eso la hizo detenerse… aunque solo por un instante.

—¿Quién?

—Se llamaba Laura Perdita. Se cree, con bastante seguridad, que la secuestraron en el estacionamiento de un supermercado, de noche. Era enfermera.

Me giré hacia ella, suavizando la voz.

—Lleva tres años desaparecida. No hay pistas. No hay avances. Nada desde entonces.

Anabelle soltó una risa incrédula.

—Eso pasa en todos lados.

—También puede pasarte a ti —dije en voz baja, colocándome frente a ella—. No descartes ser más cuidadosa… sobre todo siendo mujer. Es horrible tener que admitirlo, pero es verdad. Muy, muy verídico. ¿Sí? Por favor.

No respondió. Me apartó con un gesto y pasó por mi lado.

Salió por la puerta, echándose el cabello hacia atrás como si yo no fuera más que ruido de fondo.

No podía creerlo. Normalmente me escuchaba… quizá refunfuñando, pero me escuchaba.

—¡Anabelle! —grité tras ella—. ¡Regresa ahora mismo!

Nada.

Me quedé ahí, inmóvil, durante unos segundos, sin saber si gritar otra vez o salir corriendo detrás de ella.

No me moví.

Debí haberlo hecho.

Pero no lo hice.

Seguramente era la mudanza. La tenía alterada. Le gustaba estar de nuevo cerca de Nathan, pero extrañaba la energía de nuestro

antiguo pueblo… era casi como una pequeña ciudad. Aquí no había cine, ni bolera, ni tiendas modernas, ni nada parecido. Whisper's Creek no tenía nada que ofrecerle a una chica joven. Era barato, sí, y estaba relativamente cerca de la universidad a la que iba a asistir.

Nada más.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a eso, sonó mi teléfono.

Hice una mueca de desprecio al ver el nombre en la pantalla.

—¿Qué necesitas, Pedro? —pregunté, irritada.

Mi exmarido… claro.

Si me llama otra vez solo para decir buenas noches, juro que llamo a la policía.

—¿Puedo verla este fin de semana? —preguntó.

Ni un saludo. Ni un "¿cómo estás?". Ni una sola pregunta sobre la mudanza.

Qué clase de persona hace eso.

—No. Este fin de semana me toca a mí.

Mi voz salió seca, a la defensiva.

No merecía verla… así lo sentía yo. Y Anabelle tampoco quería verlo. Aun así, tenía que reconocerle algo: no dejaba de intentarlo. Muchos ya se habrían rendido.

Suspiró.

—No podemos seguir así. Por favor… tú estás con ella todo el tiempo. Yo solo quiero volver a hablar con mi niña… como si todo fuera normal —suplicó.

—Tú te buscaste esto cuando hiciste lo que hiciste. No pensaste en las consecuencias. ¿De quién es la culpa? Tuya —respondí con dureza—. No actúes como si yo te la estuviera quitando… ella no quiere verte. Sabe lo que hiciste.

—También es mi hija. No puedes alejarla de mí… sé cómo eres —acusó.

—Soy su madre, y voy a hacer lo que sea mejor para ella —repliqué, defendiéndome.

Dimos vueltas en lo mismo de siempre, cayendo otra vez en ese patrón viejo que los dos odiábamos, pero del que nunca sabíamos salir. Eso era todo lo que hacíamos desde el divorcio.

Miraba la estufa mientras discutía, viendo cómo los números del reloj cambiaban lentamente.

Al final, colgó.

Apagué el teléfono de golpe.

—¡Vete al infierno! —grité, lanzándolo a un lado, agotada.

Me quedé mirando mi reflejo en el vidrio negro del horno.

Me veía cansada… y más vieja de lo que recordaba.

No me gustó.

—¿Anabelle? —llamé, dándome cuenta de pronto de lo silenciosa que estaba la casa—. ¿Qué quieres cenar…?

Me detuve.

No la había visto regresar.

Tampoco la había oído.

Corrí por el pasillo hasta su habitación, donde había cajas a medio vaciar y montones de ropa sobre el escritorio.

No estaba.

El pánico me subió al pecho mientras salía y golpeaba la puerta del baño del pasillo.

Nada.

Ni respuesta.

Ni luz debajo de la puerta.

Nadie.

Corrí de vuelta a la cocina y agarré el teléfono con las manos temblando.

La llamé.

Buzón de voz.

Otra vez.

Y otra.

El pánico se convirtió en histeria. Las lágrimas me corrían por la cara.

¿Dónde estás, Anabelle? ¿Dónde carajos estás?

Abrí la aplicación para localizar su teléfono.

Nada.

Sin señal.

El punto que marcaba su ubicación había desaparecido.

Debía estar apagado.

Salí corriendo descalza. Los escalones del porche me clavaban en las plantas de los pies. El vecindario estaba en silencio, todavía demasiado nuevo como para sentirse familiar. Los árboles se alzaban sobre la acera y las farolas parpadeaban a lo lejos.

—¡Anabelle! —grité con tanta fuerza que sentí que se me desgarraba la garganta—. ¡Anabelle!

Mi voz rebotó contra la noche, vacía, cruel.

Corrí por las calles, mirando hacia las casas, gritando su nombre una y otra vez. Muy pocas tenían las luces encendidas; muchas estaban completamente vacías.

No esperé más.

Mi hija había desaparecido.

Llamé al 911.

Contestaron rápido. Me temblaba la voz, pero les di todo lo que sabía: su edad, su estatura, cómo se veía, qué llevaba puesto. Les dije que había salido a correr y no había regresado.

Me dijeron que alguien ya iba en camino.

Colgué y llamé a Pedro de inmediato.

—¿Y ahora qué? ¿Otra vez quieres discutir? Mira, ¿sabes qué? Eres tan jodidamente insoportable que—

—Se fue —lo interrumpí, con la voz quebrándose—. Anabelle. Está desaparecida.

Silencio.

Solo se escuchaba su respiración pesada.

El peso de la realidad le cayó encima.

—Dios mío… —susurró—. La mujer desaparecida… Laura Perdita… ¿y si…?

No terminó la frase.

La llamada se cortó.

——

Las siguientes horas fueron un borrón.

Linternas recorriendo la calle.

Dos patrullas con el motor encendido junto a la acera.

Policías haciendo preguntas—demasiadas, demasiado rápido—y yo intentando responder, pero mi mente era puro ruido.

Miraba el teléfono una y otra vez, aunque sabía que no iba a sonar.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? ¿Qué llevaba puesto? ¿Tenía algún motivo para irse?

—No —respondí—. Discutimos, pero no fue nada grave. Solo… estaba siendo una adolescente.

Uno tomaba notas.

El otro me observaba demasiado.

Como si dudara de mí.

Algunos policías más—no muchos—tocaban puertas en el vecindario. Muchos no respondieron. Los pocos que lo hicieron eran personas mayores, molestas por haber sido despertadas.

Lonnie Jacobs dijo que no había visto nada, y confirmó que José Luis, que vivía en una zona apartada del vecindario, tampoco. Él se dedicaba a cortar césped y hacer ese tipo de trabajos.

Ampliaron la búsqueda alrededor de la 1:00 a.m.

Emitieron una alerta: muchacha joven desaparecida, veinte años de edad.

Anabelle Flores. Aproximadamente 1.57, piel morena, cabello oscuro, ojos oscuros. Última vez vista con camiseta gris, shorts negros y tenis.

No parecía real.

Se sentía como la tragedia de otra persona.

No podía creer lo que estaba pasando.

Anabelle simplemente… había desaparecido.

La luz del porche zumbaba sobre mí mientras estaba sentada, envuelta en una manta, con los ojos secos y ardiendo. Miraba la calle sin parar, esperando verla regresar corriendo, con los audífonos puestos, molesta pero bien.

Nunca volvió.

Pedro recorría las calles de Whisper’s Creek, yendo y viniendo, buscando algo… cualquier cosa.

En algún momento, un detective se sentó a mi lado.

Jack Gray.

Tenía la piel pálida y curtida. Parecía un hombre que no dormía. El rostro marcado por cicatrices y arrugas profundas, y una barba gris

mal afeitada. El cabello casi inexistente, apenas unos mechones como bigotes canosos.

—¿Puede contarme más sobre Laura Perdita? —pregunté.

Parpadeó, con esos ojos grises y apagados.

—¿Para qué? Podría alterarla.

Bajé la mirada hacia mis manos.

Temblaban.

—Desapareció hace tres años. Leí sobre ella antes de mudarnos aquí, pero no le di importancia. Salió al supermercado de noche… y la secuestraron.

—Yo trabajé ese caso. Es normal que le asuste.

Asentí.

—Porque creo que ha vuelto a pasar.

El detective guardó silencio.

Pero su expresión lo decía todo.

Él también lo creía.

CAPÍTULO 7

HELENA

Habían pasado tres días. Esa fue la última vez que vi a Anabelle. Caminé por las aceras agrietadas de Whisper's Creek, un lugar que siempre se sentía como si perteneciera a la pesadilla de otra persona. Nubes grises y bajas se extendían sobre los negocios descoloridos: una tintorería que siempre parecía cerrada, un minisúper con luces fluorescentes parpadeantes y una licorería que apestaba a moho y humo de cigarrillo.

Llevaba una engrapadora de mano en una mano y un montón de carteles de desaparecida en la otra, con los bordes ya gastados de tanto manipularlos. A mi lado estaban Pedro y Nathan, que me ayudaban a pegarlos en postes de luz, paradas de autobús y cualquier superficie que los sostuviera.

No se sentía real. Todavía no.

Pero el dolor ya se estaba volviendo permanente.

El cartel tenía una foto de ella sonriendo con una librería de fondo, su cabello oscuro rozándole los hombros y sus ojos almendrados entrecerrados ligeramente contra el sol. Tomé esa foto unas semanas antes de que desapareciera, cuando aún estábamos en Gravestone. Era el único rostro que podía ver cuando cerraba los ojos.

Whisper's Creek era un lugar económicamente más barato. Ese había sido el principal atractivo. Pero empecé a arrepentirme de todo. Ojalá nunca hubiéramos regresado allí.

Pedro pensó que sería bueno para la transición de Anabelle a la vida universitaria. Estaba a solo una hora de la universidad a la que asistiría. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca. En teoría, todo lucía perfecto, y él estaba intentando involucrarse como padre. Yo traté de respetar eso.

No tenía mucho dinero. Antes era periodista independiente. Escribía artículos de opinión, comentarios de cultura pop, análisis de crímenes reales e incluso hacía algunos trabajos de guion para videos en línea cuando escaseaba el trabajo. Ganaba lo suficiente para mantener la casa, pero después de tener a Anabelle dejé la mayor parte. Quería estar ahí para ella en todo momento: cada rodilla raspada, cada evento escolar, cada vez que lloraba o gritaba o simplemente necesitaba sentarse en silencio.

Habíamos intentado con tantas ganas tener un hijo. Pedro y yo pasamos años yendo a médicos y especialistas, solo para recibir noticias decepcionantes. Y luego, de repente, ella estaba ahí. Tuvimos a nuestra niña. La luz de toda nuestra vida. El centro de nuestros mundos.

Nuestro milagro se fue, arrancado por la oscuridad cruel que nos rodeaba. Cada segundo desde entonces era como una cuchilla deslizándose lentamente entre mis costillas, matándome poco a poco. Yo había fallado miserablemente. Debí haber corrido detrás de ella en cuanto salió. Debí haber sido más estricta. Debí haber hecho tantas cosas más.

Pedro se puso a mi lado, con los brazos cruzados contra el viento.

—¿Tú crees que el detective Gray va a encontrar a nuestra niña? Ni siquiera pudo encontrar a Laura Perdita —dijo con amargura—. ¿Cómo vamos a confiar en la palabra de este tipo?

Lo observé: tenía los ojos enrojecidos. No había dormido; ninguno de nosotros lo había hecho. Yo sabía que me veía peor.

—Tal vez sí, tal vez no —dije—. Pero yo no voy a rendirme. No voy a dejarlo en manos de él ni de la suerte. Si nadie la encuentra, yo la encontraré.

—La encontraremos. También es mi niña. ¿Cuál es nuestro primer movimiento? —preguntó.

—Intentar encontrar a Laura Perdita, averiguar qué le pasó. Ella podría ser la clave. Es la única pista que tenemos.

La boca de Pedro se tensó.

—Han pasado tres años, Helena. ¿Qué estás pensando? ¿De verdad podríamos encontrar algo nuevo sobre ella?

Lo pensé. No era imposible, pero era muy poco probable. Aun así, necesitábamos hacer algo. Cualquier pista podría ayudarnos. Así era como yo lo veía.

—No lo sé —admití—. Podría estar muerta. Tal vez viva. No me importa. Es la única oportunidad que tenemos, por ahora. Si encontramos a Laura, tal vez encontremos a Anabelle.

Pedro miró hacia la calle, hacia el final del vecindario, y sacudió la cabeza con frustración. Era un hombre larguirucho, con la barba recién recortada y una cabellera negra azabache siempre peinada hacia atrás con gel. Normalmente usaba jeans negros con una chaqueta bomber porque quería verse más joven y más "cool". Incluso llevaba gafas de aviador. No engañaba a nadie, y menos a mí.

Lo que sí tenía a su favor eran sus brillantes ojos ámbar y su piel suave, como si estuviera humectada con manteca de cacao. Le gustaba decirse a sí mismo que era "marrón y hermoso". Yo podía estar de acuerdo con eso: me enamoré de él. Era un hombre guapo.

—No puedo creer que ninguno de los vecinos haya visto nada. No tiene sentido.

—Es un vecindario tranquilo —dije—. Mayormente gente mayor. Apenas conozco a alguien.

Desde que nos mudamos, no habíamos conocido a nadie excepto a Lonnie Jacobs. No teníamos amigos, lo que significaba que no había testigos.

El detective Gray estaba estacionado a unas cuantas casas, abriendo y cerrando un encendedor. Ya no fumaba, pero creo que le daba algo que hacer con las manos. Cuando me vio acercarme, presionó el radio en su hombro y dijo algo que no pude entender.

Me hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos a seguir difundiendo la noticia: en redes, en la prensa local, donde sea. También hicimos que uno de los oficiales volviera a hablar con uno de tus vecinos, José Luis. Vive por aquel lado, en el lote de la esquina. Corta césped, pero no de noche. No vio nada.

Esperé. No dijo nada más.

—Alguien tiene que saber algo; alguien debió haberla visto —insistí.

Él exhaló.

—Normalmente alguien ve algo, pero ninguno de tus vecinos vio nada. La mayoría estaba profundamente dormida. Puede que ella haya salido del vecindario y, desafortunadamente, puede que se la hayan llevado —dijo, sin rodeos.

¿Cómo a Laura Perdita?

Eso lo dejó en silencio. Los ojos de Gray se oscurecieron y miró el cartel como si pudiera encontrar allí una mejor respuesta.

La idea de que se la hubieran llevado me sacudió hasta lo más profundo. Atravesó mi corazón ya herido. ¿Qué clase de monstruo se llevaría a mi niña? Ella es una buena persona, un ser humano decente. No merecía ser secuestrada. Yo esperaba que estuviera a salvo, dondequiera que estuviera. Sabía que ella sabía que yo estaba haciendo todo lo posible por encontrarla. Anabelle sabía cuánto la quería.

—La única persona que realmente sabía sobre Laura era su novio. Vivían juntos —murmuró—. Juró que no sabía nada, pero claro que lo investigué. Tenía una coartada, así que quedó descartado. El tipo se llama Blake Toro.

Incliné la cabeza.

—¿Crees que tuvo algo que ver?

Gray negó con la cabeza.

—Como dije, coartada de hierro. Y la quería. Yo le creo. No voy a volver a molestarlo; ha pasado por suficiente.

—Entonces es un caso frío.

No respondió. Podía ver la frustración creciendo en su rostro cansado. No quería otra Laura Perdita, otro caso frío sin resolver, otra mujer joven desaparecida misteriosamente por días, semanas, meses y años.

La voz de Pedro tembló cuando se acercó de repente.

—¡Han pasado tres días, detective! ¡¿Qué le pasó a nuestra niña?! ¡Debe tener algo ya para este punto!

Gray no lo miró. Ni siquiera me miró a mí.

—Ojalá lo supiera —gruñó—. Ojalá tuviéramos más personal, pero es un pueblo pequeño. Somos pocos. Lo siento. Estoy haciendo todo lo que puedo.

"Lo siento" no bastaba. "Lo siento" era una palabra inútil cuando llevabas tres noches mirando el dormitorio vacío de tu hija, preguntándote si sus sábanas todavía olían a su perfume favorito. "Lo siento" era lo que decías cuando se te caía una copa de vino por accidente, no cuando una chica de veinte años desaparecía del mundo sin dejar rastro.

Me di la vuelta con rabia antes de decir algo de lo que me arrepintiera. Me tranquilicé debajo de un árbol cercano, donde la sonrisa de Anabelle me miraba desde el cartel.

¿Dónde estás, Anabelle?

¿A dónde te fuiste, mi niña?

Nathan se acercó a mi lado. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo. Era el amigo de Anabelle. Estudiaban juntos en la secundaria y corrían en el equipo de pista. Yo supuse que él debía haber estado encantado cuando nos mudamos de vuelta a Whisper's Creek. Mi instinto me decía que estaba enamorado de Anabelle. A mí me parecía bien. Siempre fue educado, siempre callado. Anabelle tenía a un buen chico con quien algún día podría asentarse, si eso era lo que ella quería.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—No —dije—. Pero te agradezco, Nathan. Eres un buen amigo para ella. Gracias por venir aquí y ayudarnos.

—Claro. Solo quiero que la encuentren. La extraño. Ella también es una buena amiga para mí.

Lo miré a los ojos y estudié su rostro ansioso. Líneas profundas le marcaban la frente y tenía los ojos enrojecidos. Estaba muy preocupado por ella. No estaba segura de que Anabelle supiera el gran amigo que tenía en Nathan. Ojalá lo valorara; al final, era su único amigo.

—La vamos a encontrar, no te preocupes. Donde sea que esté, estoy segura de que está bien. Es fuerte —lo tranquilicé.

Él asintió, pero sus hombros seguían tensos. Su mirada se desvió hacia el minisúper al otro lado de la calle.

—¿Ahí fue donde Laura desapareció?

—Sí —confirmé—. Pasó en plena noche. El carro de Laura apareció en el estacionamiento. Las llantas estaban desinfladas. Las cámaras de adentro la mostraron comprando y saliendo con sus bolsas, pero nunca llegó a casa. El carro quedó ahí con las bolsas todavía en el asiento trasero. Es un caso muy extraño.

Tragó saliva, nervioso.

—Entonces se la llevaron del estacionamiento, ¿no?

Yo sabía lo que él estaba pensando. Todos lo estábamos pensando en ese momento.

—Quien se llevó a Anabelle podría haberse llevado también a Laura. Era una posibilidad.

La idea de mi hija secuestrada, arrancada de la calle en la oscuridad de la noche, era inquietante.

Gray gritó desde la otra acera:

—¡Helena!

Me giré, el corazón encogiéndose.

—¡Tenemos algo! —gritó, ya subiéndose a su patrulla.

—¿Qué?

Cerró la puerta de un golpe y bajó la ventana.

—¡Lonnie Jacobs! ¡Tu vecino!

Me quedé inmóvil mientras la patrulla se alejaba a toda velocidad.

Lonnie Jacobs.

¿Qué sabía él?

¿Tuvo algo que ver con esto?

CAPÍTULO 8

ANABELLE

Ahí estaba otra vez, de pie, apenas fuera de alcance, viéndolos discutir: a Mamá y a Papá. Sus voces eran afiladas, cortaban el silencio. No podía acercarme, no podía meterme para detenerlos. No me querían involucrar.

—¿Dónde has estado, Pedro? —la voz de mamá temblaba, pero era feroz, como si intentara mantener el control y lo estuviera perdiendo poco a poco.

—Estoy harto de sentir que me dejas de lado —dijo papá, con la voz baja, pero ardiendo de frustración—. Solo te enfocas en ella, como si yo no existiera, como si fuera invisible.

Vi cómo se le tensaba la cara a mamá.

—Tú eres su padre. ¿Qué te pasa? Ella no es la única que importa, pero es mi número uno. Lo siento. Es nuestra hija. Nuestra bebé. ¡Ella va primero ahora mismo! ¡Me necesita!

Papá se pasó una mano por el pelo, como si estuviera conteniendo algo, alguna verdad amarga.

—¿Y yo? ¿Qué hay de mí?

—Si te dignaras a incluirte —espetó mamá—, ella te necesitaría a ti también, en vez de quedarte fuera hasta tarde, Dios sabe dónde.

—Trabajo hasta tarde, ¿ok? No puedes convertirme en el villano porque estoy tratando de proveer para nosotros —replicó él.

—Como sea, Pedro.

Mamá me vio —sus ojos se clavaron en los míos, enormes y horrorizados— y, de pronto, quedé expuesta como una herida abierta.

—Jesús —susurró.

Las lágrimas se le derramaron por las mejillas. Parpadeé, tratando de borrar todo para que desapareciera, pero solo hizo que las lágrimas salieran más rápido.

—¿Ves lo que haces? —dijo mamá, con la voz quebrada.

—¿Qué hice yo? ¿Y tú qué? Se necesitan dos para bailar el tango, cariño.

Ya no podía soportarlo. La rabia, el dolor, la forma en que discutían dejaban claro que nuestra familia se estaba desmoronando. Me di la vuelta y salí corriendo, las lágrimas nublándome la vista mientras huía de sus voces y de su pelea. Estaba harta de todo.

Me desperté empapada en sudor frío, con el corazón golpeándome como si fuera a reventar las costillas. La pesadilla seguía ahí, en mi mente, clara y cruda, como si la estuviera viviendo en tiempo real. La empujé lejos, a un rincón oscuro de mi mente. No quería volver a pensar en eso.

Las ganas de dormir no me vencieron, así que seguí trabajando, lijando y lijando. Cada vez que cerraba los ojos, pensaba en la pobre mujer, la que había estado atrapada en la Habitación Prohibida. Los gritos se habían detenido para siempre.

¿De verdad estaba muerta?

Se me revolvió el estómago con solo imaginarlo. No podía quedarme con Bedlam el tiempo suficiente para averiguar qué se escondía detrás de esa habitación infernal.

La mecedora en el cuarto de Timmy crujía dentro de mi mente. Ese sonido me perseguía. El osito de peluche espeluznante, todo roto, era suficiente para darme pesadillas. Traté de no pensarlo, en lo que pudo haber pasado. Solo seguí lijando.

Antes de darme cuenta, la cerradura volvió a hacer clic. Había pasado tanto tiempo, y yo ni lo había notado. Mis ojos secos se sentían como si hubieran estado mirando una pantalla durante

horas. Mi mente era una niebla del mismo día sin sol que nunca terminaba.

Él entró despacio, cargando algo. Esperé que me volviera a echar agua helada encima, pero no me cayó nada. Solo un vaso de agua limpia y un plato de papel.

¿Agua limpia? Ni siquiera lo sueñes. Seguro va a orinar ahí y obligarme a bebérmelo.

—Come —ordenó, dejándolo como si fuera una ofrenda real.

En el plato había palitos de apio y unos pedazos de brócoli. De verdad se veía comestible; no podía creerlo. Casi me emocioné con la idea de comer verduras. Así fue como supe que tenía un hambre demente.

Me quedé mirándolo, luego lo miré a él. Sonrió.

—Las verduras son importantes —dijo en voz baja.

Quise gritarle y lanzar el plato al otro lado del cuarto. Ya estaba harta de sus tonterías. Pero no hice nada, todavía no. Comí porque necesitaba energía. Mi rabia necesitaba combustible.

El agua estaba clara y limpia por primera vez. Sospeché: estaba segura de que le había hecho algo, pero no estaba segura de qué. Me la llevé a los labios y di un sorbo pequeño. Sorprendentemente, sabía bien, como se supone que sabe el agua. Estudié su cara mientras bebía, buscando cualquier señal de satisfacción, cualquier cosa que me advirtiera que estaba tomando algo tóxico o algún químico oculto, sin sabor. Él se mantuvo sereno, pero eso me hizo sospechar todavía más.

—Estás sospechando, ¿eh? —preguntó, inclinando la cabeza—. Bueno, no puedo dejar que te mueras todavía: el ciclo no está completo. Todavía hay pasos que tienen que cumplirse.

No dije nada; aprendí de la última vez. Pero, como Bedlam, él solo me miró, como si estuviera esperando que hablara.

—¿Quieres decir algo, señorita? —preguntó con educación.

Negué suavemente con la cabeza y aparté la mirada.

—Mírame —ordenó.

Hice lo que me pidió, y él abrió los ojos, exagerado.

—Dime qué tienes en la mente, señorita —me indicó.

Sabía que era una trampa, pero las consecuencias serían peores si lo desobedecía.

Dejé el vaso en el piso con cuidado.

—¿Cuándo se completará el ciclo?

La cara de Bedlam se ensombreció. Lo sabía. Estaba jugando conmigo.

Se inclinó, me agarró la barbilla y me apretó las mejillas con sus dedos gordos hasta que apenas podía respirar.

—Cuando termine —siseó—. Ahora cállate.

Me soltó la cara enrojecida y yo me quedé callada. Recuperé el aire, la rabia hirviéndome en el estómago. Le encantaba hacerme dudar de mí, ese maldito demente.

Me quitó la cadena del tobillo.

—Vamos al baño.

No dije ni una palabra. Me jaló de un brazo y me sostuvo mientras caminábamos por el pasillo ominoso hacia el baño asqueroso. Parecía más oscuro que antes, pero quizá era yo.

Cuanto más tiempo permanecía cautiva, más delirante me volvía.

Mi mente empezaba a jugarme trucos.

Cuando nos acercamos, noté que la Habitación Prohibida estaba abierta. No podía creerlo.

La vi, a una mujer.

¿Jolie?

Estaba atada con una cadena y apenas se movía. Sus ojos se veían desesperados, pero llenos de vida. El corazón se me cayó al estómago. Parpadeé otra vez, solo para asegurarme de que de verdad estaba viendo lo que estaba viendo.

Pensé que estaba alucinando.

No había visto a nadie aparte de Bedlam en… días, semanas… meses.

¿Había pasado tanto tiempo?

—Sigue caminando —gruñó Bedlam cuando sintió que me estaba frenando.

Quise verla mejor, pero me empujó al baño antes de que pudiera.

Arrugué la nariz; me ardía la garganta por el hedor horrible. No había forma de acostumbrarse a eso.

Oriné, ni me molesté en lavarme las manos, y me miré en el espejo rajado. Tenía la cara amoratada, pálida… huesuda. Mis ojos, los ojos de mi madre, parecían de una desconocida.

¿En qué me había convertido?

Un fantasma de lo que fui.

Si no era entonces, ¿cuándo lo iba a hacer?

Ya estaba harta.

Tenía que intentarlo.

Lo oí respirar afuera de la puerta como una bestia hambrienta. Me estaba esperando, contando los segundos hasta que terminara.

Saqué el cepillo y apreté el agarre.

Lo iba a hacer.

En cuanto se abriera esa puerta, no me iba a contener. Ya estaba harta de ser prisionera de Bedlam. Ya estaba harta de estar a merced de sus juegos crueles.

Me temblaban las manos tanto que casi se me cayó mi arma. Mis nervios eran un cable pelado, el corazón me martillaba tan fuerte que juraba que él lo escucharía retumbar a través de la puerta.

—¡Ya terminé, solo un segundo! —grité, tratando de ganar algo de tiempo.

No sirvió.

Cuando abrió la puerta de golpe, me giré, el miedo estrangulándome la garganta.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

Esto es por todo lo que me has hecho.

Me lancé directo hacia él con toda mi fuerza y le clavé la punta directamente en el ojo.

Gritó como un animal mientras se tambaleaba hacia atrás, agarrándose la cara mientras la sangre le chorreaba hasta la nariz. Corrí como una bala hacia la Habitación Prohibida.

No podía dejarla ahí. Esa pobre mujer había estado ahí más tiempo que yo. Tenía que escapar conmigo.

Pensé en escapar primero y alertar a todos de dónde estaba, pero temía que Bedlam la matara por despecho.

No había manera de predecir sus acciones.

No quería tener la sangre de esa pobre mujer en mis manos.

Ella intentaba gritar a través de la cinta que le cubría la boca, sacudiendo la cabeza con violencia y tratando de advertirme. Probablemente me estaba ordenando que me fuera, que saliera de ahí.

Pero yo ya estaba cerca.

Estaba justo ahí…

Bedlam se lanzó hacia adelante, me jaló la pierna y caí, las manos golpeándome el suelo para amortiguar la caída, un dolor ardiente atravesándome las palmas.

—¡Mierda!

Pateé fuerte y le di en la cara ensangrentada, pero se me subió encima, exprimiéndome el aire de los pulmones. Me levantó y me estampó contra el piso con toda su fuerza. La vista se me nubló mientras empezaba a desmayarme.

Sentí la columna como si se me hubiera partido a la mitad. Me explotó el cráneo con un dolor cegador. Era como si me hubieran reventado la cabeza con un mazo.

Lo último que vi antes de quedarme inconsciente fueron los ojos de la mujer, llenos de lágrimas.

Había querido que me fuera, que escapara sin ella, pero yo no podía hacer eso.

Tomé el riesgo más grande que pude… y fallé.

Estaba segura de que la muerte me esperaba, y me dio una calma extraña.

Lo siento tanto, mamá. Lo intenté. Te lo prometo.

Floté en una neblina, medio consciente, mientras Bedlam me maldecía, su voz baja y áspera.

No estaba segura de cuántos segundos habían pasado, pero de repente desperté ahogándome. Me estaban hundiendo en algo frío y negro, algo que olía absolutamente asqueroso. El hedor me estaba pudriendo por dentro, retorciéndome el estómago con violencia.

Mi cabeza palpitante estaba siendo empujada dentro de un inodoro sucio y negro.

Me hundió por cinco segundos; se sintieron como minutos mientras el pánico me inundaba por completo. Pensé que iba a morir.

Mis pulmones gritaban mientras subía y bajaba, y bajaba otra vez. Lo hizo una y otra vez. Creí que iba a desmayarme por segunda vez.

Me sentía como una muñeca de trapo despedazada por un niño de cuatro años.

Por fin, me sacó.

—Ya tuve suficiente —gruñó.

Me desplomé en el piso mugriento del baño, jadeando por aire, con la garganta en carne viva y ardiendo como si me hubiera tragado fuego. Todo mi cuerpo temblaba mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas. El olor fétido del baño me envolvía como una manta asfixiante.

Estaba totalmente indefensa.

Le di gracias al creador por mostrar misericordia cuando lo hizo. Estaba segura de que estaba al borde de irme al otro lado, para no volver.

Bedlam se quedó encima de mí, respirando con fuerza. Me atreví a mirarlo. Temí que fuera a seguir descargando su furia sobre mí.

—¿Te crees muy lista? —gruñó, dándome una patada en las costillas—. ¿Tratando de escaparte de mí? ¡No hay escape! —amenazó con rabia.

Me arrastró de vuelta al cuarto por los pies y me tiró al suelo. Todo me daba vueltas, y no podía mantener la cabeza firme. Traté de estabilizar la respiración, pero el estómago me giraba como el infierno. Estaba a punto de vomitar. Todavía sentía como si me estuviera ahogando en esa agua negra y lodosa.

—¡No más juegos! —rugió—. ¿Quieres romper el ciclo? Te castigan. Igual que a Timmy. ¡No lo intentes otra vez! ¡Ahora, duérmete! —gritó mientras venía a volver a encerrarme.

Luego se fue y azotó la puerta.

Clic.

Me sostuve las costillas con manos temblorosas, temiendo por mi vida. No sabía qué más me esperaba.

¿De qué otra forma me castigaría Bedlam?

Seguramente no había terminado todavía.

Por más que quisiera que eso fuera el final, sabía que no lo sería.

Empecé a toser y vomité líquido transparente en el piso a mi lado. Me arrastré con cuidado para alejarme y me acurruqué. Cada respiración quemaba, y sentía el cuerpo como si me lo hubiera aplastado un compactador de basura. Apenas podía mantenerme consciente; cada aliento me perforaba las costillas.

A pesar de mi fracaso y de todo lo que había pasado, mi mente no estaba rota.

Dentro de mí, algo se encendió.

Una llama silenciosa, preparándose para otra pelea. No ese día, pero pronto.

No me gustaba que me tiraran de un lado a otro como si no fuera nada.

Si no terminaba matándome por "romper" el "ciclo", se arrepentiría.

Me encargaría de eso.

Aun así, pensé en mi madre, y ella me hacía fuerte, resistente. Oía su voz firme resonando en mi cabeza, ordenándome, dándome esperanza.

Sobrevive, Anabelle. No te rindas, no dejes de pelear. Todavía te queda toda una vida por vivir. No dejes que ese monstruo gane.

Tenía que volver con ella.

Tenía que hacerlo.

CAPÍTULO 9

ANABELLE

Yo era un bebé otra vez. Iba en los brazos de mi madre, con mi padre asomándose hacia mí con cariño. Estaba bien arropada en una manta acolchada y cálida, y mi madre se aseguraba de mantenerme pegada a su pecho. Me sentía protegida y amada.

Fue uno de los recuerdos más tempranos que tengo. Honestamente, ni siquiera puedo creer que lo recuerde, pero debió de haber sido significativo. La mayoría de la gente no tiene recuerdos de cuando era bebé. Yo tuve suerte de tener el mío.

Una sola frase resonó en mi cabeza: *Oh, mamá, cuánto te necesito.*

Estaban saliendo de un edificio parecido a un hospital, gris y alto. Esa noche tronaba y llovía con fuerza. Vi una ráfaga de gotas de lluvia repiqueteando contra la ventana del auto mientras la miraba con ojos muy abiertos y curiosos. Mi primer recuerdo de ver la lluvia. Cómo deseaba poder sentir otra vez las gotitas caer sobre mi piel. Cuánto necesitaba una ducha: habría aceptado meterme en cualquier lago. Me imaginé que olía como un burro horneándose en su propio excremento seco al sol.

Me desperté con el agua golpeándome la cara sucia y mugrienta —otra vez—. Ya estaba cansada de eso. Parpadeé, abrí los ojos y vi una figura enorme en la oscuridad. Estaba de pie frente a mí con los

ojos rojos, llenos de rabia. Tenía un balde vacío y lo tiró a un lado; cayó con un golpe metálico sobre el piso de madera.

Intenté moverme, pero enseguida me di cuenta de que estaba inmovilizada. Miré hacia abajo y vi que estaba amarrada a una silla con una cuerda.

Carajo, esto está mal.

El pánico me subió al pecho y empecé a respirar a bocanadas rápidas. Bedlam dio un paso hacia adelante y dejó ver su cara. Tenía una curita encima del ojo.

Maldita sea. Fallé. No le di en el ojo.

—No hay comida para ti. ¿La única razón por la que sigues viva? El ciclo no está completo. Si no, ya te habría arrancado las tripas con mi hacha y te habría hecho comértelas. Te habría metido pedazos de ti misma por la garganta, a la fuerza, uno por uno.

Me encogí, asqueada. Qué monstruo: no había final para su crueldad, no había límite para lo que sería capaz de hacer. Por cómo lo describió, supe, sin duda, que eso se lo había hecho a sus otras víctimas. Me pregunté si la mujer de la Habitación Prohibida sería la siguiente. La mujer que yo creía que era "Jolie". Me pregunté si ella también habría intentado escapar, de alguna manera.

—Por favor, no —me salió en un chillido.

No quería que nada entrara en mi boca. El agua repugnante del inodoro había sido suficiente.

—Se puede hacer, por cierto. No me pongas a prueba otra vez —advirtió Bedlam, mirándome como si ya supiera todo.

¿Quién sabe qué horrores les había hecho a víctimas anteriores? ¿Qué hice yo para merecer que me secuestraran y me encerraran?

Sabía que no había sido agradecida con mi vida ni con lo que tenía, pero la crueldad pura de Bedlam me tenía atrapada. Yo era una mocosa miserable y malcriada, pero me prometí que cambiaría si alguna vez salía de ahí. Nunca volvería a tomar mi libertad ni mi paz mental como algo garantizado.

Nunca volvería a dar por hecho que mamá siempre estaría ahí.

—Yo sabía que te llevaste el cepillo de dientes. ¿Te crees que soy estúpido? Pensé que querías lavarte los dientes. Elegí confiar en ti, y me traicionaste. Intentaste matarme. Así que ahora debo castigarte

de la misma manera en que Bedlam solía castigarme a mí. Me obligaste.

Bedlam salió un momento y volvió empujando un televisor pequeño sobre un soporte con ruedas. Tenía un reproductor de VHS encima. Me pregunté qué demonios iba a mostrarme. Lo colocó frente a mí y tomó una cinta VHS del soporte con ruedas. La metió en el reproductor y encendió el televisor. Al principio se veía blanco y granulado, y zumbaba como zumbaban los televisores viejos.

—Cada vez que me portaba mal, me obligaban a ver esto. Es de la web oscura, por si sabes lo que es.

Tenía una idea de lo que era la web oscura. Sabía que era una red en línea siniestra de drogas, armas y otras cosas muy ilegales. Supe en ese instante que estaba a punto de enseñarme algo absolutamente aterrador.

Se me acercó —a centímetros de la cara— y me miró fijamente al alma como un demonio salido del infierno.

—No apartes la mirada. Lo voy a saber. Estoy mirando, siempre estoy mirando. Si apartas la mirada, te voy a arrancar los ojos. Te los voy a hacer comer.

Dios mío, está loco.

—Voy a mirar —logré susurrar a través del terror.

La mueca de Bedlam se fue convirtiendo lentamente en una sonrisa perversa.

—Así me gusta. —Se dio la vuelta y acarició el televisor con la mano—. Cuando completes tu castigo, serás perdonada. Timmy, perdona, Bedlam no, pero Timmy cree en el perdón.

Imágenes granuladas y parpadeantes aparecieron en la pantalla en rápida sucesión. Lo que vino después fue una serie de imágenes brutales, despiadadas y sádicas, de personas siendo asesinadas de las peores maneras imaginables. No podía creer la depravación que estaba presenciando. Era lo absolutamente peor que la humanidad tenía para ofrecer.

CAPÍTULO 10

ANABELLE

Yo era un bebé otra vez. Iba en los brazos de mi madre, con mi padre asomándose hacia mí con cariño. Estaba bien arropada en una manta acolchada y cálida, y mi madre se aseguraba de mantenerme pegada a su pecho. Me sentía protegida y amada.

Fue uno de los recuerdos más tempranos que tengo. Honestamente, ni siquiera puedo creer que lo recuerde, pero debió de haber sido significativo. La mayoría de la gente no tiene recuerdos de cuando eran bebés. Yo tuve suerte de tener el mío.

Una sola frase resonó en mi cabeza: *Oh, mamá, cuánto te necesito.*

Estaban saliendo de un edificio tipo hospital —era gris y se alzaba sobre nosotros—. Esa noche tronaba y llovía con fuerza. Vi una ráfaga de gotas de lluvia repiqueteando contra la ventana del auto mientras la miraba con ojos muy abiertos y curiosos. Mi primer recuerdo de ver la lluvia. Cómo deseaba poder sentir otra vez las gotitas caer sobre mi piel. Cuánto necesitaba una ducha: habría aceptado meterme en cualquier lago. Me imaginé que olía como un burro horneándose en su propio excremento seco al sol.

Me desperté con el agua golpeándome la cara sucia y rancia —otra vez—. Ya me estaba hartando de eso. Parpadeé, abrí los ojos y vi una figura enorme en la oscuridad. Estaba de pie frente a mí con los

ojos rojos, llenos de rabia. Tenía un balde vacío y lo tiró a un lado; cayó con un golpe metálico sobre el piso de madera.

Intenté moverme, pero enseguida me di cuenta de que estaba inmovilizada. Miré hacia abajo y vi que estaba amarrada a una silla con una cuerda.

Mierda, esto está mal.

El pánico me subió al pecho y empecé a respirar a bocanadas rápidas. Bedlam dio un paso hacia adelante y dejó ver su cara. Tenía una curita encima del ojo.

Maldita sea. Fallé. No le di en el maldito ojo.

—No hay comida para ti. ¿La única razón por la que sigues viva? El ciclo no está completo. Si no, ya te habría arrancado las tripas con mi hacha y te habría hecho comértelas. Te habría metido pedazos de ti misma por la garganta, a la fuerza, uno por uno.

Me encogí, asqueada. Qué monstruo: no había final para su crueldad, no había límite para lo que sería capaz de hacer. Por cómo lo describió, supe, sin duda, que eso se lo había hecho a sus otras víctimas. Me pregunté si la mujer de la Habitación Prohibida sería la siguiente. La mujer que yo creía que era "Jolie". Me pregunté si ella también habría intentado escapar, de alguna manera.

—Por favor, no —me salió en un chillido.

No quería que nada entrara en mi boca. El agua repugnante del inodoro había sido suficiente.

—Se puede hacer, por cierto. No me pongas a prueba otra vez —advirtió Bedlam, mirándome como si ya supiera todo.

¿Quién sabe qué horrores les había hecho a víctimas anteriores?

¿Qué hice yo para merecer que me secuestraran y me encerraran?

Sabía que no había sido agradecida con mi vida ni con lo que tenía, pero me estaba atrapando el mal puro. Yo era una mocosa miserable y malcriada, pero me prometí que cambiaría si alguna vez salía de ahí. Nunca volvería a tomar mi libertad ni mi paz mental como algo garantizado.

Nunca volvería a dar por hecho que mamá siempre estaría ahí.

—Yo sabía que te llevaste el cepillo de dientes. ¿Te crees que soy estúpido? Pensé que querías lavarte los dientes. Elegí confiar en ti, y me traicionaste. Intentaste matarme. Así que ahora debo castigarte

de la misma manera en que Bedlam solía castigarme a mí. Me obligaste.

Bedlam salió un momento y volvió empujando un televisor pequeño sobre un soporte con ruedas. Tenía un reproductor de VHS encima. Me pregunté qué demonios iba a mostrarme. Lo colocó frente a mí y tomó una cinta VHS del soporte. La metió en el reproductor y encendió el televisor. Al principio se veía blanco y granulado, y zumbaba como zumbaban los televisores viejos.

—Cada vez que me portaba mal, me obligaban a ver esto. Es de la web oscura, por si sabes lo que es.

Tenía una idea de lo que era la web oscura. Sabía que era una red en línea siniestra de drogas, armas y otras cosas muy ilegales. Supe en ese instante que estaba a punto de enseñarme algo absolutamente aterrador.

Se me acercó —a centímetros de la cara— y me miró fijamente al alma, como un demonio salido del infierno.

—No apartes la mirada. Lo voy a saber. Estoy mirando, siempre estoy mirando. Si apartas la mirada, te voy a arrancar los ojos. Te los voy a hacer comer.

Dios mío, está loco.

—Voy a mirar —logré susurrar a través del terror.

La mueca de Bedlam se fue convirtiendo lentamente en una sonrisa perversa.

—Buena chica. —Se dio la vuelta y acarició el televisor con la mano—. Cuando completes tu castigo, serás perdonada. Timmy, perdona, Bedlam no, pero Timmy cree en el perdón.

Imágenes granuladas y parpadeantes destellaron en la pantalla en rápida sucesión. Lo que vino después fue una serie de imágenes brutales, despiadadas y sádicas, de personas siendo asesinadas de las peores maneras imaginables. No podía creer la depravación que estaba presenciando. Era lo absolutamente peor que la humanidad tenía para ofrecer.

No podía creer lo que había visto. Las imágenes de gente siendo torturada, decapitada… asesinada de las peores maneras imaginables. No podía creer que los seres humanos se hicieran eso entre sí. Desde la secundaria, yo tenía la idea de que los humanos

eran capaces de causarse destrucción y muerte unos a otros, pero nunca lo había visto de primera mano así.

Había oído hablar de la web oscura en susurros y murmullos por los pasillos de mi escuela. No sentí más curiosidad por el tema. No quería saber nada más. Por alguna razón, siempre eran los chicos los que se interesaban por ese tipo de cosas. Hablaban de ejecuciones estilo cártel mientras tomaban leche con chocolate y comían croquetas de papa. Era muy perturbadora la forma en que lo comentaban tan casualmente. Yo no era ese tipo de persona. Ese tipo de cosas me afectaban profundamente a nivel emocional.

Una vez vi un conejo herido mientras salía a correr. Tenía un algo clavado en la pata. No habría podido vivir conmigo misma si seguía de largo sin ayudar a esa pobre criatura. Así que lo cargué hasta el hospital de animales más cercano que yo conocía y me aseguré de que lo atendieran. Incluso pagué el tratamiento de mi propio bolsillo. Cuando lo atendieron, me sentí más tranquila.

Bedlam era el tipo de monstruo que mataría al conejo por pura crueldad. Eso lo sabía de verdad. Tomaba a personas vulnerables y las destruía por sus profundas perversiones psicológicas. Era un individuo gravemente enfermo. Me preguntaba qué demonios le había pasado exactamente en ese instituto.

¿Qué causó la corrupción del alma de ese hombre?

Cuando vi esos videos granulados de gente siendo brutalizada de las maneras más despiadadas y sádicas imaginables, supe que yo había tenido suerte. Mi inocencia había estado protegida de los verdaderos males del mundo, la cara oscura de la humanidad que la gente casi nunca ve. Un mundo que vivía en sombras y mercados negros, donde el dolor humano era la moneda.

Sabía que las imágenes horribles que vi se me quedarían grabadas en la mente por muchísimo tiempo. Después me dio una migraña; así de fuerte me había afectado. Mantuve los ojos cerrados e intenté concentrarme en de dónde venía el dolor. La cabeza me palpitaba y la parte de atrás se sentía como si alguien intentara abrirla con un cortador de pizza. Estaba viviendo el peor maldito momento de mi vida. Tanto, que ni siquiera la noté a ella. Había estado ahí todo el tiempo, otra mujer encarcelada conmigo.

—Hola —sonó una voz suave.

Sobresaltada, me incorporé de inmediato, con los ojos muy abiertos y alerta. Extendí la mano para defenderme, pero la mujer estaba lejos de mí. Estaba en la otra esquina del cuarto, con la espalda pegada a la pared, y también tenía un bloque de cemento encadenado al pie.

Me lanzó una mirada helada; se notaba que había sufrido mucho. Estaba sucia y despeinada, igual que yo. Parecía que llevaba más tiempo encerrada.

¿Esa es… Jolie?

—¿Estás bien? —preguntó.

Negué con la cabeza e hice una mueca. Apreté los dientes y solté un gemido bajo. El dolor era intenso. De verdad deseaba tener analgésicos o por lo menos un vaso de agua con hielo. Lujos en la casa del infierno en la que estaba atrapada.

—¿Qué pasa?

—Siento que me están arrancando la cabeza —susurré.

Ella asintió y chasqueó la lengua.

—Sé lo que se siente. Intenta masajearte las sienes con un poco de presión —me indicó—. Eso podría hacerte sentir mejor.

Seguí su consejo y puse los dedos en las esquinas más externas del cráneo. Me las froté en círculos, suave, con una presión mínima. Aliviaba un poco; era mejor que nada.

—Gracias, sí, me siento un poco mejor.

—Sigue haciéndolo; no tienes nada mejor que hacer.

Tenía razón. Me pregunté quién era.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Ahora no soy nadie; hace rato que no lo soy. He sido cautiva por mucho tiempo, niña.

La mujer suspiró y se frotó los ojos. Tenía ojeras marcadas. Estaban enrojecidos, con pequeñas venas rojizas. Se veía como si no hubiera dormido en años.

—Tenemos tiempo; no va a volver en unas horas —me informó.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentir la vibración de la puerta principal al cerrarse y abrirse. Pongo la palma en el suelo y calculo cuándo se va y cuándo

regresa.

—¿Cómo aprendiste a hacer eso? —pregunté.

La mujer se encogió de hombros y se pasó los dedos por el pelo grasiento. Parecía que no se bañaba desde hacía meses. De verdad no quería terminar como ella. Necesitaba escapar, y necesitaba llevarme a esta mujer conmigo.

—Como te dije, he sido cautiva por un tiempo.

La entendí perfectamente. Ella ya conocía a Bedlam. Había estado interactuando con él, quién sabe por cuánto tiempo. Pobre mujer. Nadie merecía lo que nosotras pasamos.

—¿Tú eras la mujer que estaba gritando?

Ella negó con la cabeza y se pasó un dedo por el cuello.

¿Estaba indicando que esa mujer estaba… muerta?

—Esa era otra. Estaba en la Habitación Prohibida. Pobre mujer; casi no la vi. Solo sé que, al final, ya no era la misma.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, con la voz temblorosa.

¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Qué le hizo Bedlam a esa pobre mujer? Ella había estado gritando con terror absoluto. ¿Le estaba mostrando los mismos videos depravados que yo vi, o le hacía algo mucho peor?

—Cuando una persona tiene tantas cortadas, moretones y latigazos, nunca vuelve a ser la misma. Eso es un alma completamente destrozada. Eso es lo que él hace, lo que Bedlam nos hace —advirtió.

Sentí un nudo en el pecho mientras me abrazaba a mí misma. No quería que eso me pasara. No creía merecerlo; ninguna de nosotras lo merecía. Estábamos a merced de un verdadero bastardo sádico. La cabeza me latía aún más por el estrés que de pronto se me vino encima. Intenté respirar hondo para calmarme.

—¿Por qué te tienen encerrada conmigo ahora? ¿Qué te pasó? —pregunté.

Había estado sola tanto tiempo que ni siquiera esperaba hablar con alguien más en la prisión de Bedlam. Quería saber por qué demonios permitiría eso. Me parecía que habría sido más fácil mantenernos separadas para asegurarse de que obedeciéramos. Decidí que eso sería un error fatal para ese hijo de puta.

—Cometí el error de intentar escapar por una ventana abierta en el segundo piso. Está en el cuarto donde estaba esa mujer gritando. Casi lo logro, pero el cabrón me agarró de las piernas y me jaló de vuelta. Después me "reeducaron". Lo que significa que vi el mismo video jodido que tú viste.

Me estremecí. No podía creer que siguiera viva. Parecía que Bedlam no quería matarnos de inmediato. Quería preservarnos, encerrarnos… por quién sabe cuánto tiempo. Me planteé seriamente si habría sido mejor que nos matara, para que se acabara de una vez. Nos ahorraría el dolor y la miseria de ser un alma destrozada, como dijo la mujer.

Pero ese fue un pensamiento desesperanzado.

Se dispersó como hojas en una brisa. Yo necesitaba vivir; no le daría esa satisfacción.

—Lo siento. Yo también intenté escapar. Fallé.

—Yo también lo siento. Hicimos lo que pudimos, ¿no? —suspiró y bajó la cabeza.

Se notaba que ya estaba harta de todo. Había perdido toda esperanza; se le veía en los ojos. Estaban vacíos, sin la mínima luz que aún pudiera quedarle. Bedlam se la había apagado.

De pronto me agarré la cabeza cuando la migraña empeoró. Se sentía como si un hacha me estuviera serruchando el cráneo.

—¡Ay! —grité, cerrando los ojos.

Intenté resistir el dolor, pero nada funcionaba. Necesitaba algo para aliviarlo, pero Bedlam jamás me daría ningún medicamento. Lo único en lo que podía pensar era en lo agradecida que debí haber estado cuando todavía tenía medicina. Siempre la había dado por hecho. Nunca pensé que me faltaría.

Escuché el tintineo suave de una cadena arrastrándose por el piso de madera. Levanté la vista despacio y miré entre los párpados. Era la mujer; estaba gateando hacia mí. ¿Para qué? No tenía idea.

—Lo siento, niña. No hay toallas frías ni analgésicos en este agujero infernal. Ni siquiera cuando eres lo suficientemente amable. Otro beneficio de estar encerrada por ese bastardo sádico.

Puso los dedos cerca de la parte de atrás de mi cabeza y empezó a frotar con cuidado la base de mi cuello. Me dio alivio, y se lo

agradecí.

—Gracias. Eso sí ayuda.

—Solo hago lo que puedo. Sé que huelo a orina, pero tú también. No quiero oír quejas —bromeó.

Me reí por lo bajo. La primera vez que tenía algo parecido a una risa en días.

—Para mí hueles bien; supongo que ya estamos acostumbradas a oler mal.

—Yo definitivamente sí —soltó con fastidio.

Pensé en por qué Bedlam me habría secuestrado desde el principio y sentí curiosidad por saber si la mujer tendría alguna idea. Al fin y al cabo, ella llevaba cautiva mucho más tiempo. Parecía que solo eran mujeres, por el tipo de gente que él secuestraba y mantenía prisionera. Nada sorprendente.

—¿Por qué te secuestró? ¿Lo sabes? —pregunté en voz baja.

Ella suspiró y soltó una risa seca.

—Aparte de que ese lunático habla de algún tipo de ciclo, la verdad es que no lo sé. Lo único que he podido deducir con el tiempo es que quizá me secuestró porque me parecía a alguien que conocía. ¿Mi teoría? Jolie, su esposa. Probablemente está muerta —añadió.

Eso respondió a mi duda: ella no era Jolie. Tampoco era la mujer que había estado atrapada en la Habitación Prohibida, la mujer a la que intenté salvar cuando mi intento de escapar falló. Tuve suerte de seguir con vida después de eso; estaba segura de que Bedlam iba a clavar mi piel en la pared.

—¿Crees que la mató?

—Oh, absolutamente. ¿Te parece que sería un marido ejemplar? Probablemente fue su primera víctima, pobre chica. No tenía idea de en qué se estaba metiendo. Es un psicópata, créeme, yo lo sabría.

Tal vez Jolie se casó con Bedlam cuando él era "normal". Yo nunca creí que la gente naciera mala; la gente se vuelve mala. Debió de ocurrirle algún accidente horrible que le cambió la vida para siempre. Él había insinuado eso.

—¿Crees que Jolie pudo haber sido la mujer que estaba gritando? ¿Crees que la ha tenido aquí todos estos años?

La mujer inhaló hondo y pensó la pregunta. Había tanto misterio alrededor de ese hombre… quién sabe qué pasaba en esa cabeza demente.

—Podría ser. Nunca me lo dijo. No sé cuánto dura el ciclo. Llevo años aquí y todavía sigo aquí. Así que quién sabe —dijo, con exasperación en la voz. Yo entendía su frustración. Estar encerrada contra tu voluntad por tanto tiempo no era algo a lo que una se acostumbrara.

Mientras seguía masajeándome el cuello, abrí los ojos y examiné sus rasgos más de cerca. Estaba muy flaca, pobre mujer. Tenía el cabello castaño reseco y ojos marrones. Sus cejas eran finas como las mías.

Cuando lo pensé, se parecía un poco a mí. La forma de la cabeza, sus ojos oscuros y ovalados, su nariz pequeña… había cierto parecido. Su teoría tenía sentido.

—¿Crees que me secuestró porque me parezco a Jolie? —pregunté. Solo pensarlo me revolvió las entrañas.

—Sí, lo creo. Probablemente te observó durante un tiempo, te analizó y luego decidió que quería secuestrarte. Así es como suele actuar —respondió con amargura.

—Qué enfermo retorcido —escupí.

—Oh, lo sé. Lo sé muy bien —dijo, mirándome como si lo entendiera perfectamente.

Dejó de masajearme el cuello y se frotó las manos con suavidad. Se veía tan cansada. La forma en que se le caían los hombros y cómo bajaba la cabeza me hizo sentir culpable. Estaba intentando ser amable, pero no quería agotarla. No parecía tener tanta energía para gastar. Quién sabe cuánto la habría alimentado, probablemente casi nada.

Le toqué el hombro con cariño, y eso me asustó al instante. Estaba tan huesuda y helada. Consideré un milagro que hubiera sobrevivido tanto tiempo.

—Gracias por ayudarme. Me siento mucho mejor ahora.

—Solo hago lo que puedo. Estamos juntas… por ahora. Quién sabe cuándo nos separará.

Le costó hacerse un poco de espacio, así que me aparté y la ayudé a apoyar la cabeza contra la pared. Ella hizo una mueca y gimió.

—¿Estás bien? —pregunté con urgencia.

—Sí, estoy bien. Solo estoy cansada. El hambre a veces es difícil de aguantar. Es como si mi estómago intentara comerse a sí mismo —murmuró.

—Jesús, lo siento muchísimo.

—No pasa nada. Es lo que es a estas alturas, ¿no?

Se encogió de hombros y cerró los ojos. Yo no podía aceptar eso. No podía volverme como ella, llena de apatía y desesperación. Prefería morir peleando por escapar que vivir como un esqueleto en el calabozo de muerte de Bedlam. Tenía que encontrar una salida. Tenía que seguir creyendo en mí. La mujer misteriosa no era precisamente una oradora motivacional. Más bien me motivaba a cortarme la maldita garganta y acabar con todo.

—¿Cómo has sobrevivido todo este tiempo? —pregunté.

—Solo hago lo que él dice. Siempre está diciendo que obedezca. Come, duerme, escucha, eso es lo que predica. Incluso te alimenta mejor con el tiempo y te da una cama. Hasta me di una ducha caliente hace unos meses. Pero él estaba ahí conmigo.

Hice una mueca. No podía imaginar darme una ducha con Bedlam cerca. Qué asco.

—No me digas… ¿desnuda? —pregunté, horrorizada.

—Sí. Fue todo un espectáculo, pero me dio igual. Solo estaba feliz de tener agua caliente corriéndome por el cuerpo. Nunca volveré a menospreciar una ducha ni el agua corriente.

Amén a eso; una ducha caliente sonaba absolutamente divina. Después, me envolvería en mi bata rosa y esponjosa y me metería en las sábanas de lino acogedoras de mi cama. Ojalá pudiera volver a verlas algún día.

—¿Te tocó o algo? ¿Por qué estaba en la ducha contigo? —pregunté con delicadeza. No estaba segura de si Bedlam era el tipo de hombre que… hacía cosas con mujeres. Yo todavía no había pasado por eso, y necesitaba prepararme mentalmente. Tal vez tendría que arrancarle el pene si intentaba algo.

Ella inclinó la cabeza, pensándolo, y negó.

—No… no recuerdo que haya hecho nada así. Si te preocupa eso, no está haciendo esto por gratificación sexual. Es solo un psicópata que quiere continuar el ciclo. Eso es lo único que le importa; eso es lo único que le interesa.

¿Qué demonios tenía de especial el ciclo?

—Dijiste que te daba comida. ¿Qué tipo de comida? Quiero imaginar a qué sabía —supliqué.

No había comido comida de verdad en tanto tiempo. Una galleta salada habría sido suficiente para devolverme la fe en toda la humanidad.

—Pan tostado con mermelada. Ay, Dios mío. Qué deliciosa era la mermelada, aunque estaba segura de que estaba vencida.

Casi se me hacía agua la boca. Tuve que controlar la lengua para no babear. Haría lo que fuera por probar mermelada. Bueno, casi cualquier cosa. No me bañaría desnuda con Bedlam. Ese día moriríamos los dos. No me importaba cómo fuera. Sería un baño de sangre, y si terminaba en mi último aliento, que así fuera.

—¿Qué más? ¿Algo más?

—Una porción fría de pizza, café negro y macarrones con queso; eso fue todo. Alta cocina de primera —dijo con sequedad.

—Me comería una pizza. Aunque sea congelada, me da igual. Lo decía con toda el alma.

—Suerte con eso. No creo que estés de su lado bueno.

—Tenemos que largarnos de aquí. Tú y yo podemos hacerlo. Tenemos que intentarlo. ¿Sí? —pregunté en voz baja.

Me miró con expresión vacía, agotada, y suspiró. Yo entendía sus reservas. Llevaba encerrada muchísimo tiempo. Intentó escapar y falló. Parecía que había perdido toda esperanza. Yo tenía que ser esa esperanza para ella.

Pero dudaba en intentarlo de nuevo. Ya había fallado y no quería que me "reeducaran" otra vez. Esas imágenes horribles estaban grabadas para siempre en mi cráneo. Si iba a intentar escapar otra vez, tenía que funcionar. Con Bedlam no había segundas oportunidades.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Laura. Laura Perdita —respondió en voz baja.

Jadeé y me di un golpe en la frente por no haberlo entendido antes. Simplemente no creí que fuera ella de verdad. Todo encajaba. Era la mujer de la que mi mamá me había hablado.

—Caramba. Tú eres la mujer que desapareció.

Laura tragó saliva y pareció contener unas lágrimas que empezaron a resbalarle por la cara.

—Sí. Esa soy yo. Me arrancó de un estacionamiento de supermercado ese hijo de puta.

La examiné más de cerca y no podía creer lo horrible que se veía. Al fin y al cabo, habían pasado tres años. Era apenas reconocible. Me dolió el corazón por ella; no merecía nada de esto. Me pregunté cómo me vería yo después de tres años encerrada con él.

Borré ese pensamiento fugaz de mi mente. Eso no iba a pasar.

Laura se lanzó hacia adelante y pasó la mano por la superficie del piso. Debía de estar vibrando. Me sacudió el hombro un momento para avisarme y empezó a arrastrarse de vuelta a su lugar en el cuarto.

Justo a tiempo, la puerta se abrió de golpe y chocó contra la pared con un golpe fuerte. Bedlam entró pisando fuerte y nos sonrió de forma enfermiza. Tenía huecos ennegrecidos donde deberían estar algunos dientes. Probablemente nunca iba al dentista; absolutamente asqueroso.

—¡Conozcan a su nueva compañera, Anabelle! La señorita Laura Perdita. "Perdita" significa "pérdida". Por si acaso. Es casi… destino. Ella está al principio del ciclo, igual que tú —tronó.

CAPÍTULO 11

ANABELLE

Yo estaba corriendo. Nathan iba a mi lado, con la respiración constante, los pies golpeando el pavimento al mismo ritmo que los míos. Estábamos en ese tramo cerca del bosque, detrás de nuestra secundaria, al caer la tarde, con el sol filtrándose entre los árboles en rayos dorados. Debería haberme molestado su sonrisa ladina, la manera en que siempre corría medio paso por delante, como si le saliera de forma natural. Pero también había algo reconfortante en eso. No tenía que decirlo, pero yo lo sabía. Le gustaba que yo le siguiera el paso, que no lo dejara correr solo por ahí.

—Te estás quedando atrás —dije entre respiraciones.

Él sonrió.

—Estás fingiendo otra vez que no te gusto.

Rodé los ojos.

—Porque no me gustas.

No respondió; solo siguió corriendo. Pero alcancé a ver la mirada que me lanzó por el rabillo del ojo, esa mirada de gratitud por ser su única amiga.

Nos conocimos en segundo año. Me uní al atletismo para escapar de mi vida aburrida, una fase tonta y rebelde que se apagó cuando me di cuenta de que, en realidad, me gustaba. Nathan ya era la

estrella. Todo el mundo lo odiaba por eso. Muchos lo llamaban "presumido" y "creído", pero no lo conocían como lo conocía yo.

El papá de Nathan había muerto de un derrame seis meses antes de que empezara la temporada de atletismo. Turnos de dieciséis horas en el almacén, seis días a la semana, hasta que su cuerpo ya no resistió más. Nathan nunca hablaba de eso, no de verdad. Solo decía que tenía que ser el mejor en lo suyo para salvar el futuro de su familia. La única salida era conseguir una beca. Su mamá ya no podía trabajar, no después del accidente que le destrozó las piernas. Todo dependía de su carrera como atleta.

Yo solía pensar que mi vida no servía para nada, y en cierto modo era verdad. ¿Pero comparada con la de Nathan? Me hacía sentir como una ingrata de mierda. Sin embargo, él nunca me hizo sentir así. Simplemente seguía ahí, y yo también. Lo apreciaba más de lo que demostraba.

El sendero cambió bajo nuestros pies; las piedritas dieron paso a la tierra. Nathan bajó el ritmo y estiró la mano hacia la mía, con los ojos suaves.

—¿Todavía finges?

Pero antes de que pudiera responder, el bosque se desvaneció, el aire se espesó y el sol se apagó como si alguien hubiera soplado la llama de una vela.

De repente, estaba en un dormitorio con él, con Nathan.

Olía a pino y a polvo. Solo veía el contorno del cuarto: la cómoda, la mesita de noche, el espejo de pie… y a él. Estábamos tan cerca que sentía el calor de su piel; su mano se deslizó a mi cintura. Mis dedos se apoyaron contra su camiseta. No dijimos nada. No hacía falta. Los labios de Nathan rozaron los míos, vacilantes al principio, y luego el beso se volvió más intenso, más largo.

Pero entonces me salpicó agua helada en la cara y, cuando abrí los ojos de golpe…

¡Bedlam!

Un grito se me escapó antes de poder frenarlo. La cara horrible de Bedlam estaba a centímetros de la mía. Tenía los labios agrietados, los ojos bien abiertos, brillando, como una bestia salvaje. Ni pestañeó.

Me limpié la frente a toda prisa con mi camiseta mugrienta; no es que eso fuera a secarme mucho.

—Se acabó dormir —silbó con voz áspera—. Come.

Me empujó un tazón y una cuchara hacia mí. Adentro había un lodo asqueroso, trozos de carne misteriosa flotando en un líquido espeso y oscuro. Hundí la cuchara y me la llevé a la boca. Sabía a cebolla y salsa, pero no sabía bien para nada. Era como si estuviera pasado o echado a perder. La carne misteriosa era chiclosa y parecía de plástico. Lo odié.

Me lo tragué a regañadientes. Sabía que, si lo escupía, me lo iba a meter a la fuerza por la garganta. Intenté terminarlo sin saborearlo, pero era muy difícil.

Habría matado por una ducha. Sentía la piel pegajosa por el sudor y la grasa. Olía a bolas de rana fritas. Nunca había frito bolas de rana, pero así imaginaba que olerían.

Al otro lado del cuarto, Laura estaba encorvada sobre su propio tazón, masticando despacio. Sus ojos se desviaron nerviosos hacia mí, solo un segundo. La pobre le tenía pánico.

Bedlam se enderezó.

—Timmy quiere hablar.

El estómago se me revolvió de una manera que no tenía nada que ver con la comida. Miré a Laura, pero ella ya se estaba levantando. Sabía que tenía que obedecer rápido. Nos liberó de las cadenas y nos lanzó una mirada desafiante, como si nos retara a escapar.

Nos condujo por el pasillo oscuro hasta el cuarto de Timmy. Cuando entramos, nos ordenó sentarnos. Cerró la puerta con llave detrás de nosotros. Luego sacó el diario del escritorio. Caminó hasta la mecedora y se sentó en ella como en un trono. El osito de peluche destrozado estaba debajo de él, como si me estuviera observando.

Recorrí el cuarto con la mirada y vi cosas que no había notado antes. Huellas de manos y marcas ensangrentadas estaban pintadas a lo largo de las paredes. Pedazos de ropa de niño rotos estaban tirados por todas partes, como si los hubieran triturado. Debajo de la cama había algo pequeño que parecía una muñeca con vestido. Tenía… cabello.

¿Qué carajo es eso?

Antes de que pudiera mirarlo mejor, Bedlam abrió el diario y cambió otra vez.

Se le levantaron los hombros, le chispearon los ojos. Parpadeó rápido, como si emergiera de agua profunda. Cuando habló, su voz era más aguda y suave. Era Timmy de nuevo.

—¡Aquí fue donde Timmy comenzó! —dijo alegremente mientras empezaba a leer el diario.

Me desconcertaba que hablara de sí mismo como si fuera otra persona. Lo vi en tiempo real mientras Bedlam parecía perder el control y cederle el mando a Timmy, como si fuera el titiritero por un momento.

—Timmy era bueno una vez, pero luego pasó algo. Un accidente horrible. Una esposa y una hija… muertas.

Se meció hacia adelante. La silla chirrió de una forma horrible, como si los huesos se partieran lentamente.

—Timmy ya no quería vivir, pero tenía que hacerlo. Lo llevaron al instituto. Al lugar al que no quería ir. Ahí lo conoció, Bedlam. El hombre que siempre debe ganar, que siempre debe dominar. Ese es el ciclo; así funciona. Un amo y un sirviente.

Miré a Laura, que estaba inmóvil; sus ojos no se apartaban de él. No podía saber si estaba perturbada o si ya lo había escuchado todo antes. Sentí que mi cabeza se partía en dos.

—Cada vez que Timmy perdía —dijo, sonriendo apenas—, Bedlam ganaba. Eso era lo que quería, lo que necesitaba. Bedlam reía como un demente mientras lastimaba a Timmy. Timmy solo quería que se detuviera. Quería que terminara. No le importaba ganar o perder. Pero a Bedlam sí. El ciclo de Bedlam era dominar. Ganar y dominar, hasta que el ciclo terminara. Fue entonces cuando Timmy pensó en Calliope. A Timmy se le cortó la respiración, y algo triste se apoderó de él, la hija que Timmy perdió para siempre. La hija que Timmy perdió por culpa de… Jolie —siseó.

Tragué el nudo seco que se me formó en la garganta.

¿Su esposa mató a Calliope? ¿Eso fue lo que pasó? ¿Eso fue lo que lo volvió loco?

—Timmy intentó arrancar a Bedlam de su cabeza —dijo, golpeando el diario—. Pero se quedó ahí: demasiado dolor,

demasiado sufrimiento. Bedlam necesitaba quedarse… y Timmy estaba cansado de perder. Cansado de todo. Así que ahora… —levantó la cabeza de golpe, y la boca se le abrió en una sonrisa—. Ahora Timmy se ha convertido en Bedlam… y Bedlam siempre gana.

Se puso de pie de golpe, tirando la mecedora. El diario cayó al suelo con un golpe sordo.

No me di cuenta de que estaba temblando hasta que Laura me agarró la mano, solo un instante. Lo suficiente para calmarme y hacerme saber que no estaba sola. Las dos estábamos enfrentando esa oscuridad.

La cara de Bedlam se torció de nuevo en un resentimiento frío. Se agachó lentamente para recoger el diario y se burló. Era Bedlam otra vez.

—¿Saben lo que se siente? —preguntó—. ¿Estar siempre dominado por alguien más? Porque el amor de tu vida arruinó todo lo que alguna vez esperaste y soñaste.

Soltó una risa espeluznante; era hueca, como hojas secas quebrándose bajo unas botas pesadas.

Golpeó el diario contra el suelo.

—¡Jolie lo arruinó todo! —gritó con ferocidad, haciendo temblar las paredes.

Ahí fue cuando creí haberlo entendido. La persona frente a nosotras debió llamarse Timmy en algún momento; ese era él. Pero no solo fingía ser alguien más. Bedlam era alguien más. Se convirtió en "él" para poder dominarnos. Como resultado, Timmy quedó escondido en los rincones de su mente fracturada. Solo aparecía para contarnos su historia. Debía ser parte del ciclo… o algo completamente distinto. Algo que yo no entendía.

¿Por qué se volvió Bedlam y nos secuestró? No estaba segura, pero tenía que ver con Jolie y con lo que Laura me había dicho antes. Nos parecíamos a su esposa muerta.

Quizá el ciclo era dominar y atormentar a mujeres que se parecieran a su esposa.

Porque la personalidad de Bedlam necesitaba víctimas, y por eso nos eligió.

Culpaba a Jolie por todo el dolor y el sufrimiento de su vida.

Laura se inclinó más hacia mí y susurró:

—Creo que él es Timmy. No es Bedlam, pero se convirtió en él.

Asentí apenas, pero mi mente corría sin parar.

¿Quién demonios era el primer Bedlam? El hombre que lo abusó en el instituto… ¿dónde estaba? ¿Por qué atormentó al hombre que nos secuestró en primer lugar? Porque, si este era el imitador, yo no quería conocer al original. Ni de broma.

Él me clavó la mirada, como si pudiera leerme la mente.

—Te estás preguntando por Jolie y Calliope —dijo, con la voz ronca.

Asentí suavemente, esperando que esa fuera la respuesta correcta.

—Jolie dijo que Timmy necesitaba ayuda —dijo, inclinando la cabeza—. Timmy no la necesitaba. Necesitaba volver atrás en el tiempo, evitar que el accidente pasara. No era posible. A Timmy lo mandaron a Gibraltar. Todo terminó ahí. Timmy murió ahí.

No podía dejar de mirar sus manos costrosas. Le temblaban un poco. Como si algo intentara salir.

—El ciclo, el ciclo debe continuar —se susurró a sí mismo.

Una pausa. Luego sonrió más ampliamente.

—Jolie… Jolie está muerta. Jolie tiene que seguir muriendo. El castigo nunca puede terminar.

Algo frío se extendió por mis entrañas. No quería saber qué significaba eso. Y no quería preguntar.

Pensé en correr hacia la puerta e intentar abrirla de alguna forma, pero me estrellaría la cabeza contra la puerta antes de tener oportunidad.

—¿Qué le hiciste a Jolie? —pregunté en voz baja.

La sonrisa se borró. Por un segundo, solo uno, se vio como un niño otra vez, como Timmy. Un niño asustado y confundido que no sabía cómo había llegado ahí. Bedlam tomó el control de inmediato.

—¡La castigué! —gruñó.

CAPÍTULO 12

ANABELLE

Me desperté seca. Fue lo primero que noté: sin el agua helada salpicándome, sin el ardor repentino del cloro en los ojos. Solo el aire rancio del cuarto y un silencio que lo envolvía todo.

—Supongo que hoy me dieron la mañana libre —bromeé, logrando una sonrisa débil mientras giraba la cabeza hacia Laura—. ¿Nuestro captor malvado decidió dormir hasta tarde hoy?

Ella no se rió. Estaba llorando en silencio, con los hombros temblándole como una hoja en la brisa. El tipo de llanto que se había ido acumulando durante demasiado tiempo, esperando salir. Me incorporé, sintiendo que se me apretaba el corazón.

—Ey —susurré—. ¿Laura? ¿Qué pasa? Aparte de lo obvio.

Se limpió la cara con la esquina de su camiseta sucia, evitando mi mirada.

—Perdón —murmuró—. No quise despertarte.

—No lo hiciste. Solo pensé que era raro no despertar con agua helada cayéndome en la cara, sacándome del sueño por primera vez.

Dejó escapar algo parecido a una risa, pero se le rompió a la mitad y se derrumbó en otro sollozo.

—Solo estaba pensando —dijo—. En mi vida antes de todo esto. En lo estúpida que era… y en todo lo que daba por hecho.

Asentí lentamente.

—Sí. Entiendo eso. Créeme.

—Las cosas que Bedlam nos estaba diciendo como Timmy… eran horribles. Sobre Jolie y Calliope… Debió de haber tenido una familia bonita alguna vez. ¿Quién sabe qué pasó de verdad, no? —me preguntó.

—Algo verdaderamente terrible tuvo que pasar, Laura.

No me miró; siguió mirando la pared, como si hubiera algo escrito entre las marcas raras y ensangrentadas.

—Yo solía ser enfermera —dijo—. Trabajaba en un hospital pequeño llamado Whisper's Creek South. Horas largas, agotadoras, pero estaba bien. Me gustaba ayudar a la gente. Era un buen trabajo. Pagaba las cuentas, ponía comida en la mesa.

—Eso es genial. Suena a que eras muy buena en eso —dije, de verdad sintiéndolo.

—Pero mi verdadero amor, mi escape, era el teatro. Whisper's Creek tenía un pequeño grupo comunitario. Nos reuníamos dos veces por semana en la parte de atrás de una iglesia y ensayábamos escenas cortas, o a veces obras completas cuando había tiempo.

La boca de Laura se formó en algo que casi parecía una sonrisa.

—Teníamos disfraces, máscaras... A veces escribíamos nuestras propias cosas. No era nada profesional, pero hacía reír a la gente, o incluso llorar a veces. Nos importaba, me importaba. Siempre me encantó interpretar a otros personajes, fingir que era otra persona, ¿sabes? Nunca me gusté como era. Ese era mi verdadero escape de todo.

—Suena increíble. Ojalá todavía existiera; un pueblo como este lo necesita.

—Lo necesitaba. La gente era tan amable también. Ahí conocí a mi novio, Blake Toro.

Levanté una ceja.

—¿Un novio, eh?

Laura asintió, con el rostro suavizándose con el recuerdo.

—Sí. Alto, con el cabello largo y oscuro, tatuado y guapo. El tipo de chico por el que todas las chicas se volvían locas, pero me eligió a mí. ¿Puedes creerlo?

—Sí, puedo. Pareces una persona muy buena. Y también eres muy bonita —dije, tratando de animarla.

Me miró, sin creérselo.

—Eres dulce.

—Yo también he estado pensando en alguien últimamente. No sé si lo volveré a ver.

—¿Nathan? —preguntó.

Parpadeé, sorprendida.

—Sí. ¿Cómo supiste?

—A veces dices su nombre mientras duermes. —Me dio una sonrisa triste—. Parece que te importa mucho. Ojalá que algún día sí lo veas. Asegúrate de decirle lo que sientes. La vida es corta y todo eso, ¿no?

Solté una risa seca.

—Ni me lo digas. Después de esto, jamás voy a ver la vida igual otra vez. Todo lo que haga lo voy a ver con lentes color de rosa —me prometí.

—¿Cómo es él? Este Nathan… ¿por qué te gusta?

Aparté la mirada de inmediato, sonrojándome; las paredes espeluznantes de repente parecían más interesantes.

—No es como los demás. Lo tratan mal, como si fuera raro o algo así. Pero es tan amable. Escucha y ve a las personas como realmente son. Así me siento cuando hablo con él. Él simplemente está ahí, presente. Solo… quisiera habérselo dicho más —suspiré.

—Lo entiendo —dijo Laura, con la voz apenas por encima de un susurro—. Extraño mucho a Blake. Ni me imagino qué cree que me pasó. Probablemente cree que estoy muerta. No lo culparía.

—Quizá no —dije—. Quizá todavía te esté buscando.

Negó con la cabeza, con los ojos llenándose de lágrimas otra vez.

—Eso sería peor, porque nunca me va a encontrar. Le conviene más rendirse y seguir adelante.

Dudé.

—¿Piensas en intentar escapar otra vez?

Se burló.

—Todo el tiempo, y luego recuerdo que es inútil. Ya lo intenté una vez y fallé miserablemente. Estamos atrapadas con ese monstruo.

—Yo también fallé, pero no tiene por qué ser así. No podemos dejar que él gane, aunque sea lo único de lo que habla. Que se joda ser sus sirvientas. Él no es ningún amo al que yo quiera servir.

Entonces se volteó hacia mí y me miró de verdad.

—¿Los extrañas mucho? ¿A tu familia? Supongo que vivías con ellos.

—Sí —admití—. Mi mamá y mi papá. Me quieren. Yo solo… no lo veía antes. No agradecía lo que tenía. Tengo que cambiar eso.

Laura soltó una risita baja.

—Estás en esa edad, niña. Te quejas, contestas mal, las chicas pueden ser crueles, los tipos solo quieren acostarse con cualquiera, no quieres ir a la escuela y te preguntas cuál es el punto de todo esto. Es normal. A todos les pasa.

No pude evitar sonreír; tenía razón.

—Siento que perdí tanto tiempo estando enojada. Ya no puedo hacer eso. Tengo que cambiar.

Suspiró con pesadez.

—Todas tenemos que hacerlo. Es parte de ser humano. Pero ahora… —Laura se quedó a medias, perdiéndose en la nada. No veía salida; creía que estaba condenada a su existencia encerrada.

—Tenemos que salir de aquí —dije con firmeza.

—No.

—¿Por qué no? Tenemos que hacerlo. No podemos quedarnos aquí, Laura; vamos a morir. Yo no quiero morir. Solo tengo veinte años. Me queda mucho tiempo.

Suspiró con pesadez y se frotó la frente con cuidado. Estaba agotada, exprimida por la trituradora que era el ciclo de Bedlam. La derrota total se le había metido en el alma; había que sacársela.

—Estoy acabada, Anabelle. Ya lo intenté. He luchado y he suplicado misericordia. Traté de escapar y fallé, casi muriendo en el proceso. Lo único que me ha traído es más dolor y sufrimiento. Ahora solo estoy en piloto automático. Lo que pase… pasa. Solo quiero comer algo que no sepa a moho y quizá dormir toda la noche sin pesadillas. Quizá sobreviva al final de este maldito ciclo. Quizá no. Ya no importa. Por lo que yo veo, mi vida se terminó hace muchísimo tiempo.

¡Cristo! Estaba en una apatía total. No podía culparla. Ese salvaje le destruyó el alma. Yo no podía dejar que destruyera la mía.

—No puedes pensar así, Laura. No es tarde para intentarlo otra vez, para sobrevivir. Tenemos que hacerlo —rogué.

—No has estado aquí tanto como yo —me soltó, con los ojos encendidos—. No sabes lo que he aguantado. He intentado ser fuerte, pero él me aplastó las ganas de vivir. Llegué a mi punto de quiebre.

Se me cerró la garganta. No supe qué decir, pero hice lo único que se me ocurrió: me arrastré un poco más cerca y le tomé la mano. Ella no se resistió.

—Aunque tenga que ser yo quien nos saque de este infierno, lo haré, por las dos. Podemos con esto —dije, apretándole los dedos—. Juntas.

Exhaló despacio.

—No sé. Tal vez.

La puerta se abrió de golpe con un silbido. Las dos nos echamos hacia atrás por instinto, pero ya era tarde.

—¡Separadas! —La voz de Bedlam reventó el cuarto como un disparo. Entró de golpe, con las botas pesadas retumbando en el piso de madera, enorme y amenazante.

Intenté alejarme, pero su mano se lanzó hacia mí y se cerró alrededor de mi brazo como una mandíbula.

—No, por favor… —empecé, pero me levantó del suelo y me lanzó contra la pared del fondo. El impacto violento me sacó el aire, estrellas estallando detrás de los ojos.

Laura chilló de terror.

—¡Silencio! —rugió Bedlam, girándose hacia ella.

Ella estaba llorando otra vez, con las manos levantadas para protegerse.

—Por favor, no hicimos nada.

Su mano le pegó en la cara con un chasquido brutal.

—¡No! —grité, intentando levantarme—. ¡No la lastimes! ¡Fui yo! ¡Castígame a mí!

Metió la mano detrás de la espalda y sacó una paleta, gruesa y negra, con manchas color óxido a lo largo del borde. Los ojos de

Laura se abrieron de puro terror.

—¡No, por favor! —lloró.

La paleta bajó con fuerza. Una vez, luego dos, luego tres. Los gritos de Laura se volvieron sollozos guturales.

—Quédate callada y no te muevas —me siseó Bedlam sin voltearse —. O te toca a ti. Las dos van a aprender lo que significa el castigo. Van a aprender lo que significa cuando digo: "¡Obedece!".

¡Crack!

Me quedé congelada e indefensa. La furia me ardía en el pecho, pero el dolor me mantenía inmóvil mientras me sujetaba la espalda con cuidado. Me estremecía cada vez que le pegaba.

Apreté los puños, las uñas clavándose en las palmas con tanta fuerza que pensé que podían sacarme sangre.

Lo único que pude hacer fue mirar, horrorizada, mientras le caía a golpes a Laura, y no había ni una sola cosa que yo pudiera hacer para detenerlo.

CAPÍTULO 13

ANABELLE

Me costó mirar a Laura después de lo que Bedlam le hizo. Ella miraba al vacío como si estuviera muerta. Tenía muchos cortes y moretones en la cara. De alguna manera, se veía peor que antes.

Tenía el estómago hecho un nudo y sentía la bilis subiéndome por la garganta. Había sido mi culpa, toda mi culpa. Debí haber sido más cuidadosa.

—Lo siento, lo siento tanto —le susurré, con lágrimas brotándome de los ojos. No sentía nada más que dolor y arrepentimiento por lo que le había pasado.

Ella negó suavemente con la cabeza. Cerró los ojos un momento y aspiró un respiro agudo y tembloroso. Cuando los abrió, se veía tranquila y serena. Como si no me culpara en absoluto por lo que había ocurrido.

—No es tu culpa, Anabelle. Eres una buena persona, una chica amable. Eres joven y estás en una situación horrible. Nada de esto es tu culpa. Estamos encerradas con un psicópata. No hay un manual de instrucciones para enfrentarse a esta locura.

Por terrible que sonara, tenía razón. No sabíamos qué estábamos haciendo. Ninguna de las dos. Estábamos intentando hacer lo mejor posible con lo que teníamos.

La puerta se abrió lentamente con un chirrido. Bedlam entró. Laura lo miró y sollozó.

Se me formó un nudo de rabia en el estómago. Quería matarlo. Quería reventarle la cabeza por lo que le había hecho a Laura. Se lo merecía.

—Quédate quieta, Laura. Si me desobedeces otra vez, serás castigada —advirtió Bedlam, señalándola.

Ella apartó la mirada y se encogió, tratando de protegerse. Se volvió hacia mí e hizo una seña con el dedo para que me levantara. Yo obedecí mientras lo miraba fijamente, esperando ver si estaba a punto de darme una paliza de esas que te dejan sin alma.

—Es la siguiente parte del ciclo. Sígueme.

Me condujo hacia afuera y cerró la puerta. El pasillo estaba tan oscuro y amenazante como siempre. Una sola luz blanca parpadeante zumbaba en el techo. Ni siquiera estaba segura de si aquello era real o no. Cada vez me resultaba más difícil distinguir la realidad de la ficción.

El bloque de cemento en mi tobillo raspó ruidosamente contra el suelo cuando entramos a otro cuarto, un cuarto en el que aún no había estado. Bedlam encendió la luz, pero apenas iluminó el lugar. Estaba tan vacío como el cuarto cerrado, excepto que las paredes estaban pintadas de blanco con manchas negras y había sangre salpicada por todas partes. El hacha ensangrentada montada en la pared me llamó la atención de inmediato.

¿Qué demonios hacía Bedlam en ese cuarto? ¿Mataba gente? ¿Las cortaba con esa hacha?

La presión se me extendió por el pecho mientras avanzaba nerviosa, inhalando con rapidez para calmarme.

—Esta es la Habitación Prohibida, Anabelle. Bienvenida a la siguiente parte del ciclo.

Bedlam me hizo señas para que me acercara y señaló el suelo, indicándome que quería que me sentara en el piso. Hice lo que quería y esperé, ansiosa, su siguiente movimiento.

¿Esta es la parte en la que muero a manos de este maldito loco?

Había una silla de metal en la esquina. La arrastró por el cuarto hasta donde yo estaba, cerca de la puerta, y se sentó en ella. Los

ojos de Bedlam se volvieron violentamente hacia atrás, como si estuviera viendo imágenes mentales, recuerdos traumáticos que quizá había estado reprimiendo. Eso era solo una suposición mía.

Se levantó de golpe y avanzó hasta un clóset cerrado que yo no había notado antes. También estaba pintado de blanco, con un par de perillas desgastadas. Separó las puertas metiendo los dedos en la ranura del medio y las abrió de par en par. Yo no podía ver qué había adentro, porque estaba sentada junto a la misma pared donde estaba el clóset.

Metió las manos con cuidado en el clóset sombrío y sacó algo que me perseguiría para siempre. Era un esqueleto diminuto con una pequeña peluca negra y un vestido de niña. Estaba empapado de sangre, aunque ya seca. No podía creer lo que estaba viendo. Lo acunó en sus brazos y lo meció con ternura como si fuera un bebé recién nacido.

Tuve que disimular mi expresión porque lo estaba mirando con los ojos muy abiertos. Caminó despacio de vuelta hacia la mecedora y se dejó caer en ella. Me miró y sonrió; por alguna razón, yo le devolví la sonrisa. Ya no sabía qué demonios estaba pasando.

De pronto, Bedlam se enderezó, con los ojos bien abiertos y los dientes ennegrecidos reluciendo, y parecía otra persona. Era Timmy otra vez.

—¡Hola, Anabelle! —saludó Timmy.

Contuve una risa nerviosa. No podía creer lo que estaba pasando. No tenía idea de cómo reaccionar ante eso.

Un hombre adulto fingiendo ser un niño mientras sostiene el esqueleto de una niña con un vestido empapado de sangre.

¿Qué diablos…?

—¿Puedo contarte sobre mi vida? —preguntó, con educación.

—Sí… claro.

—Esto es algo muy, muy triste. ¿Está bien? Por favor, no estés triste después de que te lo cuente, pero tengo que contártelo. ¿Está bien? ¿Por favor? —suplicó.

—Está bien, sí. Puedes contármelo. Timmy, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Soy yo! ¡Timmy! ¡Estoy tan feliz de que te acuerdes de mí!

Jesucristo. Tal vez debería agarrar este bloque de cemento y reventárselo en la cabeza a Timmy. Lo haría si tuviera fuerzas. Estoy tan cansada. Tan… tan cansada.

—Claro que me acuerdo de ti.

Timmy estaba acariciando la pequeña peluca negra y sonriéndole feliz al esqueleto de la niña. Yo intenté ignorar eso lo mejor que pude. Solo quería pasar por ese ciclo. Cuanto más lo examinaba, más me daba cuenta de que los mechones de mi cabello, los que él me cortó cuando me secuestró por primera vez, estaban pegados a la cabeza del esqueleto.

Alguien, quien sea, que me saque de aquí.

—¡Déjame decirte algo, Anabelle! ¡Tienes que ser feliz en la vida! ¡Tienes que ser feliz con lo que tienes! ¿Sabes por qué? ¡Porque un día todo se puede ir al infierno! ¡Todo se puede destruir! ¡Mi vida fue destruida por un monstruo, sabes!

Timmy empezó a llorar. Aspiró por la nariz y tragó con fuerza para no sollozar.

Lo que fuera que le pasó a Bedlam debió de haber sido absolutamente desgarrador. De verdad me preguntaba cómo se había convertido en un bastardo demente con dos caras.

—¿Qué monstruo, Timmy? ¿Qué monstruo destruyó tu vida? —pregunté con cautela. No quería que Bedlam me diera un manotazo.

—Yo tuve una vez un trabajo normal. Una vida normal y una familia normal: mi esposa Jolie, nuestra dulce bebita y yo. Nunca valoré nada de eso. Nunca pensé que algo malo me fuera a pasar a mí y a mi familia. Pasó, un día horrible. El día más horrible de mi vida.

Se encorvó y empezó a sollozar con fuerza. Las lágrimas le caían sobre el esqueleto de la niña que sostenía. Lo apretó contra el pecho y apoyó la cabeza en su pequeño cráneo.

¿Esa era… su hija?

—¿Qué te pasó, Timmy?

Bedlam levantó lentamente el rostro destrozado por el dolor y se ahogó conteniendo un sollozo. Las mejillas se le pusieron rojas mientras se frotaba los ojos hinchados.

—¡Fue un accidente! ¡Lo juro que fue un accidente! —aulló.

—¿Qué fue un accidente?

—¡Mi bebita murió, y mi esposa también! ¡No tuve nada que ver! ¡Nada!

No le creí ni por un segundo.

La teoría siniestra que había tenido antes empezó a tomar forma en mi cabeza. Yo creía que Bedlam había asesinado a su esposa y a su hija. No me creía lo del accidente.

¿Por qué lo hizo?

Debieron haberlo declarado demente, y eso explicaría por qué estaba en un instituto. Debió haberse escapado de ese lugar. Pensé que lo estarían buscando, quizá bajo otro nombre. Claramente, Bedlam no era su nombre real. Debía de ser un nombre para su personalidad psicótica. Igual que Timmy, era el nombre que usaba para actuar como una persona inocente e infantil.

Bedlam se puso de pie de golpe y me fulminó con la mirada, con los ojos llenos de rabia. Lanzó el esqueleto contra la pared a su lado, y este repiqueteó al caer al suelo.

—¿Estuvo Timmy aquí? No me mientas.

Asentí suavemente. No necesitaba que me atrapara en una mentira. No quería que me golpeara como a la pobre Laura.

—Bien. Ese fue un paso del ciclo. Tienes que saber qué me pasó. ¿Él te contó del accidente?

—Sí, lo hizo.

—Jolie… mi esposa… está muerta. Mi bebita también. No fue mi culpa. Eso fue lo que ella no entendió. Ella fue la que arruinó todo. La muerte de Calliope no fue mi culpa…

Me eché hacia atrás, sin querer que me golpeara con esa mano despiadada.

—Está bien —respondí débilmente. No sabía qué más podía decir en ese punto.

—Bedlam fue cruel conmigo, así que Bedlam también debe ser cruel contigo. Eso es parte del ciclo. Lo siento.

Regresó dando pisotones hasta el clóset abierto y sacó algo. Estaba dentro de una bolsa plástica transparente. Al principio pensé que era una mezcla de distintos tipos de comida podrida aplastados

entre sí. Pensé que iba a tener que comérmelo y entré en pánico en silencio, como si me succionaran el aire de los pulmones.

Pero no era eso.

Era mucho, mucho peor.

Se acercó a mí y me mostró, feliz, una cabeza decapitada dentro de una bolsa de plástico transparente. Estaba claramente descompuesta y era asquerosa en todos los sentidos. Grité y cerré los ojos. Bedlam se carcajeó como si acabara de escuchar el mejor chiste de su vida.

—¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos a la verdad! ¡Ahora! —ordenó con ferocidad.

Lo hice antes de que me atacara otra vez. El nudo en el estómago se me apretó aún más y tuve que contenerme para no vomitar.

El hedor era absolutamente vil y potente. Olía como un montón de ratas muertas pudriéndose en un basurero.

Cada vez que creía que ya lo había visto todo, Bedlam lograba sorprenderme de maneras que jamás pensé posibles.

Esa tenía que ser Jolie.

Asesinó a su esposa y le cortó la maldita cabeza.

Bedlam asesinó a su familia y se volvió loco.

La única pregunta era… *¿por qué, en el nombre de Dios, lo hizo?*

CAPÍTULO 14

HELENA

Conocí a Pedro cuando investigaba su empresa de planificación financiera por fraude, en mis primeros años como periodista. Él sostenía que era inocente, pero yo no le creí ni un segundo. Tenía ese encanto… de esos que se transparentan enseguida: una serpiente de cascabel metida en un traje a medida.

Dijo que le parecía atractiva, así que me pidió mi número, aun cuando yo estaba investigando su maldita empresa. Tremenda señal de alerta. Pero, evidentemente, no le presté atención.

La investigación fue bastante larga y cargada de drama. Al final resultó ser culpable y tuvo que pagar una multa considerable. Acepté salir con él únicamente para obtener toda la información posible—eso era lo único que quería. Él pensó otra cosa, pero me aseguré de dejarle claro que estaba soñando.

Tengo que reconocerlo: sabía cómo conquistar a una mujer. Pasó por mí en un auto deportivo elegante y reluciente, y hasta me abrió la puerta. Me llevó a un restaurante muy bonito y me tomó del brazo mientras me guiaba por la entrada principal hasta nuestra mesa, perfectamente preparada.

La caballerosidad… para mí era casi un concepto ajeno, considerando todos los errores que había cometido a lo largo de los años saliendo con otros hombres antes de conocer a Pedro.

El hombre tenía sus propios problemas, pero se comportaba como un caballero. Nunca me puso una mano encima y actuaba como un hombre de verdad. Era protector, y trataba de hacer las cosas bien conmigo… al menos al principio.

La verdad es que, después de haber salido con un cerdo llamado William Porkers, yo necesitaba a alguien que representara algo cercano a la normalidad. William y yo habíamos tenido una conversación agradable por mensajes. Era amable, atento, y me hacía muchas preguntas sobre mí. Incluso habíamos planeado salir a cenar más tarde esa semana. Era un hombre atractivo, con un buen trabajo como supervisor de obra.

El problema empezó cuando me despertó una notificación conocida en plena madrugada. Era un video de cuatro segundos que el señor Porkers me había enviado. Pensé que sería algo gracioso, algún video de gatos metiéndose en lugares extraños—habíamos hablado de eso. Pero no. Era él. El señor William Porkers completamente desnudo, haciendo lo que muchos hombres hacen. Y tuvo el descaro de gemir mi nombre mientras terminaba frente a la cámara. Basta decir que lo bloqueé y eliminé esa aplicación de citas para siempre. No tenía por qué tolerar ese tipo de basura.

Pedro jamás, en su sano juicio, haría algo así, nunca. Eso se lo agradecía.

Pedro dijo que un amigo lo había involucrado en un esquema fraudulento porque estaba desesperado por conseguir dinero. Pedro admitió que había cometido un gran error, y yo entendí eso, así que decidí probar mi suerte. Nadie era perfecto, pero Pedro era mucho mejor que los hombres con los que había salido antes que él.

Salimos unas cuantas veces más y fuimos a distintos lugares. Una noche fuimos a jugar boliche. En otra cita, recorrimos un jardín botánico. Y, en otra de nuestras aventuras, incluso entramos por error a un museo fálico. Tenían varias piezas artísticas de penes: gigantes, pequeños y unos que parecían fruta, hechos de todo tipo de materiales como barro, papel maché y cemento. A pesar de que fue un error, nos reímos muchísimo esa noche.

Decidí continuar la relación, aun cuando empezó a trabajar en un bar, porque me explicó cuánto disfrutaba hablar con la gente. No

quería volver al mundo financiero y, aunque ganaba mucho menos, era más feliz y se sentía más libre.

Me gustaba su forma de ver la vida y lo que quería hacer con ella. Bueno, para ser sincera, no había conocido a muchos hombres que pensaran demasiado en esas cosas. Pedro era como una brisa fresca en un día de verano, como beber limonada fría con hielo.

Había cometido un grave error y perdió mucho dinero por eso. Pero, al final, decidió tomar esa situación y convertirla en algo positivo. Eligió su felicidad y su libertad. Aprendí muchísimo sobre mí misma con él.

Si tan solo no se hubiera acostado con otra mujer mientras seguíamos casados. Llevó su nueva postura sobre la libertad un poquito demasiado lejos.

Pensé en cómo habíamos vuelto al vecindario espeluznante donde secuestraron a mi Anabelle. En cómo me arrepentía de habernos mudado allí desde el principio. Anabelle estaría sana y salva si nos hubiéramos quedado en Gravestone. Pero eso simplemente ya no era una opción. El divorcio destrozó a nuestra familia.

En el momento en que nos mudamos de regreso a Whisper's Creek, el karma nos arrebató a nuestra hija. Yo sabía que habíamos hecho lo correcto todos esos años atrás. Lo sabía en el alma. Pedro y yo nunca quisimos lastimar a nadie.

Ojalá me hubiera escuchado esa noche. Sé que la fastidié sin parar, pero fue solo por amor. Yo solo quería que estuviera segura y a salvo en todo momento. Cuando desapareció, supe que había fracasado, a pesar de cuánto intenté protegerla del mundo.

Estábamos afuera, frente a mi casa. Habíamos seguido al detective Gray después de que recibiera una pista de nuestro vecino, Lonnie Jacobs.

Me recosté contra la chatarra oxidada de la camioneta de Pedro, estacionada en mi entrada. El sol se estaba poniendo y un rayo de luz me cegó por un instante.

¿Así fue como se llevaron a Anabelle? ¿La cegó alguien o algo? ¿Por qué se la llevaron? ¿Seguía… viva?

Esos eran los pensamientos atormentadores que me mantenían despierta por las noches, dando vueltas de un lado a otro en la

cama, empapando las sábanas de sudor.

Cuando mi hija desapareció, algo cambió dentro de mí. Mi vida cambió por completo. Tenía que encontrarla y salvarla del monstruo que se la había llevado, o perdería la cordura.

Pedro estaba a mi lado, inquieto, pensando en qué decir. Siempre había sido así. Tenía un tic nervioso que a veces lo hacía hablar de más. Yo era más callada, más reservada. No necesitaba hablar sin parar para sentirme importante.

—¿Te acuerdas de cuando nos divertíamos ahí atrás? —preguntó Pedro, señalando el asiento trasero de su camioneta de mierda.

Le lancé una mirada fría mientras él me devolvía una sonrisa de idiota. No era ni el momento ni el lugar para bromear. Anabelle seguía desaparecida.

—¿Te acuerdas de la vez que te acostaste con una mujer que no era yo? ¿Cuando todavía estábamos casados? ¿Te acuerdas de cómo eso llevó a nuestro divorcio? —pregunté.

Pedro tragó saliva y cerró la boca de inmediato. Cuando intentó abrirla otra vez, le lancé una mirada furiosa, como desafiándolo a decir algo. No lo hizo.

El detective Gray apareció mientras hacía chasquear su encendedor. Frunció el ceño y apretó los labios. No parecía traer buenas noticias.

—¿Qué pasó, detective Gray? —pregunté rápidamente.

Suspiró hondo y se secó el sudor de la frente arrugada con un pañuelo.

—Es solo una pista que Lonnie Jacobs mencionó hace unos años, cuando Laura Perdita desapareció. Quería recordármela.

—¿Cuál fue? —pregunté.

—Fue una descripción que dio en ese momento. Vio a un hombre con uniforme médico en un sedán azul viejo, sin placas, saliendo del estacionamiento del supermercado poco después de que se llevaran a Laura. Afirmó que había una mujer de cabello oscuro con él, pero no recuerda rostros ni ningún otro detalle que pudiera ayudar a identificarlos. Creemos que pudo haber sido Laura. Revisamos las cámaras en aquel entonces, pero no apareció nada. Si estaba allí, no pasó por el área cubierta por las cámaras —explicó.

—O tal vez este Lonnie Jacobs se está inventando cosas. ¿Qué cree? ¿Casualmente se acordó de esta información ahora? ¿Nos está tomando el pelo? —preguntó Pedro, furioso.

Puse mi mano con cuidado sobre el hombro de Pedro y lo apreté. Sabía que estaba molesto, pero no había razón para desquitarse con el detective Gray. Él estaba haciendo lo mejor que podía con los recursos que tenía. Lo vi en sus ojos fríos y cansados. Era un hombre íntegro y, por eso, aquel trabajo lo estaba desgastando.

—Entiendo su frustración, pero Lonnie Jacobs solo intentaba ayudar. No tenemos pistas, y esa es la única pista que tenemos; podría ayudarnos a encontrar a Anabelle. Ojalá pudiera ofrecerles algo más —dijo el detective Gray, dándonos una pequeña sonrisa compasiva antes de bajar la mirada.

—¿Entonces eso es todo por ahora? —pregunté en voz baja.

Una punzada de pánico me apretó el pecho. Necesitaba algo para seguir con la búsqueda. La desaparición de Anabelle no podía terminar como un caso sin resolver. Mi mayor miedo era que el caso de Anabelle terminara convirtiéndose en otro como el de Laura Perdita: una historia de advertencia, una tragedia espantosa y una mujer desaparecida, dada por muerta.

—Lo siento —dijo el detective Gray.

Pedro golpeó con rabia el costado de su camioneta con la palma y se alejó furioso.

—No le haga caso; es solo que… han sido días muy difíciles.

—Lo entiendo perfectamente.

Se hizo un silencio extraño. Todo estaba tan quieto que se oía el roce de las hojas al caer sobre la acera. Por un instante creí verla, a mi niña, corriendo por la calle. Siempre llevaba audífonos con cable, y los cables seguían el mismo ritmo mientras corría. Mantenía un ritmo de velocidad constante y la mirada fija al frente. Era competitiva, siempre quería ganar. Si hubiera tenido la oportunidad, habría dejado atrás a quien se la llevó. Esa era la verdad, y yo lo sabía.

—No entiendo cómo algo así pudo haberle pasado a mi hija. Ella no es una mala persona y no tiene enemigos. Simplemente no lo entiendo.

El detective Gray asintió con suavidad. El peso de lo ocurrido parecía descansar sobre sus hombros caídos. Supuse que todavía cargaba con el caso de Laura Perdita; nunca pudieron encontrar a aquella pobre mujer.

—El mundo puede ser un lugar injusto. Yo intento hacer lo que puedo para que lo sea un poco menos. Es la única forma que conozco. Si encontramos a Anabelle, tal vez también encontremos a Laura. Blake Toro merece respuestas; usted también. Quien sea que esté llevándose a estas mujeres… tiene que detenerse —dijo el detective Gray.

No podía estar más de acuerdo. No iba a detenerme hasta encontrarla. Mi cuerpo se negaba a descansar hasta que Anabelle estuviera a salvo y de nuevo entre mis brazos. Eso era parte de ser madre.

El detective Gray silenció el radio que llevaba sujeto al cinturón.

—Emití un aviso sobre cualquier sedán azul viejo en el área. Tal vez aparezca algo nuevo. No sé si servirá de algo, pero veremos si aparece algo.

Decidí hacer lo mismo. Saqué el teléfono celular y publiqué en línea preguntando si alguien tenía información sobre alguien que condujera un sedán azul sospechoso y en mal estado. Lo más probable era que el conductor estuviera relacionado con Laura Perdita y con la desaparición de Anabelle.

—¿Puedo hablar con Lonnie?

Giró la cabeza hacia mí, sorprendido, y me miró fijamente.

—¿Por qué?

—Es mi vecino y… no sé. Tal vez me sentiría mejor hablando con él sobre lo ocurrido. Cualquier detalle ayuda, ¿no?

Se quedó pensándolo un momento.

—Está bien, pero, por favor, mantenga la conversación en buenos términos. No puedo impedirle hablar con él, pero no sabe nada más. Por favor, no intente insinuar que está ocultando algo.

—Mantendré la calma. No tiene que preocuparse.

El detective Gray inhaló hondo y luego soltó el aire.

—Estaré en mi patrulla si necesita algo. Me iré pronto. Tengo otros casos que atender. No quiero que me llamen de vuelta aquí, por

favor.

—No lo harán —le aseguré.

Articuló un "gracias" con los labios y caminó hacia su patrulla, estacionada más arriba en la calle.

Sabía que Lonnie vivía hacia el oeste, a unas siete casas de la mía. Antes de empezar a caminar sentí una presencia a mi lado: era Pedro, que aún resoplaba.

—¿Ya estás bien? —pregunté con suavidad.

—Ese maldito tipo no está haciendo nada. Todos estos policías lo único que dicen es: "No sabemos nada; tenemos que seguir protocolos y procedimientos". ¡Que se jodan sus procedimientos! ¡Estamos hablando de mi hija! Él está ahí sentado mientras nuestra niña puede estar encadenada en algún lugar… o peor. ¿Quién sabe? Tal vez esté en un maldito avión de carga rumbo a otro país. Cuanto más tiempo pasa…

No terminó la frase.

Las estadísticas sobre personas desaparecidas hablaban por sí solas. Después de setenta y dos horas, la probabilidad de encontrarlas con vida disminuía con cada día que pasaba.

Apreciaba que Pedro amara tanto a Anabelle, pero ojalá hubiera tenido esa misma energía cuando ella estaba aquí; eso habría significado mucho más para nosotras. Ese era su mayor problema: esconderse con una amante; nunca tenía tiempo para Anabelle.

—Estoy segura de que no está rascándose la barriga, Pedro. Dios mío —dije con sarcasmo.

—Está bien, lo que sea. Solo estoy furioso. ¿Quién demonios se la llevaría? ¿Y por qué?

—Ojalá lo supiera —respondí con frialdad.

Mientras caminábamos por la calle, notamos que todo estaba silencioso y vacío. Antes de mudarnos, parecía un vecindario tan tranquilo.

Las apariencias engañan.

—¿A dónde vas? —preguntó Pedro.

—Voy a hablar con Lonnie Jacobs. Por favor, no lo ataques.

—Jesús, mujer, no estoy loco. ¿Por qué crees que haría algo así?

—Cuando el detective Gray nos dijo que iba a la casa de Lonnie Jacobs, dijiste que querías estrangularlo con tus propias manos sin siquiera saber por qué iba a verlo —le recordé.

Pedro se encogió de hombros y soltó una risa.

—Era una forma de hablar.

—Claro.

Doblamos la esquina donde vivía Lonnie Jacobs. Era el único hombre afuera, sin camisa, con un auricular Bluetooth puesto. No podía culparlo: tenía los abdominales bien marcados y los seis estaban en plena exhibición. Los brazos de Lonnie eran masas musculosas con venas marcadas; en eso le ganaba a Pedro.

Sorprendentemente, no estaba gritando. Hablaba en voz baja con otro hombre, presumiblemente un vecino. No lo había visto antes. Era bajito y moreno, llevaba una camisa de cuadros abotonada y un overol. Tenía las manos gruesas y ásperas metidas en los bolsillos, pero las sacó para acomodarse el sombrero amarillo. Parecía un granjero o alguien que trabajaba en el campo.

Lonnie nos vio primero.

—¡Dios mío, hola, vecinos! Siento muchísimo lo que le pasó a su querida Anabelle. Quiero decir, ¡qué cosa tan horrible!

—Terrible —dijo el otro hombre con acento.

—Este es José Luis; es de Guatemala. Trabaja en granjas y cosas así. Vive más abajo, en la misma cuadra —explicó Lonnie.

—Señor, señora, mucho gusto. Buenas noches —dijo José Luis mientras se alejaba.

—Tiene que irse. Se levanta muy temprano, ya saben cómo es ese tipo de trabajo. Además, necesita el dinero para arreglar su casa; está en muy mal estado —nos explicó Lonnie.

José Luis sí que se fue rápido. En cuanto llegamos, desapareció como alma que lleva el diablo.

—No hay problema. Quería hablar contigo, Lonnie. ¿Está bien?

Abrió mucho los ojos y asintió con entusiasmo.

—¡Sí, por supuesto! ¡Estoy aquí para ayudar en lo que pueda!

—Se lo agradecemos —dijo Pedro.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

Lonnie se rió y negó con la cabeza.

—Ay, Dios, no.

En ese momento empezó a sonar su teléfono. El tono era una canción pop muy llamativa, de algún artista popular entre adolescentes. Lonnie me dio mala espina y decidí no ignorar esa sensación.

Contestó y explotó de inmediato.

—¡Déjame en paz, perra!

Colgó y sacudió la cabeza, exasperado. Cuando vio que lo mirábamos como dos tontos, puso los ojos en blanco y sonrió.

—Perdón, perdón por eso. Uf. Perdí la paciencia. Pasa. Todos somos humanos, ¿no?

Pedro dio un paso al frente por instinto y extendió un brazo para colocarme detrás de él. Ya no estábamos casados, pero aún actuaba como si lo estuviéramos.

—Claro —dijo Pedro.

Yo ya sabía lo que estaba pensando: *¿qué demonios le pasa a este tipo?*

—Era una de mis exesposas. Nada fuera de lo común.

—¿Una de ellas? —pregunté.

Lonnie empezó a reírse.

—Tengo tres exesposas. Y todo fue culpa de ellas. Casarse con ellas es puro drama. O sea, ¡carajo! ¿Por qué se vuelven locas todo el tiempo? ¿Por qué no pueden ser normales?

Lonnie ya me estaba colmando la paciencia.

—¿Por qué dices eso? —pregunté entre dientes.

—Tuve que buscar afecto en otras mujeres porque ellas no me daban lo suficiente. Así es la vida —dijo, encogiéndose de hombros.

—Me suena familiar —comenté mirando directamente a Pedro.

Pedro bajó la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Algo en el ojo? —le pregunté con frialdad a Pedro.

—Tal vez —murmuró.

Ya había escuchado suficiente de las tonterías de Lonnie y le pregunté lo que necesitaba saber.

—Lonnie, ¿qué sabes del hombre que conducía ese sedán azul? ¿Del que le hablaste al detective Gray?

—¡Oh! ¡Te digo que era él! ¡Te lo aseguro!

Empezó a moverse nerviosamente.

—Está bien, ¿puedes decirme algo más sobre él?

—No le vi la cara, pero llevaba uniforme médico. Creo que era enfermero o algo así. Laura Perdita, la mujer que se llevó, también era enfermera. Estoy pensando que este tipo trabaja o trabajó en un hospital. También había una mujer en el carro, pero no le vi la cara. Podría haber sido Laura; eso es lo que pienso. Eso fue lo que le dije al detective Gray.

—¿Dónde trabajaba Laura? —pregunté.

Lonnie chasqueó los dedos mientras intentaba recordar.

—¡WCS! Whisper's Creek South. Ese es el hospital. Hablaron con todos los enfermeros y doctores que trabajaban allí cuando Laura desapareció. Aparentemente, todos tenían coartadas y ninguno tenía antecedentes.

—Estás muy bien informado —dijo Pedro con sarcasmo.

Se encogió de hombros.

—Soy un chismoso, señor. Lo admito.

Tenía que haber algo más. Alguien tenía que saber algo sobre el secuestrador de Laura y cómo podía estar conectado con la desaparición de Anabelle.

Me di la vuelta y me fui caminando sin decir nada más.

Lo único que quería era encontrar a mi hija.

—Gracias, amigo —dijo Pedro antes de alcanzarme.

—¿Qué piensas de él? —pregunté.

Pedro miró hacia atrás y se burló.

—Es un tipo rarito. Creo que deberíamos ver qué hace por las noches. ¿Qué te parece?

Pedro siempre fue el más audaz. No siempre se detenía a pensar las cosas antes de actuar, pero siempre estaba dispuesto a ayudar a alguien, costara lo que costara. Yo ya sabía lo que estaba pensando y, por lo general, lo habría frenado.

Pero las circunstancias eran distintas.

—Es el único hombre relativamente joven que vive en este vecindario. Todos los demás son viejos y casi no ven. Lo más probable es que haya sido alguien de por aquí quien se la llevó, y él tiene la fuerza suficiente para hacerlo.

—Entonces, ¿estás diciendo que sí? —preguntó Pedro, claramente sorprendido.

—Sí —asentí a regañadientes—. Vamos a vigilarlo. Tenemos que hacer algo.

CAPÍTULO 15

ANABELLE

Cada vez que Bedlam me sacaba de ese maldito cuarto, yo terminaba todavía más traumatizada. Una cabeza decapitada… por el amor de Dios.

¿Qué carajo?

Prácticamente confirmé que Bedlam había asesinado a su esposa y a su hija. Qué enfermo de mierda. ¿Qué lleva a un hombre a hacer algo así? ¿Demonios en la cabeza? ¿Voces? No quería saberlo.

No podía quitarme esa imagen de la mente. Volvía una y otra vez, como un espíritu maligno acechando en los rincones más oscuros de mi cabeza.

Me senté contra la pared y me quedé mirando al vacío. Tenía que escapar. Tenía que intentarlo otra vez, aunque me costara la vida. Miré a Laura. Estaba en muy mal estado. Respiraba con dificultad. No iba a durar mucho más. Tenía que sacarla de allí.

—Oye, Laura —susurré.

Ella giró la cabeza hacia mí despacio e intentó sonreír. Me partió el corazón que, incluso en el peor momento de su vida, siguiera intentando aferrarse a su humanidad. Tenía que sacarla de ahí.

—¿Ese psicópata alguna vez te mostró la cabeza que tiene en una bolsa de plástico? —le pregunté.

Ella asintió despacio. Cerró los ojos e hizo una mueca. La estaba recordando. Qué horror.

—¿Era… Jolie?

—Probablemente no. No las guarda mucho tiempo, hasta donde sé. Se deshace de ellas por el olor. Me mostró la cabeza de otra persona hace mucho, alguien que, según él, se parecía a Jolie.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Por qué carajos nos mudamos a un lugar llamado Whisper's Creek?

—Jesucristo. ¿Cuántas víctimas tiene este tipo?

Laura se incorporó y tosió con fuerza. Se aclaró la garganta y suspiró. Yo sabía que estaba muy enferma y harta de todo.

—No lo sé. Espero que no seamos las siguientes. Es un milagro que no estemos ya en bolsas de plástico.

—Tenemos que salir de aquí. Ya —insistí.

Laura me miró como si yo estuviera loca.

—Nos vamos a morir, Anabelle —dijo con voz ronca.

—Igual nos vamos a morir si no lo intentamos. Nadie sabe que estamos aquí. Nadie puede oírnos ni encontrarnos. Estamos condenadas si no salimos de este lugar. No sé tú, pero yo no quiero averiguar cómo termina el ciclo de Bedlam.

Laura guardó silencio y cerró los ojos. Se mecía despacio hacia adelante y hacia atrás. Le di tiempo para pensarlo. Yo sabía que parecía imposible, pero, si trabajábamos juntas, de verdad teníamos una oportunidad.

Necesitaba volver a ver a mi mamá… y a Nathan. Hasta extrañaba a mi papá.

Laura abrió los ojos y me miró pensativa. Parecía estar considerando la idea de escapar. Me alegró verlo.

—¿Cuál sería el plan? —preguntó.

Casi me emocioné cuando sentí una chispa de esperanza dentro de mí, pero la apagué enseguida. No podía ilusionarme demasiado. Tenía que mantenerme enfocada. Ya había fallado una vez.

—Necesitamos algo afilado. Perdí mi cepillo de dientes, mi arma improvisada. No sé qué más podríamos usar.

Laura sacó una cuchara vieja de su pantalón y me la entregó. Era perfecta.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunté, sorprendida.

Ella soltó una risita baja.

—La tengo desde hace mucho. La verdad, se me había olvidado. Me dio sopa hace meses y nunca me quitó la cuchara.

Solo era una cuchara, pero podía servir. Tomaría tiempo, pero yo tenía esperanza.

—Podemos afilar la parte de atrás. ¿Crees que podríamos cortar las cadenas con esto? Puede tardar horas, pero creo que podríamos lograrlo —dije.

Laura chasqueó la lengua y me miró con los ojos entrecerrados. No parecía convencida.

—Las cadenas son de metal. No sé… Pero tenemos algo a favor: son viejas y están oxidadas. Quizá podamos desgastarlas lo suficiente y luego tendríamos que lanzar el bloque con bastante fuerza para romper la cadena. Podría valer la pena. Podría funcionar.

Me gustó esa idea. Ninguna de las dos era lo bastante fuerte para levantar y lanzar un bloque de cemento solas, pero juntas teníamos una oportunidad real. Armamos un plan y estuvimos de acuerdo.

No sé cómo explicarlo, pero me sentí distinta. Como si volviera a tener un propósito.

Me arrastré en silencio hacia ella para empezar. Saqué la cuchara y empecé a limar mi cadena esa noche. Nos turnábamos para no cansarnos demasiado. Teníamos que guardar toda la energía posible.

La pobre Laura terminó quedándose dormida al amanecer, así que seguí limando mi cadena y, cuando sentí que ya no podía más, empecé a trabajar en la de ella. Cuando empecé a bostezar, supe que tenía que parar y esconder la cuchara afilada. Si Bedlam entraba y la veía, yo estaba muerta. Las dos lo estaríamos.

Volví a mi lugar en el cuarto para no despertar sospechas cuando regresara.

No sé cuándo me quedé dormida, pero me despertó de golpe un salpicón de agua helada. Abrí los ojos y ahí estaba él, con una lata de atún. Incluso tenía un tenedor de plástico dentro. La dejó a mi lado y la señaló con agresividad.

—Come —ordenó.

Empecé a comer y, para mi sorpresa, no estaba tan mal. A esas alturas me habría comido una cucaracha si sabía a pollo bien sazonado.

Laura gritó cuando le cayó el agua, y Bedlam le dio una bofetada de inmediato.

¡Pah!

—No grites. ¿Entendido? —preguntó Bedlam con voz áspera.

Laura asintió con rapidez. Él tiró su lata de atún al suelo y el contenido se esparció por todas partes. Ella parecía a punto de llorar. En ese momento sentí tanta rabia que quise sacarle los ojos y metérselos por el maldito culo. Me pareció un castigo justo por todo lo que nos había hecho.

—Así vas a aprender —gruñó Bedlam mientras salía del cuarto dando pisotones.

Me comí la mitad de mi lata de atún y le hice señas a Laura para que se comiera el resto. Ella negó con la cabeza, nerviosa.

—¿Estás loca? Nos va a matar —susurró.

—Vas a morir primero si no comes —repliqué.

Ella respiró hondo y aceptó en silencio, extendiendo la mano. Puse la lata en el suelo y se la deslicé. Ella la agarró y empezó a devorarla de inmediato.

Apoyé la cabeza contra la pared e intenté apartar los pensamientos negativos pensando en correr. Pensé en la pista de mi secundaria, en el viento golpeándome la cara, en el sol calentándome el cuerpo, en el sudor bajándome por la espalda, en los muslos ardiéndome del cansancio, en mis pies golpeando la tierra mientras corría cada vez más rápido… No lo quería de ninguna otra manera. Me dije que algún día volvería a pasar. Podría competir en la universidad a la que iba a entrar, y ganaría.

Seré libre… y nunca volveré a olvidar lo que vale la libertad.

Volví a quedarme dormida. No me sorprendió, porque tampoco podía hacer mucho más. Cuando abrí los ojos, Laura ya no estaba. Me preocupé, pero su bloque de cemento seguía en el lugar donde dormía. Supuse que Bedlam la había llevado al baño, aunque no estaba segura.

Justo entonces oí gritos furiosos en el pasillo. Se me encendieron todas las alarmas, y el corazón empezó a golpearme con fuerza en el pecho. Los gritos se fueron acercando hasta que…

¡Bam!

Bedlam irrumpió furioso por la puerta mientras sujetaba a Laura por el cuello con su mano gruesa y venosa. Me congelé de puro terror. Mi cuerpo se negó a moverse. Aquel monstruo me tenía ahogada de miedo sin siquiera tocarme.

—¡No quiero que susurres! —gritó mientras la tiraba al suelo con violencia—. ¡No escucho lo que dices! ¡No me contestas! ¡Tú comes! ¡Tú duermes! ¡Tú escuchas! ¡Eso es todo lo que haces! ¡Obedeces a Bedlam! —rugió, lleno de furia.

Laura gimió mientras se agarraba la cabeza con manos amoratadas y temblorosas.

Me quedé en blanco por unos segundos, con los oídos zumbándome. Apenas reaccioné cuando me clavó el pulgar en la mejilla.

—Te toca ir al baño, señorita.

Bedlam me miró con frialdad mientras se agachaba hasta quedar cara a cara conmigo. Miré de reojo a Laura, encogida en el suelo para protegerse. La pobre temblaba de terror, y la cadena ya estaba otra vez cerrada alrededor de su tobillo.

Esto no va a durar mucho más. Esto se acaba ya.

Me puse de pie lentamente y dejé que me soltara la cadena. Me agarró del brazo con fuerza y me llevó fuera del cuarto.

—Nada de susurros, por favor —dijo Bedlam con calma.

—Sí, señor. Entendido.

—Gracias, señorita.

Entramos juntos al baño asqueroso, lleno de moho.

—Te dejaría sola, pero no quiero que me apuñales con un cepillo de dientes otra vez. Eso me obligaría a estrellarte el cráneo contra el asiento del inodoro hasta partirlo en dos —advirtió en voz baja.

—No se preocupe, señor. No volverá a pasar.

—No soy ningún pervertido. Solo haz lo que tengas que hacer.

Me bajé los shorts rápido e hice lo que tenía que hacer. Por suerte, miró hacia otro lado.

Qué caballero.

—Se acerca el siguiente paso del ciclo, Anabelle.

Me subí los shorts y esperé a que siguiera explicando, pero no lo hizo.

—¿Qué es eso? —pregunté con cuidado.

—Tú y Laura… siempre necesité a dos para esta parte. Ya verás.

Me llevó de vuelta al cuarto y me empujó al suelo. Apreté los dientes.

Este hijo de puta, pensé.

Se agachó y me cerró la cadena otra vez alrededor del tobillo.

—Duérmete. Ya.

Salió, cerró la puerta y le echó llave. Giré la cabeza lentamente hacia Laura, que miraba el suelo con el ceño fruncido. Sintió que la estaba mirando y me sostuvo la mirada. Asentimos.

Era la hora.

Esperé hasta que Laura me diera la señal. Puso la mano sobre el piso y esperó a sentir la vibración que le indicara que Bedlam ya se había ido de la casa.

Se sintió como si hubieran pasado horas hasta que, por fin, chasqueó hacia mí: ya se había ido. Me lancé rápido para ponerme detrás de la puerta mientras arrastraba el bloque de cemento atado a mí, una verdadera pesadilla.

Laura me siguió, y le agarré los brazos para ayudarla a acercarse. Las dos nos metimos en una esquina donde Bedlam no nos vería al abrir. Quedaríamos justo detrás de la puerta. Planeamos lanzarle juntas uno de los bloques de cemento a la cabeza, y rezamos con todas nuestras fuerzas para que eso rompiera la cadena de Laura.

Cuando él estuviera herido y desorientado, levantaríamos juntas mi bloque de cemento y saldríamos corriendo. Pensamos encontrar una ventana en la planta baja para lanzar el bloque contra ella y escapar. Era un plan descabellado, pero teníamos una oportunidad real. Solo necesitábamos que ese maldito bloque rompiera la cadena.

Mientras seguíamos limando las cadenas con la cuchara afilada, esperábamos con ansiedad el regreso de Bedlam. Tenía el estómago hecho un nudo y gotitas de sudor me corrían por la espalda.

O la bebemos o la derramamos.

—Ya volvió —susurró Laura con urgencia en mi oído.

Mierda, mierda, mierda… ahí vamos.

Las dos nos pusimos de pie lentamente, sosteniendo el bloque de cemento de Laura, que pesaba muchísimo. Era difícil, pero entre las dos se podía. A pesar de estar hambrientas, desnutridas y deshidratadas, todavía nos quedaba ese fuego dentro. Todavía nos quedaban fuerzas para pelear.

Contuve el aliento. Cuando Bedlam abrió la puerta, le lanzamos el bloque de cemento directo a la cabeza. Apenas procesé lo que habíamos hecho antes de que el bloque lo golpeara. Intentó cubrirse, pero levantó los brazos demasiado tarde y se tambaleó hacia atrás, cayendo al suelo con un gemido profundo mientras se retorcía de dolor.

—¡Grrrrr! —gritó.

El bloque cayó a su lado y partió la madera del piso al rebotar. Parpadeé, en shock, hasta que Laura jadeó:

—¡Mi cadena se rompió!

De alguna manera, estaba libre. No lo podía creer. Había funcionado.

Sin perder un segundo, fuimos por el bloque de cemento que todavía seguía atado a mi tobillo y entre las dos lo levantamos, torpemente y con esfuerzo, pero lo suficiente para movernos. El corazón me martillaba en el pecho mientras la adrenalina me subía como una descarga. No hablamos, casi ni respiramos, y corrimos para salvar la vida.

Tropezamos por el pasillo oscuro hasta que nuestros ojos se acostumbraron y vimos la escalera. Bajamos a toda velocidad, arrastrando a medias mi cadena detrás de nosotras, con los pies golpeando el piso frío. Los escalones oscuros parecían un laberinto, pero nos movimos con desesperación hasta llegar al primer piso.

El primer piso también estaba en oscuridad, con un solo sofá gastado plantado en medio de un espacio abierto, ocupando casi todo el lugar. Había pocos obstáculos: una lámpara, una mesa maltratada y una caja de cartón llena de cosas que no me importaba revisar.

Laura gritó:

—¡Aquí! —y se desvió hacia una puerta blanca manchada de tierra. La abrió de un tirón.

Adentro había una sola ventana mugrienta, con rayos de sol colándose. Qué maravilla volver a ver el sol. Era un cuarto vacío, con solo una mesita de madera bajo la ventana, tambaleante y gastada, con un mantel manchado encima y varias botellas polvorientas llenas de líquidos turbios.

—Esa ventana —exhalé, agotada de correr.

—¡Rómpela! —ordenó Laura, avanzando ya con el bloque de cemento sobre nuestras palmas doloridas.

Nos acercamos juntas, pero Laura se detuvo de golpe.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté, frenética.

—¡Espera! ¡Agáchate conmigo! —Laura me hizo ponerme en cuclillas junto a ella.

Debió haber visto algo. ¿Había alguien más en la casa? ¿Bedlam tenía un cómplice que nunca habíamos visto? Una avalancha de pensamientos de pánico me invadió, diciéndome que habíamos fallado y que íbamos a morir.

Pero no. Me negué a creerlo. Estábamos a punto de lograrlo. Solo teníamos que seguir hasta el final.

Laura recogió un objeto del suelo antes de que yo pudiera verlo. Me lo mostró. Lo miré con urgencia.

El tiempo se detuvo. La mente se me quedó en blanco, y sentí como si el corazón dejara de latir. Sentí que me iba a desmayar.

¿Qué… qué carajos estoy viendo?

Era una foto borrosa de Laura y Bedlam juntos. Estaban abrazados. Sonriendo. Una ola de confusión me atravesó y, de repente, ya no entendía nada. ¿Estaba soñando? ¿Me había vuelto loca?

En la foto, escrito con marcador negro, decía: “Tortolitos”.

—¿Qué…? —apenas logré preguntar, mientras el aire se me escapaba de los pulmones.

Laura pegó la boca a mi oído.

—Cucú —susurró, juguetona.

Antes de que pudiera decir o hacer algo, soltó el bloque de cemento, pero no sin antes empujarlo hacia mi pie.

Solté un grito brutal cuando todas las uñas de los pies se me aplastaron al mismo tiempo, con sangre roja oscura brotando de mi pie destrozado.

—¡Aaaaaaaaahhhhhh! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué, Laura?! ¡¿Por qué harías esto?! ¡¿Qué carajos está pasando?! —grité, histérica.

Ella apartó el bloque de encima de mi pie ensangrentado y me arrastró del pelo hasta la mesa de madera.

—Yo no soy Laura. Yo soy Fia Crabb —siseó.

Recuerdo que agarró un trapo sucio y me lo apretó contra la cara. Tenía un fuerte olor a químicos que me dio sueño, y empecé a desmayarme a los pocos segundos. Era lo mismo que Bedlam me había hecho cuando me secuestró.

Fue entonces cuando entendí que había caído en un juego psicológico cruel y retorcido.

Yo seguía atrapada en el ciclo de Bedlam y no tenía idea de si alguna vez saldría viva.

CAPÍTULO 16

HELENA

Nos sentamos en su camioneta oxidada, seis casas más abajo de la mía, cubiertos por la oscuridad, salvo por la tenue luz roja que parpadeaba en la cámara del tablero de Pedro y el brillo enfermizo de una farola que titilaba sobre nosotros, como si estuviera a punto de apagarse, igual que todo lo demás en Whisper's Creek.

Llevábamos tres horas esperando en la camioneta de Pedro, para ser exactos, a que Lonnie hiciera algo sospechoso. Yo pensaba que lo que estábamos haciendo era una locura, pero Pedro insistía en que necesitábamos tacharlo de la lista. Quería asegurarse de que no tuviera nada que ver con el secuestro de Anabelle.

—Han pasado horas. Intentémoslo otra vez mañana —dije, bostezando.

Pedro golpeó suavemente la ventana cerrada con el dedo. Se estaba poniendo inquieto.

—No. Lonnie es raro y vamos a esperar hasta que haga algo raro —dijo sin rodeos—. Tú también lo palpaste. No finjas que no. ¿Tres exesposas y no es culpa suya? No me hagas reír. Hasta yo puedo hacerme responsable de mis actos y admitir mis errores.

No respondí enseguida. Tenía los ojos fijos en la puerta principal de la casa de Lonnie, donde nada se había movido en horas. La luz del porche estaba apagada, las cortinas corridas y no había señales

de vida. Sentía que estábamos perdiendo el tiempo, pero no había mucho más que pudiéramos hacer.

Intenté llamar a Whisper's Creek South, el hospital donde Laura Perdita había trabajado, y se negaron a hablar conmigo. Un gerente dijo que habían cerrado el caso y que no les interesaba revisarlo de nuevo. Por desgracia, no tenía bases para exigir mucho más. Recalcaron que todas las coartadas habían sido verificadas y que el detective Gray había confirmado todo eso. Si eso resultaba ser mentira, le pondría la cabeza en una bandeja de plata.

Así que nos quedaba Lonnie.

—Algo definitivamente no está bien —murmuré—. No sé qué es, pero parece demasiado interesado en la desaparición de Anabelle. Puede que esté tratando de desviar sospechas mostrándose servicial. Es una táctica que este tipo de enfermos usa para salirse con la suya cuando comete crímenes.

El reloj del tablero marcaba las 2:07 a. m. Entonces, por fin, la puerta se abrió con un chirrido.

—Ahí —susurré, incorporándome—. Se está moviendo.

—Aleluya —murmuró Pedro.

Lonnie salió con una chaqueta y unos jeans extremadamente apretados. Cerró con llave detrás de él y luego caminó rápido hacia su SUV oscuro en la entrada de la casa. Abrió la puerta del vehículo y se metió. El motor rugió suavemente cuando encendió los faros y se fue.

Pedro encendió el motor.

—¿Lista para seguir a este sospechoso?

Ya tenía el estómago revuelto, pero asentí.

—Vamos.

Nos mantuvimos a dos autos de distancia, lo bastante lejos para pasar desapercibidos y lo bastante cerca para no perderlo. Conducía con decisión, haciendo giros rápidos por las afueras del pueblo, pasando el molino y la gasolinera con el letrero roto. Cada lugar por el que pasaba parecía haber muerto diez años atrás.

Al final, tomó el camino hacia Twin's Creek, el bar donde Pedro trabajaba. Eso me pareció raro. Todo estaba cerrado y en silencio. Entró al estacionamiento y se estacionó al costado del bar.

—¿Qué demonios está haciendo ahí? No recuerdo haberlo visto nunca.

—¿Tal vez fue a beber solo?

—Podría haber hecho eso en su casa —se burló Pedro.

Tenía razón. ¿Por qué Lonnie conduciría en plena madrugada hasta Twin's Creek?

Pedro apagó los faros y se detuvo detrás de un grupo de matorrales, justo fuera de la entrada del bar. Esperamos, y entonces lo vimos: había otro auto estacionado cerca. Entrecerré los ojos para ver si era un sedán azul, pero no lo era: era un auto gris.

—¿Quién es ese? —susurré.

Pedro se inclinó hacia adelante.

—No tengo idea.

La puerta del conductor se abrió. Un hombre delgado, tatuado, con el cabello rapado y una camiseta negra sin mangas salió.

—¿Quién demonios se reúne con Lonnie Jacobs en la madrugada? —preguntó Pedro.

Sentí que se me aceleraban los pensamientos.

—No lo sé. Solo sigue mirando.

Se quedaron cara a cara bajo la luz débil que salía de la SUV de Lonnie, con voces demasiado bajas para escucharlas. Me esforcé, deseando poder leerles los labios. El hombre tatuado le hizo una seña a Lonnie para que se acercara, y Lonnie obedeció. Su lenguaje corporal transmitía tensión, como si estuvieran discutiendo. La voz del hombre tatuado subió de repente, cortante.

—¡Deja a Laura fuera de esto!

Sentí que se me caía el alma a los pies. Pedro y yo nos miramos, y nuestros pensamientos encajaron en un silencio sombrío.

Laura Perdita. La mujer que llevaba tres años desaparecida, la novia de Blake Toro. ¿Era ese… Blake Toro?

—¿Qué demonios significa eso? —pregunté.

La voz de Pedro fue baja, pero urgente.

—No lo sé, pero definitivamente están ocultando algo.

El hombre que parecía Blake Toro se dio la vuelta, con los puños apretados, y regresó furioso a su auto. Lonnie se quedó ahí, viéndolo irse.

Seguía escuchando esas palabras en mi cabeza, una y otra vez: "Deja a Laura fuera de esto".

¿Fuera de qué?



Esperamos hasta que Lonnie se fue para seguirlo de regreso a casa. La SUV de Lonnie entró en la entrada de la casa. Se estacionó mal, con dos llantas sobre el césped, los faros encendidos un instante antes de apagar el motor. Por un segundo, pensé que se quedaría ahí, con la cabeza sobre el volante, inmóvil.

De repente, la puerta se abrió de golpe y salió tambaleándose, como si hubiera tomado demasiado. Se sostuvo del espejo de la puerta, balanceándose, incapaz de mantener el equilibrio.

—El tipo está muy borracho —dijo Pedro, mirando por el parabrisas con diversión.

—No creo que logre entrar —murmuré—. ¿Crees que se desmaye en el suelo?

—Eso espero —respondió Pedro mientras llevaba la mano a la palanca.

Giré la cabeza hacia él, alerta al instante.

—Espera. ¿Qué estás haciendo?

—Vamos a entrar.

Parpadeé.

—No, no vamos a hacerlo. ¿De qué estás hablando? ¿Estás loco?

Pedro me miró como si la loca fuera yo.

—Helena. Vamos.

—¿Quieres meterte en su casa? —susurré con furia—. Estás demente.

—Podría tenerla ahí; nunca se sabe con este tipo de gente. No podemos dejar pasar esto. Sé que es extremo, pero nuestra niña está desaparecida. Tenemos que asegurarnos de que él no sea el culpable.

Eso me dejó sin palabras. Anabelle seguía desaparecida, y Lonnie Jacobs vivía a solo unas cuadras. Además, siempre estaba afuera. A veces el mal se esconde a simple vista.

Pedro se inclinó, con la voz baja.

—Siempre está afuera, en el jardín delantero, gritando por teléfono. ¿Y si eso es una fachada? ¿Y si ha estado vigilando? ¿Y si ha estado reteniendo a alguien adentro mientras nosotros buscamos por todas partes?

Esas palabras me retorcieron el estómago. Si Lonnie la tenía, yo misma animaría a Pedro a destriparlo como a un pescado.

Miré hacia la casa de Lonnie. Ya había llegado a la puerta y estaba peleando con las llaves como si fueran gelatina. Al fin logró meterlas, abrió y se tropezó al entrar.

Pedro abrió la puerta del auto.

—Veamos qué está escondiendo este tipo en su casa.

Lo seguí. Nos escabullimos por la parte trasera de su casa, a través de un callejón angosto, con Pedro adelante, agachado. La cerca del patio trasero era de malla metálica y fácil de escalar.

Pedro la subió en segundos y luego me tendió la mano. Subí la cerca, con el corazón golpeándome en los oídos. Un movimiento en falso, un ruido fuerte, y estábamos perdidos.

Caí del otro lado y me golpeé las rodillas contra la tierra. Me quejé y me las froté para aliviar el ardor. Pedro ya estaba frente a la puerta corrediza.

—Cerrada —murmuró—. Por supuesto.

—Genial —susurré—. ¿Y ahora qué hacemos? Tal vez eso significa que nos demos la vuelta. Nos van a arrestar por esto.

En lugar de eso, sacó algo del bolsillo trasero: una lima metálica, delgada y curva. Antes de que pudiera preguntarle nada, la metió en la ranura y forzó la cerradura hasta que sonó un clic suave.

Me quedé mirándolo.

—¿Cómo demonios sabes hacer eso?

Pedro sonrió.

—Soy un gánster profesional, nena.

Rodé los ojos con tanta fuerza que casi me disloco algo.

—Eres un idiota.

—Un idiota que acaba de entrar en la casa de un presunto secuestrador. De nada. "Gracias, Pedro". Eso es lo que se supone que debes decir, cariño.

—Deja de joder —susurré, enojada.

Abrió la puerta apenas un poco y entramos en la oscuridad.

La casa olía a sudor, colonia barata y algo metálico, como monedas dejadas en un fregadero mojado. Saqué mi teléfono celular, encendí la linterna y miré alrededor.

—Dios mío —murmuré.

Las paredes estaban cubiertas de pinturas. Cuadros grandes y cuadrados colgaban uno junto a otro y mostraban a hombres y mujeres en peleas primitivas. Los fondos los mostraban en selvas o en senderos del bosque. Todos estaban desnudos, y algunos llevaban máscaras negras. Había cuerpos en posiciones sugestivas, enredados de maneras que me dieron ganas de vomitar.

Pedro se paró a mi lado, con la mandíbula caída. Me hizo señas con la boca: "¿Qué demonios?".

Eso no era lo peor. A nuestra derecha, cerca de la entrada de la cocina, había un soporte largo con juguetes colgados como si fueran utensilios. Paletas de cuero, rollos de cuerda, mordazas y látigos que se veían muy usados.

Tragué saliva, sin poder creer lo que estaba viendo.

—¿Qué demonios es este lugar? ¿Una especie de mazmorra sexual?

—Supongo que a este tipo le gusta mantenerse ocupado. Lo sabía —murmuró Pedro.

Le hice un gesto para que se callara y señalé las escaleras.

—Revisemos arriba.

Nos movimos lentamente, con nuestros pasos amortiguados por la alfombra de los escalones. Arriba, el pasillo era angosto y oscuro; una fila de puertas se extendía a izquierda y derecha. Una estaba apenas abierta, como si alguien hubiera pasado y se hubiera olvidado de cerrarla. Había una luz tenue, como si viniera de una lámpara en una mesita de noche.

Debe de ser el dormitorio de Lonnie, pensé.

Pedro me miró. Asentí.

Nos acercamos en silencio. Escuché algo parecido a un roce.

¿Se estaba cepillando?

Pedro empujó la puerta con el dorso de la mano, preparado para cualquier cosa en caso de que nos agrediera. Nos asomamos.

El cuarto estaba desordenado: más pinturas sexuales, cajones abiertos y una torre de periódicos apilados contra una pared, salpicados con pintura vieja. No había sábanas en la cama, solo un colchón manchado y montones de ropa arrugada.

Lonnie estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, en el centro de un paño manchado que había extendido en el piso. Le vimos la espalda; la columna le brillaba de sudor. Estaba sin camisa, con nada más que una tanga roja y, al parecer, una máscara de cuero negra que le cubría toda la cabeza salvo la boca y los ojos. Aquella imagen me revolvió el estómago.

Estaba pintando, no un cuadro, sino muñecas. Había docenas. Muñecas de niñas, cada una idéntica. Piel de porcelana, cabello rubio sintético, con vestidos rojos iguales. Estaban alineadas en una fila perfecta a su lado, esperando su turno para ser pintadas.

Desde mi ángulo, pude ver que sumergía un pincel diminuto en un vaso con pintura roja y trazaba círculos suaves en las mejillas de la que tenía en el regazo. La mano de Lonnie era cuidadosa y amorosa.

Me quedé paralizada en la puerta, sintiendo el frío bajar por la columna como hielo derretido.

—Pedro —susurré, casi sin aliento—. ¿Qué demonios es esto?

Pedro negó la cabeza lentamente.

—Este tipo es un maldito enfermo mental.

Sentí que se me secaba la garganta.

Lonnie debió habernos oído, porque se quedó inmóvil a mitad del trazo, con el pincel suspendido en el aire.

Lentamente giró la cabeza para mirarnos. Sus ojos se encontraron con los míos a través de los agujeros de la máscara, abiertos y brillantes. Se quedó con la boca abierta, como si no pudiera decidir si éramos reales o parte de algún ritual alucinógeno de borrachera que acababa de empezar.

Entonces soltó el sonido más raro que he escuchado en mi vida. Un grito agudo que era más bien un chillido. No sonaba como un hombre, ni siquiera como una mujer; sonaba como una niña.

El grito cortó el aire y rebotó por las paredes, chillando con tanta fuerza que me eché hacia atrás, casi resbalándome en algún residuo aceitoso que debía de haber derramado.

Pedro dio un paso atrás, con una mano levantada, como si Lonnie fuera un animal acorralado.

—Eh… oye… oye… tranquilo, hombre…

Lonnie se arrastró hacia atrás como un cangrejo, tirando las muñecas y rompiéndolas. Metió la mano bajo una almohada y, antes de que pudiera detenerlo, sacó un celular.

—Dios mío —jadeé—. Está llamando a la policía.

—¡No! —Pedro se lanzó sobre él y lo inmovilizó.

—¡Ah! —chilló Lonnie.

Ya era demasiado tarde.

Ya había alcanzado a tocar la pantalla.

—¡911! —chilló por teléfono, todavía gritando como una niña—. ¡Hay intrusos; están en mi casa; este hombre está encima de mí; me vieron DESNUDO! ¡SÁLVENME! ¡NECESITO POLICÍA!

Me volví hacia Pedro.

—Tenemos que largarnos de aquí. ¡Ya!

Él negó con la cabeza, desobedeciendo.

—¡Ve a revisar el resto de la casa! ¡Encuéntranos una razón para estar violando la ley esta noche; ve ahora! ¡No lo pienses mucho! —ordenó Pedro.

—Jesucristo —murmuré.

¿Qué demonios estamos haciendo?

—¿Dónde está ella? —gruñó Pedro, con la respiración agitada y los ojos encendidos de rabia—. ¿Dónde está Anabelle?

—¡Y-yo no sé! —chilló Lonnie—. ¡No sé nada de Anabelle, lo juro por Dios!

No podía más. El pecho me ardía como si tuviera cables calientes por dentro.

—Está bien, revisaré la casa —dije, apartándome de la escena—. Solo mantenlo controlado.

—Obvio —espetó Pedro.

—¡Quítate de encima! ¡Quítate de encima! —gritó Lonnie.

—¡Cállate! —le gritó Pedro.

Me moví rápido, la linterna de mi teléfono iluminando la oscuridad.

Revisé el baño; estaba asqueroso. La bañera estaba llena de manchas amarillentas. Botellas de loción y gel para el cabello estaban regadas alrededor del lavamanos, algunas abiertas y otras cerradas. No había cepillo de dientes. Corrí la cortina de la ducha de un tirón. No había nada.

Crucé al dormitorio de enfrente, casi vacío, salvo por una cama individual, una cómoda y una lámpara pequeña en una mesita; no había rastro de nadie.

Bajé corriendo a la cocina; no había más que montones de platos sucios, latas de cerveza vacías, frutas en la mesa y moscas zumbando sobre el fregadero como buitres pequeños.

Encontré la puerta del garaje; hizo un ruido cuando la abrí. Más pinturas en la pared, a medio hacer. Un estante metálico de herramientas ocupaba la pared del fondo, pero Anabelle no estaba allí. El resto del garaje estaba lleno de cajas de ropa apestosa y ropa interior tirada por todas partes.

Salí y cerré la puerta, buscando otro lugar donde Anabelle pudiera estar escondida. Había una habitación en la planta baja con una perilla que se atoró un momento antes de ceder con un leve "pop".

Encendí la luz y me quedé helada. No era un dormitorio. Era una habitación para… otra cosa.

Las paredes estaban llenas de estantes, y cada estante estaba lleno de objetos extraños y un montón de otras cosas que brillaban bajo la única bombilla tenue.

Salí corriendo de allí y subí las escaleras, de dos en dos, y grité:

—¡Pedro!

Su voz retumbó desde el dormitorio.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿La encontraste?

—No está aquí —dije—. Anabelle no está aquí. No hay nadie. Solo encontré cosas raras.

Sabía que lo habíamos entendido todo mal. La habíamos arruinado, y a lo grande. Lonnie era un hombre inocente. El golpe fuerte en la puerta selló nuestro destino. Sin duda, era la policía. Me acerqué con las manos temblorosas y miré por la mirilla. Era el detective Gray.

¡Fantástico!

El corazón me latía con fuerza cuando abrí apenas la puerta. El detective Gray estaba en el porche, con la mandíbula tensa y los ojos más oscuros de lo habitual. Parecía alguien a quien acababan de sacar de la cama y luego le incendiaron la casa, por si fuera poco. Cuando me vio, se enojó y negó con la cabeza.

No esperó a que lo invitara y entró.

—Ustedes son increíbles. ¿Se metieron en su maldita casa?

Me hice a un lado sin decir ni una palabra. Lo guié hacia arriba, con el silencio entre nosotros cargado de la rabia que irradiaba de su cuerpo.

Cuando llegamos al dormitorio, Gray miró la escena, a Lonnie tirado en el suelo en tanga, la máscara de cuero todavía puesta, Pedro encima de él, y explotó.

—¡Pedro, quítate de encima de él! ¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí?

Pedro levantó las manos y se echó hacia atrás.

—Está bien, pero más vale que le preguntes por qué encontramos…

—¡Silencio! —rugió Gray, interrumpiéndolo.

Lonnie se incorporó despacio, jadeando, y se removió la máscara de cuero.

—Está bien —dijo, sorprendentemente calmado—. De verdad, lo entiendo. ¡Lo entiendo!

Gray parpadeó.

—Entiendes que entraron a tu casa y te agredieron, ¿verdad? —Gray lo recorrió de arriba abajo con la mirada y enseguida desvió los ojos. Dudaba que alguna vez hubiera esperado ver a Lonnie Jacobs con ese tipo de… atuendo.

Lonnie asintió, totalmente tranquilo.

—Estaban asustados. Su hija está desaparecida, las emociones están a flor de piel y deben de sentir que su mundo entero se les está derrumbando. Lo entiendo. Todo está perdonado. No tenemos que hacer de esto un gran problema.

Pedro se quedó incrédulo.

—Entonces tal vez puedas explicar por qué te estabas reuniendo con Blake Toro en la madrugada en el estacionamiento de Twin's Creek. Y por qué parecía listo para partirte la cara.

Lonnie hizo una pausa y luego exhaló por la nariz, como si la pregunta fuera ridícula.

—Blake se sentía deprimido y quería beber. Ya lo hemos hecho unas cuantas veces. Cometí el error de mencionar a su novia.

—Laura —dije en voz baja.

Lonnie asintió.

—Sí, un tema muy delicado. Estaba hablando con él sobre la desaparición de Anabelle y sobre cómo podía estar relacionada con el caso de Laura. Por alguna razón, eso lo alteró por completo. A veces, con solo mencionar su nombre, explota. Eso es todo.

Lo observé atentamente; su voz era firme y sus ojos estaban claros. No había tics ni nerviosismo, solo quietud. No parecía alguien con algo que ocultar. Ya sabíamos lo de sus exesposas y sus actividades; sabíamos todo sobre Lonnie Jacobs.

Decidí creerle.

Asentí despacio.

—Está bien. Gracias por explicar eso. Lo sentimos muchísimo por haber entrado a tu casa e invadido tu privacidad. No teníamos ningún derecho a hacer eso. Nos pasamos totalmente de la raya —dije lo más amable posible, buscando que nos perdonara por lo que habíamos hecho.

Él sonrió, extrañamente sereno.

—Gracias, Helena. No te preocupes, de verdad. Pero, eh… si pudiéramos no hablar de lo que vieron esta noche… sería genial. Hagamos eso, y ustedes dos quedan libres. No tenemos que hablar de nada de lo que vieron, y pueden fingir que no vieron las muñecas. No es nada de qué preocuparse. Es solo algo que hago para pasar el tiempo. Eso es todo.

—¿Pasas el tiempo pintando muñecas de niñas? —preguntó Pedro, totalmente incrédulo.

—Sí. ¿Tú no?

Gray se volvió hacia Lonnie, exasperado.

—¿Por qué demonios sigues en tanga?

Lonnie se puso de pie con dignidad, mientras se cubría.

—Me pondré una bata.

Salió con calma, con los calcetines deslizándose por el piso, como si todo aquello fuera un martes perfectamente normal.

El detective Gray soltó un suspiro largo y pesado.

—Es demasiado tarde para este tipo de cosas.

Me sentí terrible, con la culpa empezando a retorcerse en mi pecho. No debimos hacer esto. Nos desesperamos; no había necesidad de entrar a la casa de Lonnie. Podríamos haberlo hecho de otra manera, pero ya estaba hecho. Tampoco podía culpar a Pedro por haberme empujado, porque yo acepté, y ambos éramos culpables de lo que terminó pasando.

Gray miró a Lonnie cuando volvió a entrar, ahora con una bata de satén roja que, de algún modo, hacía aún más difícil mirarlo.

—¿Vas a presentar cargos?

Lonnie lo descartó con la mano.

—No, no, nada de eso. Pero recordemos todos que nada de esto pasó. Nadie vio nada. Soy muy hombre, y lo que hago entre cuatro paredes es asunto privado. Nadie necesita saber nada.

Gray entrecerró los ojos, como si no supiera si Lonnie hablaba en serio o no.

—Está bien —respondió sin emoción.

Lonnie no había terminado y siguió.

—Si resulta que tengo ciertas fantasías con muñecas y me gusta hablar con ellas, eso es perfectamente normal...

—Está bien, basta —lo cortó Gray, levantando una mano—. Ya es muy tarde, y se me está acabando la paciencia. No quiero saber de tus muñecas. Nadie en este planeta quiere saber de tus muñecas.

La cara de Lonnie se torció.

—Qué grosero.

—¿Estás borracho?

Lonnie sonrió con picardía.

—¿Me he liberado? Sí, podría decirse que sí.

Pedro y yo intercambiamos una mirada; estábamos igual de confundidos que el detective. Gray se apretó el puente de la nariz.

—Olvídalo. Ya terminamos aquí —gruñó.

Un minuto después, nos sacó de la casa, y la puerta principal se cerró con un clic detrás de nosotros. El aire frío de la noche me recorrió la espalda con un escalofrío.

Esperé la segunda explosión; no tardó en llegar.

—¿Qué demonios estaban pensando? —La voz de Gray bajó una octava, grave y furiosa—. Tuvieron una suerte enorme de que llegara yo antes que una patrulla. ¿De verdad creen que entrar a la fuerza en la casa de un tipo que ni siquiera es sospechoso me va a ayudar a encontrar a su hija? ¿Creen que eso ayuda en algo a su caso?

Abrí la boca y la cerré. No podía defender mis actos en absoluto. Pensé con cuidado qué decir.

—Lo siento —dije—. Pensamos… pensé que tal vez tenía algo que ver. Sabía que era una mala idea desde el principio. Solo… somos padres desesperados, detective Gray. Lo sentimos muchísimo.

—Si sabías que era una mala idea, ¿por qué demonios lo hiciste? Tienen muchísima suerte de que haya terminado como terminó —regañó.

Tenía razón; pudo haber sido muchísimo peor. Pedro podría haberlo herido. Lonnie podría haber tenido un arma y asustarse. ¿Y si les disparaba? ¿O a los dos? Eso dejaría a Anabelle sin nadie con quien volver, porque yo todavía pensaba encontrarla.

Pedro abrió la boca, pero Gray lo cortó con un dedo.

—No. No digas nada. Ni una sola palabra.

La boca de Pedro quedó abierta como si estuviera ofendido, pero, por una vez en su vida, supo cuándo cerrarla.

Gray se volvió hacia mí, con el rostro suavizándose apenas.

—Helena, lo entiendo. Quieres encontrar a tu niña. Yo también. Pero si empiezas a meterte en casas a media noche, agrediendo a gente con aficiones privadas, pero sin antecedentes, vas a terminar en la cárcel. ¿En qué ayuda eso a Anabelle?

Bajé la mirada.

—Tiene razón.

—Ya tienes suficiente con que lidiar —añadió—. No me obligues a sumarle cargos graves a esa lista.

El peso de esas palabras me cayó en el pecho como una piedra.

—Está bien —dije en voz baja—. Vamos a dejarlo en sus manos.

Asintió.

—Solo déjeme hacer mi trabajo, por favor. Para eso me pagan.

Asentí en respuesta mientras él regresaba a su patrulla y se subía. No mucho después, se fue a toda velocidad.

Pedro soltó un suspiro de alivio.

—Al menos no nos arrestaron —dijo, estirándose la espalda—. Eso pudo haber salido muy mal.

—El detective Gray puede parecer duro como una roca, pero le importa. Es un buen hombre.

—Somos parecidos en ese sentido —respondió Pedro con seguridad.

Le lancé una mirada exasperada.

—Cállate, Pedro.

—Guau. —Se encogió de hombros y se rió.

No me había dado cuenta antes, pero José Luis nos estaba mirando. Le hice un gesto amistoso con la mano.

—Perdón por todo el ruido —dije—. Debimos haber hecho mucho ruido. Le pido disculpas, señor.

Me mostró el pulgar en señal de aprobación.

—Todo bien. Que tenga buena noche —dijo con un acento fuerte.

Se dio la vuelta y se perdió en la noche. En ese momento, ya ni siquiera sabía si me lo había imaginado o no. Era muy tarde, y mi mente estaba nublada por el sueño.

—Pensé que habíamos encontrado humo con Lonnie, pero no había fuego, ¿eh? ¿Dónde demonios está nuestra Anabelle? —preguntó Pedro, frotándose los ojos cansados.

Iba a responder cuando sentí vibrar el bolsillo. Saqué el teléfono a toda prisa y lo desbloqueé. Era un mensaje de texto de Nathan Sol:

"¡Vi un sedán azul cerca del bar donde trabaja Pedro! ¡En Twin's Creek!"

CAPÍTULO 17

HELENA

Sabía que Pedro estaba arrepentido, profunda y desesperadamente. Lo veía en la forma en que a veces me miraba, anhelando reavivar nuestra relación, como si quisiera retroceder el tiempo y arreglar todo lo que había salido mal. Pero su arrepentimiento no borraba su infidelidad, y mucho menos deshacía nuestro divorcio.

Tenía una idea de por qué pasó, o al menos eso creía. Lo había volcado todo en Anabelle: cada minuto que estaba despierta y cada parte de mí. Ella era nuestro bebé milagro. Desde el momento en que la pusieron en mis brazos, sentí que me habían confiado algo sagrado, casi angelical. ¿Cómo no iba a entregarle todo de mí?

Quizá ese era el problema. Quizá le di demasiado a ella y no lo suficiente a él. Pedro empezó a sentirse relegado a un segundo plano. No quería apartarlo; solo intentaba proteger a nuestra frágil y preciosa hija.

Pensé que estaba haciendo lo correcto al amarla y cuidarla. Siempre intenté estar presente, pero estaba ciega al daño que se estaba causando en otro lado, entre Pedro y yo. Con el tiempo, se filtró en toda nuestra familia: la rabia, el resentimiento y todo lo demás.

El divorcio era inevitable. Fue largo y doloroso, como suelen ser los divorcios cuando hay engaño de por medio. Traté de ser civil. Fracasé. Me sentí terrible por estar jalando a Anabelle de un lado a otro como un juguete. La casa de Pedro un fin de semana, mi casa el siguiente. Ella era atormentada por transiciones y ajustes constantes.

Debió de haber sido agotador para ella. No lo vi entonces, no con claridad. Estaba demasiado metida en hacer lo que yo creía que tenía que hacer como su madre. Estaba demasiado ocupada intentando evitar que las heridas abiertas siguieran dañando a nuestra familia cuando, en realidad, ya se habían profundizado.

Por eso debió de haber salido corriendo esa noche. Había sido una acumulación gradual, una bomba esperando estallar. Era la única forma en que podía explicármelo. La única forma en que tenía sentido para mí: todo venía acumulándose desde hacía tiempo. Por eso no me escuchó.

Nunca creí que me odiara, pero podía entender cómo podía llegar a odiar la manera en que yo la hacía sentir. Pensé que la protegía estando siempre encima de ella y aferrándome con todas mis fuerzas. Pero lo único que hice fue alejarla de mí, más que nunca. Todo eso culminó en la mudanza a Whisper's Creek y en su posterior desaparición.

Estaba pagando esas consecuencias. El silencio donde debería haber estado su voz era más fuerte que mis gritos por la noche.

Twin's Creek llevaba establecido mucho tiempo y, tras cincuenta años de existencia, se había deteriorado bastante. Todo el lugar era un edificio cuadrado de una sola planta que apenas se sostenía. Tenía un techo empinado y gris, con vigas de madera que se habían torcido y ennegrecido por la lluvia y la humedad. Encima de las puertas dobles de roble en la entrada colgaba un letrero oxidado de hierro que decía: "Bienvenidos". Ni muerta me atrevería a entrar en ese establecimiento rancio, aunque me estuviera muriendo. Parecía un lugar en el que podrías perderte para siempre.

Pedro y yo esperábamos afuera, ansiosos, en el estacionamiento. Estábamos pendientes de Nathan; me había avisado que estaba cerca.

El olor a musgo y humo viejo se pegaba al aire, mezclándose con la neblina que entraba desde los bosques cercanos. Definitivamente, parecía un lugar donde las mujeres desaparecían. Volver a Whisper's Creek fue el mayor error de mi vida.

—¿Quién es este chico, de todos modos? —preguntó Pedro.

—Nos ayudó a pegar volantes de Anabelle, ¿recuerdas? Es su único amigo. Se conocieron en atletismo, en la secundaria.

Pedro me miró con una sonrisa engreída. Ya sabía lo que estaba pensando.

—¿Ese muchacho intentó algo con nuestra niña?

Me encogí de hombros. No sabía mucho de eso. Supuse que a Nathan le gustaba Anabelle, pero ella se negaba a contarme nada sobre su vida amorosa.

—No lo sé, pero confío en que tome buenas decisiones.

—Quizá por eso ahora está desaparecida —murmuró.

Me giré y le di una palmada en el brazo.

Eso fue muy grosero e injustificado, pensé.

—Ah, vete a la mierda, Pedro.

—Solo estoy diciendo lo que se me pasa por la cabeza —se defendió.

Los dos estábamos alterados después del ridículo desastre en la casa de Lonnie Jacobs, y lo estábamos desquitando el uno con el otro.

—Haz eso menos seguido, por favor, o mejor no lo hagas nunca. No creo que tengas tantos pensamientos para ventilar de todos modos —le solté.

Pedro se rió en voz alta y aplaudió.

—Bueno, vete a la mierda tú también, Helena.

Se me revolvió el estómago de irritación. Estábamos ahí para ayudar a encontrar a Anabelle, no para discutir como niños.

—Enfoquémonos en Anabelle, por favor —dijo Pedro.

—¿Ahora quieres enfocarte en ella, cuando ya no está aquí?

Lo fulminé con la mirada y apreté los puños. No iba a hacer nada; yo nunca había peleado con nadie. Sin embargo, con él habría hecho una excepción y le habría dado un buen golpe en la mandíbula.

—¡Hey! ¿Ustedes están bien?

Pedro y yo rompimos el contacto visual y vimos a Nathan parado frente a nosotros; tenía los ojos muy abiertos y se veía curioso.

—Sí, estamos bien, perdón. ¿Dónde está el sedán azul? El detective Gray llegará pronto.

—Está en el campo, allá —dijo, señalando hacia la parte de atrás de Twin's Creek, donde estaban los bosques… donde no había nada más.

—¿Seguro que lo viste ahí? Eso… o sea, solo hay árboles y campos, tierra pelada. ¿Por qué estabas siquiera por ahí? —preguntó Pedro, con evidente sospecha en la voz.

—Estaba corriendo por ahí y me desvié de mi ruta de siempre. Vi un carro abandonado y me dio curiosidad. Luego vi la publicación de Helena. No lo podía creer —explicó.

—Entonces no perdamos tiempo. Quiero verlo —dije.

Nathan nos guió por el bosque espeluznante, que parecía tan antiguo como el tiempo mismo. Los árboles se retorcían y se encorvaban como si llevaran siglos allí. Sus troncos estaban nudosos y partidos. El musgo se aferraba a todo, espeso y húmedo, amortiguando el sonido de nuestros pasos. Las ramas se arqueaban por encima, formando una sombra entre nosotros y el sol abrasador de la tarde.

El aire se volvió más pesado mientras avanzábamos. Pedro casi no podía soportarlo.

—¿Por qué se siente tan caliente aquí? Dios mío.

—Disfrute de la naturaleza, Pedro —respondió Nathan.

—Eso no respondió mi pregunta.

Nathan lo ignoró y siguió caminando. Pedro me alcanzó y me tocó el hombro. Yo me aparté y le lancé una mirada de disgusto. Él me devolvió la mirada con los labios apretados.

—¿Qué? ¿Qué demonios quieres?

—Ese chico es raro. No quiero que Anabelle ande con ese muchacho.

—Buena suerte intentando tener esa conversación con ella. Tenemos una hija muy terca. No se te olvidó eso, ¿verdad? —pregunté con sarcasmo.

Pedro sacó un pañuelo y se secó la frente. Me recordó al detective Gray haciendo lo mismo.

¿Por qué los hombres sudan tanto?

—Lo único que digo es esto: ¿y si ese asquerosito la trae aquí y hace algún ritual en el que la obliga a quitarse la ropa? ¿Qué piensas de eso?

No podía creer lo que estaba saliendo de la boca de mi exmarido. Me alegró recordar que era mi exmarido.

—Creo que necesitas calmarte. ¿Todavía consumes drogas recreativas? —lo miré directamente a los ojos, pero él evitó mi mirada.

—No. No lo hago. Y no es asunto tuyo.

—Cuando todo esto termine, ¿te importaría mudarte de regreso a Gravestone? —pregunté, harta de sus tonterías.

—No, no lo haré. Me extrañarías demasiado.

Rodé los ojos, pero sonreí. No dejé que lo notara, pero tenía razón. Lo extrañaría. No extrañaría la parte del matrimonio, sino su compañía. Lo necesitaba, y Anabelle también. Teníamos que empezar a reconstruir nuestra familia.

Finalmente, salimos por una abertura y llegamos a un campo abierto, una llanura de pasto amarillo, reseco por el sol. A lo lejos, casi no alcancé a ver una iglesia blanca abandonada, cubierta de enredaderas y otra vegetación. La pintura blanca se había pelado, dejando al descubierto la madera color hueso de debajo. Había una cruz de hierro oxidada estrellada contra una de las ventanas gigantes de la iglesia, ahora vacía.

—¡Por aquí! —gritó Nathan, señalando el sedán azul que había encontrado.

Estaba atascado en la tierra, entre musgo, hojas y otro follaje. Intentó abrir la puerta del lado del pasajero, pero estaba atascada. Pedro fue a ayudarlo, y entre los dos lograron abrirla tras un esfuerzo considerable.

Me acerqué y de inmediato me tapé la nariz. Un hedor violento y agrio salió del sedán y me invadió la nariz sin pedir permiso.

—Cristo, esto huele peor que tú —dije, refiriéndome a Pedro.

—Mi cuerpo tiene un olor natural que a algunas personas les resulta un poco fuerte. No me avergüences delante del chico —suplicó.

—Ya no soy un chico, en realidad —intervino Nathan.

Pedro se volvió hacia él y agitó un dedo delante de su cara.

—Déjame preguntarte algo, solo por curiosidad: ¿alguna vez has planeado un ritual con una mujer por estos lados?

—No, ¿por qué? ¿Ritual? ¿De qué está hablando? —preguntó Nathan con preocupación.

—Solo está intentando asustarte; no le hagas caso. Le tiene miedo hasta a su propia sombra —comenté.

Pedro resopló y negó con la cabeza. Sabía perfectamente a qué me refería.

—Te dije que ese grito no fue por eso. Creí que sentí que algo me tocó, como una cucaracha. No me gustan los bichos. No me meto con nada de eso; me da asco.

—Lo sé —respondí con sequedad, conociendo demasiado bien los gustos y disgustos de Pedro después de haber estado casada con él tanto tiempo.

Metí la cabeza en el sedán y empecé a rebuscar entre las cosas.

—Revisemos el carro, por favor —dije mientras apartaba botellas viejas de agua, recortes de periódico imposibles de leer, bolsas Ziploc llenas de arena y montones de envolturas de dulces.

Pedro y Nathan hicieron lo mismo. Revisaron la guantera y debajo de los asientos. No encontraron nada interesante.

—Espera un momento, ¿deberíamos estar haciendo esto? ¿No estamos contaminando pruebas con nuestro ADN? —preguntó Nathan, nervioso.

—Este carro está demasiado viejo para eso —respondió Pedro.

—Eso no es cierto; simplemente no toquen el volante. Si queda ADN, podrían identificar a alguien —respondí.

—Esto parece llevar aquí desde 1867. ¿Estás segura de eso? —preguntó Pedro mientras ambos salían del auto. Luego fueron al maletero e intentaron forzarlo, pero no pudieron. Estaba atascado.

—Tal vez, quién sabe. No confío en los escasos recursos del departamento de policía de Whisper’s Creek, si soy completamente

honesta. Para cuando encuentren alguna coincidencia, será demasiado tarde —dije con gravedad.

Saqué la cabeza del auto y observé a Pedro y Nathan mientras seguían forcejeando con el maletero. Lograron abrirlo apenas un poco, lo que significaba que Pedro no se iba a rendir hasta abrirlo por completo. Busqué algo que pudiera ayudar y encontré una vieja palanca oxidada tirada en el pasto, a unos metros. La recogí y se la entregué.

—Gracias, señorita —canturreó.

La metió en la abertura y empezó a hacer palanca mientras gruñía como si estuviera dando a luz, si eso fuera posible.

—¡Gaaaaahhh!

Nathan y yo lo ayudamos a levantarlo para que no se le reventaran las venas del cuello.

—¡Cling!

El maletero se abrió de golpe y un fuerte olor a óxido y químicos invadió nuestras fosas nasales. Al examinar el interior, vi galones y botellas de químicos, junto con una mezcla variada de herramientas oxidadas.

—No hay más que porquerías. Hicimos todo eso para nada —se quejó Pedro.

Un destello de luz llamó mi atención al reflejarse en un objeto dentro del maletero. Me acerqué y vi una fotografía. La agarré y la miré con atención. Era una foto borrosa de una mujer cuyos rasgos no se podían distinguir. La volteé y vi algo escrito con marcador negro:

"Fia Crabb."

—¿Quién demonios es Fia Crabb? ¿Otra víctima? —pregunté en voz alta.

—Ya llegó —dijo Nathan.

Nos apartamos del sedán cuando el detective Gray apareció, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Perdón por la demora. Estaba atendiendo una disputa de violencia doméstica y tuve que ayudar a separar una pelea de borrachos cerca del viejo asilo. La gente se mete en todo tipo de problemas en un pueblo como este cuando no hay nada más que

hacer. Por favor, pongan todo de vuelta donde estaba. Voy a registrar este vehículo.

—No hay placas ni documentación dentro del carro —le informé.

Él asintió y se puso unos guantes.

—Gracias. Me pregunto cuánto tiempo llevará aquí, simplemente abandonado.

—Lo único importante que encontramos fue esto —dije mientras le entregaba la fotografía.

La tomó con cuidado y la examinó.

—Bueno, maldita sea. Aquí sí hay algo que revisar: Fia Crabb. Nunca he oído ese nombre. Voy a buscar ese nombre a ver si aparece algo.

—Yo también.

Dejé que el detective Gray hiciera su trabajo mientras caminaba hacia la iglesia abandonada. Pedro y Nathan me siguieron.

—¿Qué crees que haya ahí dentro? —preguntó Nathan.

—No lo sé —respondí.

—Alguien haciendo un ritual —bromeó Pedro.

Lo ignoré y seguí caminando hasta que llegamos a nuestro destino.

Sorprendentemente, una de las pesadas puertas de la iglesia cedió y reveló lo que había dentro. Filas de bancas astilladas, abandonadas desde hacía mucho tiempo. Un gran órgano localizado en una esquina oscura, con las teclas cubiertas de mugre. Una mesa plana estaba cubierta con un paño lleno de polvo con candelabros derretidos encima, y detrás colgaba de la pared una cruz de hierro desgastada, a punto de caerse por completo.

Avancé un poco más hasta quedar dentro, y Pedro y Nathan estaban justo detrás de mí. A nuestra izquierda había algo pintado en rojo brillante sobre una pared blanca y descascarada. Me llamó la atención de inmediato.

Decía: *Ciclo B.T.*

¿Qué demonios significaba eso? ¿Quién era B.T.? ¿Blake Toro? ¿El novio de Laura Perdita?

CAPÍTULO 18

ANABELLE

Un latido en mi cráneo me despertó. La cabeza me palpitaba con un dolor brutal y me hundía en una espesa neblina de somnolencia. Lo que fuera que Laura o Fia Crabb hubieran usado para dejarme inconsciente todavía seguía recorriéndome el cuerpo, nublándome la mente.

Cuando logré entreabrir los ojos, mi visión estaba borrosa y la habitación estaba envuelta en oscuridad. Aun así, pude darme cuenta de que mi pie estaba encadenado otra vez, y esta vez mis manos también estaban atadas. Mi pie, el que había sido aplastado por un bloque de cemento, estaba completamente entumecido. Lo sentía bien envuelto, probablemente con gasas. Caí en la cuenta de algo: en realidad me lo habían tratado. Después de todo lo que me habían hecho, me sorprendía más de lo imaginable que me hubieran dado atención médica.

A medida que mi visión empezó a aclararse, el pavor me invadió de golpe. Sabía dónde estaba: la Habitación Prohibida.

El nombre por sí solo desencadenó algo primitivo dentro de mí. El vello de la nuca se me erizó y una ola de pánico se elevó hasta mi pecho, apretándolo. No podía respirar. Estaba hiperventilando, tomando bocanadas desesperadas de aire, intentando evitar que el terror creciente me consumiera por completo.

Bedlam estaba sentado en el rincón más alejado de la habitación, con su hacha ensangrentada y la bolsa de plástico con la cabeza decapitada que me había mostrado antes. Sentí arcadas y traté con todas mis fuerzas de no vomitar.

Fia Crabb se paró frente a mí. Parecía otra persona. Ya no se veía débil ni frágil; ahora se veía más fuerte, más fría. Era la manipuladora trastornada que siempre había sido.

Todavía no podía comprender qué había detrás de su despiadada traición. La manera en que fingió ser alguien que no era solo para ganarse mi confianza, para hacerme sentir lástima por ella cuando había estado aliada con Bedlam todo el tiempo. Todo lo que me dijo había sido mentira, y entonces supe que Laura Perdita estaba muerta, asesinada a manos de esos dos psicópatas.

Estaba desesperada, sin saber ya qué hacer. Había intentado con todas mis fuerzas escapar, pero había fallado cada vez. Pensé que me había acercado a alguien que era víctima de Bedlam igual que yo. La traición de Fia se sintió como si alguien me hubiera disparado una escopeta en el estómago y me hubiera destrozado por dentro.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor! —grité, desesperada por salir de ese lugar infernal. Quizá era una locura, pero de todas maneras ya estaba al borde de la muerte.

Fia me abofeteó con fuerza y me apretó las mejillas con violencia con su mano huesuda.

—¡No vuelvas a hacer eso! Nadie puede oírte. Te cortaremos por la mitad. Tenemos instrumentos para una tarea así. ¿Sabes lo que se siente cuando te cortan por la mitad mientras todavía respiras? Los huesos crujiendo hasta volverse polvo, la carne desgarrándose lentamente… no creo que de verdad entiendas lo que son el dolor y la agonía hasta que lo experimentas tú misma —dijo con un tono cruel y vengativo.

Sacudí la cabeza con fuerza e intenté liberarme de mis ataduras. Tenía que intentar algo para liberarme. Esos enfermos iban a matarme si no lo hacía. Era un milagro que aún no lo hubieran hecho. Solo Dios sabía qué le habían hecho a Laura Perdita.

Fia soltó mi rostro y luego me golpeó otra vez.

¡Zas!

—¡Deja de hacer eso! ¡No vas a ninguna parte! —rugió en mi cara, escupiendo saliva por todas partes.

Dio un paso atrás y me sonrió. Parecía fascinada por lo que había hecho, como si estuviera saboreándolo todo.

—Me manipulaste… todo este tiempo… ¿por qué? ¿¡Por qué!? —grité, harta de todo.

—Es sencillo quebrarte. Esto ha sido parte del ciclo. Amo y sirviente, ¿recuerdas?

Todo volvía a ese maldito ciclo. ¿Ciclo de qué?

—¿¡Por qué!? ¿¡Por qué yo!? No entiendo esta mierda. Esto es psicótico. Ustedes dos… esto no es real. ¿Cómo puede ser real? —pregunté, riendo con desesperación ante lo absurda que era toda aquella situación. Simplemente no podía creer lo que estaba pasando.

—No puedes escapar de esto, Anabelle. No hay vuelta atrás. No hay regreso después de esto. Fuiste elegida por él, por Bedlam.

Miré hacia él; estaba encorvado, observándome con frialdad, dejando que Fia dijera todo eso. Era como si hubiera cedido el control a ella. Pude ver las señales sutiles de su dinámica torcida y demente.

—¿Cuándo va a terminar? Este ciclo tiene que terminar —supliqué.

—Lo sabrás cuando esté completo.

Era una sociópata de verdad por hacerse pasar por Laura Perdita. Me sentí estúpida cuando lo comprendí. Me había dicho que hacía teatro. Había estado actuando todo el tiempo.

—Si no eres Laura Perdita, entonces ¿qué le pasó a ella? —pregunté, cansada de las mentiras y queriendo la verdad por una vez.

—No, estúpida. Ya te lo dije: soy Fia Crabb. Fingí ser Laura Perdita para ganarme tu confianza y terminar de destrozarte. Esto es el ciclo. Bedlam es mi amante. Nos conocimos en el instituto. Nos apoyamos y nos consolamos hasta que ambos logramos salir de ese lugar cruel. Nos hicieron cosas inimaginables —dijo, bajando la mirada.

Parecía que el instituto los había destrozado, tanto a ella como a Bedlam. Quizá esa era la explicación de por qué se habían

convertido en psicópatas violentos.

—¿Dónde está Laura Perdita? ¿Qué le pasó? —pregunté otra vez, necesitando respuestas.

Fia me sonrió y lanzó una mirada hacia Bedlam. Él asintió.

—Esto es todo, Anabelle. Esta es la verdad.

—Está bien… ¿cuál es?

Se acercó más a mí y examinó mis ojos cansados. Me acarició el cabello un momento y me pellizcó la mejilla.

¿Qué demonios?

—Sí que te pareces a ella —susurró.

—¡Explícalo! —gritó Bedlam.

Fia se estremeció y dio un paso atrás. Se giró hacia él y bajó la mirada. Luego se incorporó y aplaudió con entusiasmo.

—Hace tres años, Bedlam vio a una mujer con uniforme médico negro. Era Laura Perdita. La estuvo acechando en secreto durante dos semanas. Se dio cuenta de que siempre iba a la misma tienda de comestibles el mismo día, más o menos a la misma hora, por la noche, todas las semanas.

Dios mío.

Se aclaró la garganta y continuó:

—Una noche la siguió y, cuando nadie miraba, le desinfló una llanta. Esperó a que regresara y, cuando ella vio lo que había pasado, le ofreció ayuda, como haría cualquier buen samaritano. Al principio dudó, porque él era un hombre y era de noche, lo cual es comprensible, claro.

¡No debes confiar en extraños que se te acercan en la noche!

—Entonces aparecí yo. La tranquilicé porque soy buena para eso. Se me da bien fingir ser otras personas. Nos siguió hasta nuestro auto, y ahí fue cuando la dejamos inconsciente con los mismos químicos que usamos contigo. ¡Voilà! Luego la metimos en el maletero. Nadie sospechó nada. Por fin teníamos a alguien para el ciclo de Bedlam. Llevábamos mucho tiempo buscando. Necesitábamos a alguien que se pareciera a Jolie —explicó.

Sentí la garganta seca mientras intentaba tragar el nudo nervioso que se me había formado.

Tenían que ser capturados; tenían que encerrarlos en las celdas más sucias y asquerosas que existieran. Tenían que ir directo al infierno.

—¿Qué… dónde está ella ahora? —pregunté sin aliento.

Fia soltó una carcajada de lunática. Señaló a Bedlam, que levantó la cabeza decapitada.

¡Malditos!

—La matamos por intentar escapar. Lo intentó más veces que tú, y ya se estaba volviendo muy tedioso. Por eso añadimos este paso al ciclo. Yo fingiría ser Laura Perdita, ganaría tu confianza y te desanimaría de intentar escapar otra vez. Bedlam me permitió hacerlo porque es amable y generoso. Cuando tu ciclo esté completo, haremos lo mismo con la próxima víctima que encontremos. Me divertiré haciéndome pasar por ti, Anabelle. Me gusta la idea de ser una estrella de atletismo.

Tragué saliva.

¿Qué quería decir con que mi ciclo se completara?

—No creo que nadie te creyera —dije suavemente, tratando de mantener el poco orgullo que me quedaba.

—Oh, lo sé, soy una vieja de mierda. Pero la gente puede ser engañada. Hacemos que la gente dude de su propia cordura, ¿no es cierto? —dijo con alegría.

Tenía razón. No podía creer lo que estaba escuchando, lo que había vivido. Le cortaron la cabeza a Laura y la guardaron en una bolsa de plástico. Estos enfermos eran capaces de cualquier cosa.

—¿Por qué nos secuestran? ¿Cuál es la verdadera razón? ¿Por qué necesitan cumplir el ciclo? —pregunté.

—Porque Bedlam necesita dominar para ganar. Así es como sobrevivimos. Ese es nuestro propósito. Él perdió demasiado siendo Timothy Logan. Ya no puede volver a ser él.

Ese nombre no lo había oído nunca antes. Ese debía de ser el verdadero nombre de Bedlam, antes de convertirse en… Bedlam. Debió de haber dejado atrás su antigua personalidad después de salir del instituto. El abuso que sufrió debió de haber sido terrible.

¿Qué demonios te hicieron, Timothy Logan?

—¡Ese nombre está muerto para mí! —gritó Bedlam con tanta furia que pensé que se levantaría y vendría hacia mí. Me preparé para una ejecución inminente y acepté el mismo destino que Laura Perdita.

Pero no se movió. Permaneció sentado, respirando con dificultad. Me pregunté por su salud; no parecía que le quedaran muchos años de vida. El instituto debió de haberlo destruido y acortado su vida.

—Tú y Laura Perdita tienen algo en común. Cabello oscuro y ojos oscuros; las dos se parecen a ella —dijo, cerrando los ojos, recordando algo que yo no podía ver.

—Como Jolie —murmuré, como si no lo hubiera oído ya cien veces. A estas personas les encantaba repetirse. Estaban obsesionados con sus juegos enfermos.

Por el rabillo del ojo vi a Bedlam soltar el hacha y la cabeza de Laura. Se levantó lentamente y caminó hacia nosotros.

—Mi esposa, mi pobre esposa, Jolie. Ya no está. Mi dulce Jolie y… Calliope. Mi dulce niña, Calliope —dijo con tristeza.

Yo pensaba que odiaba a Jolie y que ella había causado todo su sufrimiento. Ya no sabía qué pensar. No podía creer nada de lo que salía de su boca; simplemente no estaba cuerdo.

Había tanta tristeza en sus ojos empañados. El color había desaparecido de su rostro y parecía que una parte de su mente trastornada estaba atrapada en la horrible tragedia que había vivido. Casi sentí lástima por él, pero solo por un segundo. Luego recordé enseguida que era un maldito animal que me había encerrado en una habitación sin comida ni agua.

—¿Qué le pasó realmente a Calliope? —le pregunté con suavidad.

Me miró pensativo, como si quisiera responder, pero no lo hizo. Permaneció callado y solemne. Luego regresó a su rincón de muerte y miseria.

—Deberías agradecer que te permitamos vivir un tiempo más, Anabelle. Es difícil encontrar a alguien que se parezca a Jolie. Tú y Laura son las únicas hasta ahora —reveló Fia.

Estaba destrozada. De verdad pensé que ese era el final. La esperanza con Fia había sido una trampa, y caí directamente en ella.

—Comerás cuando te lo digamos, dormirás cuando te lo digamos y escucharás. Obedecerás —ordenó Fia.

Ya no sabía qué hacer ni quién era en ese lugar. Sentía que me estaba volviendo loca, poco a poco, hora tras hora, día tras día.

Fia empezó a desatarme las muñecas. Sus dedos se movían con una calma inquietante, como si estuviera desenvolviendo un regalo en vez de liberar a una prisionera.

A su lado, Bedlam dejó caer la cabeza decapitada con un golpe sordo; el hacha cayó junto a ella con estrépito.

No luché cuando los dos me agarraron. ¿Para qué? Mi cuerpo colgaba entre ellos, sin fuerza, mientras me arrastraban escaleras abajo como una criatura muerta que acabaran de sacrificar.

La cocina apestaba de forma horrible a leche agria, carne podrida y algo aún peor por debajo de todo eso.

—Será castigada —canturreó Fia.

Abrieron su sucio refrigerador amarillento. Estaba vacío. Con razón Bedlam casi no me daba comida. No tenía nada. El óxido manchaba las esquinas de la puerta y la mugre negra se acumulaba espesa como lodo en los estantes superiores. La parte de abajo estaba vacía y tenía espacio suficiente para que una persona pequeña se sentara dentro.

No puede ser.

Antes de que pudiera moverme, me empujaron dentro junto a la cabeza decapitada de Laura. Solté un grito desgarrador.

El metal helado se me clavó en la espalda cuando las rodillas chocaron contra algo húmedo. La puerta del refrigerador se cerró de golpe, encerrándome en la oscuridad.

—Quédate ahí. Toda la noche —ordenó Bedlam desde el otro lado de la puerta.

¿Toda la noche?

El pánico trepó por mi garganta mientras jadeaba buscando aire, pero el hedor de putrefacción, bilis y carne enmohecida me ahogaba. El olor no solo me entraba por la nariz; me llenaba los pulmones, me cubría la lengua y se me metía en la piel. El hedor de la cabeza podrida de Laura era absolutamente repugnante.

Lo siento, Laura. Lo siento tanto por lo que te hicieron.

Cerré los ojos con fuerza.

Mamá tenía razón, debí haberla escuchado, debí haberme quedado en casa esa noche. Nunca debí salir a correr esa noche. Podría haber estado en casa discutiendo con mi madre por cualquier tontería, hablando por teléfono con mi padre, arrepentido, mientras me suplicaba que le diera otra oportunidad.

Pensé en mi cama caliente, en las sábanas suaves, en la comida caliente que tanto me gustaba y en las duchas frías que tanto disfrutaba después de correr durante dos horas por el bosque.

Había tocado fondo. Las horas se pasaban y el tiempo perdió sentido mientras esperaba en mi nueva celda helada. Mis dientes me temblaban violentamente y mi estómago se retorcía, vacío y dolorido. Cuánto extrañaba la comida.

Miré la cabeza de Laura y, en algún punto de la oscuridad, la cabeza se movió. Entonces lo vi: mi propio rostro, hinchado, con los labios azules y el cabello empapado en sangre. Mordí un grito. No sabía si era real. Esperaba que no lo fuera. La línea entre la ficción y la realidad volvía a desvanecerse.

Cerré los ojos otra vez, esperando escapar de ese lugar horrible. Empujé la puerta, sin éxito. Estaba cerrada con llave, por supuesto; ni siquiera sabía por qué lo había intentado.

Cuando la puerta por fin se abrió, ya no sentía los dedos. La luz me cegó. Intenté avanzar, pero las piernas no respondieron; habían estado dobladas dentro del refrigerador, en un espacio demasiado estrecho.

Ella me arrastró hacia fuera, dejando la cabeza de Laura atrás.

La voz de Fia sonaba alegre y radiante.

—¿No fue divertido?

No respondí; no quería hacerlo. Fia parecía ahora una completa desconocida, eufórica y radiante, como si nada de aquello fuera real. Ya ni siquiera podía verla como Laura Perdita, aunque en realidad nunca lo fue.

Subimos rápido las escaleras, lo que hizo que me dolieran intensamente las rodillas; sentía como si me clavaran agujas por dentro. No sabía cuánto tiempo me quedaba. Mi cuerpo no podía soportar tanto abuso.

Estábamos de vuelta en la habitación. Me arrojó al suelo y aseguró la cadena alrededor de mi tobillo. En el otro extremo estaba el bloque de cemento de siempre.

—¡Mañana será aún más divertido! —exclamó Fia, radiante.

La puerta se cerró de golpe.

Clic. Cerrada con llave.

Sola otra vez con mis pensamientos oscuros, me acurruqué en el suelo, apretando las extremidades congeladas contra mi pecho, intentando encontrar un poco de calor. Los sollozos me salían suaves y constantes. Sentía que la esperanza se me estaba desvaneciendo.

Nunca voy a salir de este infierno.

CAPÍTULO 19

HELENA

El detective Gray investigó la iglesia blanca y dijo que no encontró nada que valiera la pena seguir. Yo no estaba de acuerdo en absoluto. Algo pasó en esa iglesia; solo necesitaba descubrir qué. Había una razón por la que el sedán azul había sido abandonado allí. Algo siniestro ocurrió en esa zona; lo sentía en lo más profundo de los huesos. Nos estábamos acercando. Algo empezaba a desmoronarse, y no me detendría hasta llegar al final, fuera cual fuera ese final y lo que revelara.

El tiempo se estaba agotando; teníamos que seguir cualquier pista que pudiéramos encontrar. Cualquier pista que pudiera llevarnos hasta Anabelle, dondequiera que estuviera.

Ya había investigado a Fia Crabb por medio de mi teléfono e intentado todos los trucos posibles. Nada de perfiles en redes sociales, nada de direcciones anteriores, nada de números de teléfono. Era como si no existiera, o quizá fuera otra persona por completo, escondida detrás de un nombre falso.

Sin embargo, Gray encontró algo sobre una tal Fia Crabb, que había sido internada en un centro de salud mental hacía muchos años, pero luego fue dada de alta y declarada fallecida. La institución se llamaba el Instituto Gibraltar. Tomé nota de eso. Lamentablemente, ya no existía; lo habían cerrado y estaba

abandonado. Presumiblemente, todos los registros se habían destruido.

Después de eso, los registros de Fia Crabb simplemente se esfumaban, como si alguien la hubiera borrado del mapa. Tal vez había cambiado su nombre, o tal vez nunca fue quien decía ser.

¿Fia Crabb era una víctima, como Laura Perdita y Anabelle? ¿Había una conexión que todavía no estaba viendo?

No había registros de tarjetas de crédito, ni estados de cuenta bancarios, ni papeles de hipoteca, ni documentación de ningún tipo. Nada, salvo un título vencido de un sedán azul destartalado, la única cosa que la ataba a algo real. Después de eso, el rastro se enfrió por completo.

El detective Gray dijo que iba a levantar huellas del auto para ver si podían sacar algo útil. Para eso se necesitaban especialistas, y era difícil conseguir que alguien fuera hasta Whisper's Creek. No quería depender de eso; probablemente tomaría meses. No había manera de que yo pudiera permitirme esperar todo ese tiempo.

Le pregunté al detective Gray sobre Ciclo B.T. Él me miró sin expresión.

—Blake Toro —insistí—. Entiendo tus reservas, pero vamos, eso vale la pena volver a revisarlo.

El detective Gray se encogió de hombros.

—Tal vez. Después de que terminemos aquí.

Yo insistí.

—No podemos dejar ni una piedra sin voltear.

Él soltó una risita seca.

—He hablado con Blake tantas veces que, si no le llevo la buena noticia de que Laura está viva y bien, quizá termine disparándome.

Bajé la mirada. Si Gray no quería visitar a Blake Toro, yo lo haría. Tal vez iría con Pedro; necesitaba respuestas. Solo tendríamos que evitar otro desastre como el que tuvimos en la casa de Lonnie Jacobs.

El detective Gray nos apartó de pronto a Pedro y a mí y bajó la voz, como si fuera a compartir algo serio.

—Hace poco recibí una pista —dijo, recorriendo la iglesia con la mirada, como si alguien pudiera estar escondido cerca—. Una mujer

dijo que necesitaba hablar con la madre de Anabelle.

Luego añadió:

—Le pedí que me dijera lo que supiera, pero se negó y colgó. No entendí de qué iba todo eso.

—Vaya… qué raro. ¿Crees que tenga algo que ver con la desaparición de Anabelle? ¿Podría ser ella la responsable? ¿Y si era Fia Crabb? —pregunté con urgencia.

Gray negó con la cabeza.

—No, nos entran llamadas así todo el tiempo. Sinceramente, creo que era una loca buscando atención. Solo pensé en avisarte.

Entrecerré los ojos.

Si de verdad tuviera algo importante, ya lo habría dicho o habría pedido un rescate. Podría haber sido una broma de mal gusto.

Pedro asintió.

—Sí, o pudo haber sido una de esas adictas a historias reales de crimen buscando más información. La publicación que hizo Helena sobre el sedán azul ya empezó a moverse en redes. La gente está inventando todo tipo de locuras; el noventa y nueve por ciento es basura.

—Podría haber sido una maniobra sucia de algún periodista; yo lo sabría —añadí.

Gray nos miró de reojo.

—Sea lo que sea, tengo cosas más importantes de las que ocuparme. Voy a hacer lo posible por conseguir que procesen esas huellas.

Nos separamos, y el detective Gray se abrió paso entre el bosque de regreso al estacionamiento de Twin's Creek, donde estaba su patrulla.

Cuando nos quedamos solos, me volví hacia Pedro.

—Ciclo B.T. podría significar Blake Toro. Podría ser él; podría haber una conexión. Vale la pena investigarlo.

Pedro me dio un asentimiento tenso.

—Estoy contigo; mejor eso que quedarnos sin hacer nada, esperando a que Gray saque algo. Vamos a buscarlo y ver qué sabe de Anabelle.

—Tendremos que encontrarlo nosotros. Gray no nos va a dar nada; casi nos pegaría un tiro solo por preguntar.

Algo de "Ciclo B.T." seguía tirando de mí, como un hilo misterioso que esperaba deshacer todo lo que habíamos estado buscando.

CAPÍTULO 20

HELENA

Volvimos a mi casa. Odiaba estar en casa sin ella; era un silencio doloroso. Estaba acostumbrada a oír su risa desde tres cuartos de distancia. Y aunque seguía desaparecida, a veces todavía creía escuchar su risa, tenue y espeluznante, como si su fantasma me estuviera acechando.

Anabelle siempre estaba haciendo algo; así era ella. Incluso de niña no podía quedarse quieta: se paraba en puntas, se enredaba el cabello en el dedo y daba golpecitos en la mesa, como si no pudiera estarse tranquila.

Era impulsiva, no solo en la manera en que se movía, sino también en la forma en que "pensaba" las cosas, y a veces eso la metía en problemas. Por eso le costaba hacer amigos; esa boca fogosa soltaba palabras más rápido de lo que podía pensarlas.

El atletismo era todo su mundo. Yo la miraba desde las gradas en la secundaria, siempre conteniendo la respiración cuando se agachaba en la línea de salida, con los músculos tensos y los ojos clavados al frente como láseres. En el instante en que sonaba el disparo de salida, ella salía disparada hacia adelante, como una chispa que prende fuego. Corría como si estuviera dejando atrás a todos los que odiaba, a todos los que dudaban de ella.

—Esto es para ganar —se decía antes de cada carrera.

La recordé después de las carreras, sin aliento, con las mejillas encendidas de un rojo intenso. Incluso si no ganaba, la victoria no era su meta; lo era su sensación de libertad, y correr se la daba.

La casa quedó en un silencio extraño desde que desapareció. Los zapatos de Anabelle, sus tenis de atletismo favoritos, seguían junto a la puerta, con las suelas manchadas de tierra de la última vez que salió a correr. La carrera que quizá fue la última de su vida.

Sus medallas de oro colgaban junto al escritorio de su cuarto y tintineaban suavemente entre sí cada vez que yo pasaba. Anoche me descubrí otra vez mirando su cama vacía, sosteniendo una canasta llena de su ropa sucia, que había olvidado por completo después de todo aquel desastre.

En Gravestone, se dejaba caer sobre esa cama después de practicar, todavía sudada, con el cabello pegado a la frente, siempre riéndose mientras deslizaba el dedo por quién sabe qué en su teléfono.

Mientras yo estaba allí, como si el tiempo se hubiera detenido, no había nada. Solo quietud. Dolía de una forma que no podía describir porque nunca había vivido algo así. Era un dolor sordo y constante. Como si me hubieran arrancado algo de dentro, y no existiera forma de que esa herida sanara, a menos que Anabelle volviera conmigo, a donde pertenecía.

Anabelle llevaba varios días desaparecida, y yo le recé a un poder superior, a cualquier poder, para que regresara sana y salva. Recé para que todavía reconociera mi cara cuando lo hiciera. Esperaba que, dondequiera que estuviera, siguiera viva.

Pedro y yo estábamos frente a mi laptop, revisando artículos viejos sobre Laura Perdita, buscando cualquier pista que nos llevara a Blake Toro.

—¿Encontraste algo? —pregunté, apartando la mirada de la pantalla para mirarlo.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Pero estaba metida en teatro local, comedia de sketches, obras, cosas así. Ahí fue donde conoció a su novio, Blake Toro.

Me incliné un poco más, tratando de imaginármelo.

—¿Teatro comunitario local?

—Sí. Al parecer, quedaba como a cinco minutos de su casa. El teatro cerró, como todo lo demás en este lugar de mierda.

—Espera, déjame ver. —Acerqué el zoom en una de las fotos; Laura estaba sonriendo, con los brazos descansando con naturalidad sobre el hombro de Blake. Detrás de ellos había un letrero de calle descolorido y el número de una casa: 0901, 7th Lochlear Lane.

Sentí que el corazón me daba un vuelco; por fin teníamos por dónde empezar. Podríamos ir a ver a Blake Toro.



Condujimos hasta 7th Lochlear Lane. El sol de la tarde ya iba cayendo y se colaba por el parabrisas de la camioneta de Pedro. Pasamos por un vecindario pequeño, con casas bajas de un solo piso, patios descuidados, ventanas cubiertas con tablas de madera y fachadas grises. Parecía un maldito cementerio.

No nos tomó mucho encontrar la casa con el "0901" desvanecido. Se veía habitada, pero gastada; no parecía bien cuidada. Supuse que Blake dejó de intentar mantenerla cuando Laura desapareció; el pobre hombre probablemente había renunciado a vivir.

Estacionamos a un lado de la calle, cerca de la casa, y nos bajamos, avanzando despacio hacia la puerta principal. Pedro tocó. El hombre que creíamos que era Blake Toro abrió, con los ojos fríos, como si no hubiera visto la luz del sol en muchísimo tiempo. Apenas nos miró.

Era un hombre pálido y delgado, con tatuajes de calaveras a lo largo de los brazos. Tenía el cabello oscuro, desordenado, recogido en un moño apretado. Parecía de unos treinta y pocos años.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —Su voz era áspera e impaciente; no quería que nadie lo molestara.

—¿Eres Blake Toro? —pregunté lo más amablemente posible.

—Sí.

Me aclaré la garganta.

—Blake, entiendo que esto pueda ser difícil de hablar, pero necesitamos hablar de Laura y de la posible conexión entre su desaparición y la de nuestra hija desaparecida, Anabelle.

La mandíbula de Blake se tensó con irritación.

—Ok, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

Dudé, sorprendida por su tono áspero, pero tenía que entender de dónde venía. Él todavía estaba muy afectado por la desaparición de Laura.

—¿Sabes si Fia Crabb es un alias que Laura pudo haber usado? ¿Ese nombre está asociado con ella de alguna manera? Tal vez era un nombre artístico. Noté que en algún momento estuvo involucrada con un teatro comunitario local.

Blake soltó una risa burlona.

—¿Fia Crabb? ¿De qué mierda estás hablando? Estás loca.

La voz de Pedro intervino, baja y áspera.

—Oye, amigo, no la llames así. Solo estamos tratando de conseguir información; nuestra hija lleva días desaparecida.

Blake nos mandó a la mierda con un gesto.

—¡Oye, amigo! ¿Qué tal esto? ¡Váyanse a la mierda!

Pedro murmuró:

—Guau. Qué amable.

Cerró los puños y yo esperé en silencio que no hiciera algo estúpido. Le agarré el brazo y lo empujé, indicándole que se calmara. Pedro apretó los dientes, pero obedeció y se alejó de la puerta. Empezó a inspeccionar la parte trasera de la casa de Blake.

Le leí la expresión de inmediato; sus ojos encontraron algo detrás de la casa, y me hizo señas para que me acercara. Corrí hacia él y vi lo que había visto: dos cruces de madera apoyadas contra la cerca en el patio trasero, que por lo demás estaba vacío.

—¿Qué carajos es eso? —preguntó Pedro en voz alta, con la sangre hirviéndole de repente.

La cara de Blake se retorció de rabia cuando salió de la casa y se acercó a nosotros; por fin había perdido la paciencia.

—¡Nada que necesites saber, hijo de puta!

—A ver —gruñó Pedro.

Blake se lanzó sobre él y lo tiró al suelo. Pedro cayó y soltó un gruñido.

—¡Blake, no, basta! —Me interpuse con las manos en alto, pero me apartó como si nada.

Se montó encima de Pedro y empezó a darle, con los puños golpeando los brazos cruzados de Pedro.

Pedro, impulsado por la ira, logró ponerse en pie tambaleándose y se lanzó contra Blake, derribándolo. Cambiaron de posición antes de que empezara a devolver los golpes.

—¡Helena, revisa las cruces! ¡Ahora! —me gritó Pedro.

Salté por encima de la cerca, con el corazón martillándome en el pecho. La primera cruz era simple, con letras desvanecidas pero legibles:

DESCANSA EN PAZ
Laura Perdita.

La segunda no tenía nada escrito, ningún nombre. Solo una cruz de madera afectada por el clima.

Me quedé helada y se me cortó la respiración.

—No… no puede ser —susurré, mientras las peores ideas me inundaban la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué es? —La voz de Pedro estaba frenética.

Sentí que los ojos me ardían de lágrimas mientras miraba la cruz sin nombre, mientras aquel silencio terrible gritaba una posible verdad que yo no estaba lista para enfrentar. El cuerpo me empezó a temblar cuando tropecé de vuelta por el patio, por encima de la cerca, con la respiración entrecortada y la visión borrosa.

—Son tumbas —dije—. Una dice Laura Perdita. La otra no dice nada. Está en blanco. ¿Quién puede ser? ¿Para quién es eso? ¿Quién es?

La cara de Pedro se tensó. Volteó hacia Blake, que seguía atrapado debajo de él, respirando fuerte.

—Empieza a hablar —escupió Pedro—. ¿Por qué la cruz dice Laura Perdita? ¿Por qué la otra no tiene nombre? ¿Para quién carajos es? ¿Quién murió? ¿Quién es?

Blake se retorció debajo de él, con los ojos desorbitados.

—¡Era para mí! ¡Para mí!

Parpadeé.

—¿Qué?

—¡Las dos están vacías! —jadeó Blake—. Jesús, hombre. ¡Ustedes tienen el cerebro de un cactus! Hice las paces con esa situación, ¿ok? Perdí la esperanza con Laura hace mucho. Acepté que estaba muerta porque ese detective viejo no hizo ni mierda. La otra… es para mí. Todavía no he tenido los huevos de jalar el gatillo. La amaba. Teníamos una buena vida. Luego todo se fue al carajo y… nada ha vuelto a ser igual; nunca lo será.

Se desplomó bajo el peso de Pedro, como si la confesión lo hubiera vaciado por dentro. Ya no quería pelear. Pedro se apartó despacio, todavía tratando de recuperar el aire.

—Carajo —murmuró—. Lo siento, hermano.

Llamé a Gray con los dedos temblorosos. Teníamos que explicar la situación antes de que se saliera de control otra vez.

—Detective, estamos en la casa de Blake Toro. Necesitas venir ya.

Gray llegó en su patrulla, rápido y furioso. Frenó con un chirrido en medio de la calle y salió volando del auto, azotando la puerta del conductor detrás de él.

—¿Qué carajos estaban pensando? ¿Otra vez con esta estupidez? —nos ladró—. Ustedes dos me están dejando sin paciencia. ¡Les dije que me dejaran hacer mi trabajo!

Blake levantó una mano débilmente.

—Yo empecé; yo lo ataqué primero. No es culpa de él. Es culpa mía. No ha pasado nada.

Pedro se sacudió el polvo de los pantalones y asintió.

—No voy a presentar cargos ni nada.

El detective Gray lo fulminó con la mirada.

—Tienes suerte de que él tiró el primer golpe. La próxima vez, déjame manejarlo a mí.

Pedro levantó ambas manos.

—Tienes razón. Es culpa mía.

Blake suspiró, exasperado.

—Está bien, hombre. No quiero lidiar con esta mierda. No hace falta empeorarme la vida más de lo que ya está.

Gray se volvió hacia nosotros, todavía enojado, pero suavizó un poco la expresión.

—Bueno. Ahora que esa locura ya se acabó, no encontramos ninguna conexión entre "Ciclo B.T." y Fia Crabb. Fia sigue estando muy muerta. No hay nada sólido. Solo teorías que no llevan a ninguna parte. Lo siento, sé que no es lo que quieren oír.

Sentí que el estómago se me hundía de decepción, pero seguí escuchando.

—Miren —continuó Gray, pasándose una mano por el cabello ralo —, yo hago lo que puedo. Tengo cinco casos abiertos y ni una maldita ayuda. Es difícil dar seguimiento cuando no hay pistas concretas y no hay evidencia. Estoy haciendo lo mejor que puedo para que este caso no se nos enfríe.

Asentí.

—Lo entiendo. De verdad. Gracias por su ayuda, detective.



Condujimos en silencio, derrotados, por una carretera que atravesaba los árboles. El cielo estaba cubierto de nubes grises, señal de que se avecinaba una tormenta fuerte.

Me quedé mirando por la ventana, intentando sacudirme la sensación de fracaso que se me enroscaba en el estómago. Blake Toro no estaba involucrado. Estaba quebrantado, sí, y atormentado, pero no era un monstruo, lo que significaba que no estábamos más cerca de encontrar a Anabelle ni de entender qué le pasó a Laura.

Sentí que me estaba hundiendo.

El ciclo… esas iniciales… ¿Alguien nos está provocando?

—De verdad pensé que teníamos algo con Blake Toro —dijo Pedro en voz baja—. Tal vez hasta la verdad, ¿sabes? Por fea y horrible que fuera… al menos habría sido el final de esta pesadilla.

Hizo una pausa.

—Si no es Lonnie Jacobs, si no es Blake Toro… ¿entonces quién carajos es? ¿Quién se llevó a nuestra niña? ¿Quién pudo haber hecho esto?

Asentí despacio. Estaba empezando a perder la esperanza, y eso no era nada bueno.

—No dejo de pensar en… ese día —dije en voz baja.

Él no preguntó cuál. Sabía a cuál me refería.

—¿Crees que nuestro pasado volvió a cobrarnos algo? —susurró—. ¿Pero por qué ahora? ¿Por qué así? Nosotros no hicimos nada malo. De verdad. Ha pasado demasiado tiempo.

—No lo sé. Algo nos trajo de vuelta aquí, a Whisper's Creek. Nunca debimos regresar.

El auto siguió rodando. El aire entre nosotros se volvió más frío y más pesado. Empezó a llover, con gotitas golpeando el parabrisas. El pasado había vuelto para acecharnos, y no sabíamos por qué. Nunca hicimos nada malo. Solo hicimos lo que creímos que era correcto.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Pedro.

Pensé en Fia Crabb; a pesar de estar oficialmente muerta, todavía podía ser una pieza faltante del rompecabezas. Había sido internada en el Instituto Gibraltar. ¿Ciclo B.T. tenía algo que ver con ella? Valía la pena investigarlo. No teníamos nada más.

—Necesitamos averiguar más sobre ese Instituto Gibraltar que cerraron.

CAPÍTULO 21

ANABELLE

No podía permitirme darme por vencida en la casa de horror de Bedlam.

Cada vez que el pánico me subía al pecho, cuando el hedor de mi propia mierda se me impregnaba en la piel, cuando el frío del cuarto me penetraba hasta los huesos, cuando pensaba que nunca iba a salir, me repetía una sola cosa: "Si me doy por vencida, ellos ganarán".

Ese lugar parecía hecho para torturarme poco a poco. Mi cuerpo, mi nombre, mis recuerdos… todo se me iba desvaneciendo.

Pero aún recordaba lo poco que quedaba de quien era. Iba a seguir luchando. Iba a sobrevivir, incluso cuando ya no me quedaran fuerzas; las sacaría de donde fuera, de ese fuego que me ardía por dentro.

Recordé la risa de Nathan y la forma en que me sostenía la cara, como si yo fuera algo frágil, algo digno de proteger. Recordé a mi mamá en la cocina, tarareando y bailando una canción vieja que sonaba demasiado fuerte, la misma que yo le gritaba que apagara, aunque en secreto me encantaba verla bailar feliz. Recordé a mi papá maldiciendo a los insectos asquerosos, pero aun así matándolos por nosotras, sin importar lo fuerte que gritara primero.

Ellos eran mi gente, lo que me mantenía en pie. Me aferré a sus recuerdos como a una armadura porque, si los olvidaba aunque fuera por un momento, sentía que me iba a venir abajo y que todo se desmoronaría.

Si perdía, si moría… ¿entonces para qué habría servido resistir tanto tiempo?

Tenía que mantenerme alerta y despierta, porque incluso si nadie venía, incluso si nadie iba a encontrarme jamás… aun así tenía que salir con vida. Me lo debía a mí misma.

Saqué una astilla de una tabla del piso, despacio y con cuidado de no hacer ruido. La madera crujió apenas, seca y frágil por años de abandono. Noté que tenía las uñas partidas y los dedos llenos de mugre, pero no me detuve.

Necesitaba una astilla, algo pequeño y afilado. Algo que reemplazara la navaja improvisada que había sacado del cepillo de dientes.

Cuando por fin la saqué, la escondí en mis shorts.

A través de la pared, oí movimiento y voces. Venían.

Fia entró primero, con una sonrisa enorme que habría asustado a cualquier grupo de niños. Bedlam entró detrás de ella, como una sombra. Estaba en silencio, pero imponía, y llevaba algo en la mano.

—Bien —dijo Fia, ladeando la cabeza como una enferma—. Estás despierta.

Mi respuesta fue un gruñido.

La sonrisa se le borró de la cara.

—Hoy no hay agua.

Entonces me echó agua encima.

—Bebe.

Se rió. Era un balde entero, helado e implacable. Yo jadeé, temblando al instante mientras me empapaba la ropa. Ya estaba harta del agua fría.

Bedlam me lanzó algo a los pies: una bolsita de papas.

La abrí despacio. Dentro había una sola papita. Su crueldad no tenía límites.

La papita estaba dentro de un nido de bichos retorciéndose: escarabajos, larvas y patas espinosas temblando contra el aluminio

brillante.

Asqueroso.

La tiré a un lado mientras la bilis me subía por la garganta.

Fia se carcajeó.

—Ay, no seas tan dramática.

La recogió y la agitó delante de mí.

—Estuve así de cerca de obligarte a comértelo, pero tengo otra cosa planeada. Algo que vale más la pena.

Salió del cuarto junto con Bedlam.

Quise lanzarme encima y clavarle la astilla, verle los ojos llenarse de sangre. Eso me habría hecho sentir mejor.

Si alguna vez intentaban obligarme a comer bichos, de verdad, yo habría perdido la cabeza.

Un recuerdo de Nathan me cruzó por la mente.

Una tarde en el parque, algo me cayó encima: un escarabajo, una abeja o algo que hacía clic al moverse. Yo grité como loca, sacudiendo el brazo con tanta fuerza que casi sentí que se me desprendía. Nathan se rió, tranquilo como siempre, y lo atrapó con cuidado entre las manos. Lo llevó a un arbusto cercano y lo soltó.

—Es un escarabajo negro —dijo—. Un poco feo, pero inofensivo.

Extrañaba poder asquearme por cosas normales. Nada era normal en ese calabozo infernal.

Fia regresó con un frasco grande de vidrio en las manos. Estaba lleno de gusanos blancos, retorciéndose sin parar.

—Vamos a jugar un juego —dijo, con los ojos brillándole de malicia—. Te lo vas a equilibrar en la cabeza y, si se cae y se rompe, te los comes. Si te niegas, te cortamos la cabeza y te ponemos en la fila, después de nuestra última paciente: la señorita Laura Perdita. ¿Qué te parece? —preguntó, enseñando los dientes.

Ay, vete a la mierda, vieja.

No discutí y me enderecé, ignorando el dolor en la espalda y las punzadas en el cuello y en las piernas; mi cuerpo ya había recibido una paliza tremenda. Se paró frente a mí y colocó el frasco con cuidado, justo en el centro de mi cabeza.

—Muy bien —dijo—. Ahora quédate bien quieta.

Me concentré en el peso del frasco y en cómo se movía cada vez que respiraba. Reprimí cualquier impulso de moverme, cada espasmo, cada temblor. Ni loca iba a meterme en la boca nada de lo que hubiera en ese frasco.

Me encerraron en un cuarto sin comida ni agua, y lo aguanté. Me metieron en un refrigerador helado con la cabeza cortada de una mujer muerta, y lo aguanté.

Pero si intentaban obligarme a meterme bichos blancos, babosos y asquerosos en la boca… iba a pelear hasta mi último aliento.

Los minutos pasaban lentamente mientras los brazos me temblaban y la columna me gritaba de dolor. No me atreví a moverme. Al final, el frasco nunca se cayó.

Fia aplaudió como si acabara de ganar un premio en una feria.

—Mira nada más —dijo, sorprendida—. ¡Te ganaste cenar con nosotros esta noche! ¡Yay!

No dije ni una sola palabra; no confiaba en mí misma para hacerlo. Había muchas cosas vulgares e indecibles que quería escupirle a Fia Crabb en la cara.

Ella se inclinó más cerca, con voz suave y juguetona:

—Yo soy la creativa, ¿sabes?, cuando se trata de nuestra diversión con el ciclo. Bedlam solo piensa en cosas oscuras y maldosas, pero no te preocupes… apenas estamos empezando.

Se me revolvió el estómago.

Por favor, pensé. *Por favor, no me digas que vamos a cenar la cabeza de Laura.*

CAPÍTULO 22

HELENA

La suelo de grava crujió bajo nuestras botas cuando bajamos del carro. Seguía lloviendo. El viento traía un olor metálico, como óxido mezclado con piedra mojada. El edificio se alzaba frente a nosotros: tres pisos de ladrillo envejecido y ventanas rotas. El letrero viejo todavía colgaba, apenas: EL INSTITUTO GIBRALTAR – SALUD MENTAL Y BIENESTAR, aunque la mitad de las letras se habían borrado hasta volverse símbolos ilegibles.

—Tenebroso —murmuró Pedro.

El lugar se sentía embrujado, no por fantasmas, sino por todo lo que habían dejado atrás. Era casi como si todos los gritos y lamentos de dolor y sufrimiento siguieran resonando a nuestro alrededor, contándonos una historia sobre los olvidados… sobre los antiguos pacientes del Instituto Gibraltar.

La reja de hierro estaba torcida, abierta como si alguien hubiera irrumpido por ahí años atrás y nadie se hubiera molestado en arreglarla. Entramos con cautela y agachamos la cabeza para pasar por debajo de una baranda deformada. Cuando logramos entrar al edificio, noté de inmediato la diferencia en el aire: era más frío, rancio y polvoriento. No había señales de que nadie hubiera entrado ahí en años.

Avanzamos hacia el vestíbulo principal, con las baldosas agrietadas crujiendo bajo nuestros pies. Las paredes estaban manchadas y descascaradas; viejos carteles médicos colgaban arrugados por los bordes. Una silla de ruedas rota yacía de lado cerca del mostrador de recepción, y una camilla destrozada, con cobijas desteñidas, descansaba junto a una máquina expendedora de refrescos vacía, con el vidrio hecho añicos.

—Jesús —susurré—. Este lugar se fue al demonio.

Pedro sacó el teléfono y encendió la linterna; apuntó hacia el pasillo.

—¿Seguro que podemos entrar aquí?

—No vi ningún letrero prohibiendo el paso —respondí—. No actúes como si te importaran esas cosas —añadí.

Pedro soltó una risa.

—¿Tú crees que nos encontremos a otro tipo en tanga?

Le lancé una mirada fulminante.

—No sé, ¿te estás ofreciendo?

Sonreí para mis adentros al ver su cara de desconcierto.

—Qué graciosa —murmuró.

Seguimos avanzando por el edificio, pasando junto a partes del techo derrumbado, tejas rotas y puertas apenas colgando de las bisagras. En algún punto de la oscuridad, el agua goteaba con insistencia.

Entonces lo vimos, pintado con aerosol sobre la pared de baldosas agrietadas de lo que debió haber sido una sala de terapia:

Ciclo — B.T.

Lo reconocí de inmediato. Era la misma letra y la misma pintura roja. El mismo mensaje que ya habíamos visto.

El pulso se me disparó; tenía que significar algo. Si no era Blake Toro, ¿entonces quién? ¿Y qué significaba?

Saqué el teléfono y llamé al detective Gray.

Contestó al segundo tono.

—Gray.

—Soy Helena —dije—. Estamos en el Instituto Gibraltar…

—¿Qué demonios hacen ahí?

—Lo encontramos otra vez. El mismo mensaje: "Ciclo — B.T.".

Hubo una vacilación en su voz, luego un suspiro cansado.

—Ese lugar lo han invadido cientos de veces. Los chicos van ahí a drogarse, hacer tonterías y pintar porquerías en las paredes. No es nada por lo que debas alterarte.

Tenía que ser más que unos chicos haciendo tonterías; era algún tipo de mensaje. Tenía que serlo.

—¿Crees que esto es solo vandalismo?

—Creo que es un callejón sin salida —respondió sin rodeos—. Y creo que alguien como tú es lo bastante inteligente para saberlo.

Me negaba a creerlo.

—Pero ya es la tercera vez que lo vemos. Las mismas palabras. La misma pintura. Esto no es coincidencia…

—Helena —dijo, interrumpiéndome—. No es una pista. Es grafiti. Seguramente lo hizo algún chico drogado con cualquier pastilla que le robó a su abuela. ¿Quieres que vaya a buscar a cada adolescente que ha pintado una pared en este pueblo?

Apreté la mandíbula y aferré el teléfono con más fuerza.

—Estamos perdiendo tiempo —insistí—. ¿Y si sí es una pista? ¿Y si alguien está tratando de dejar un mensaje y tú solo…?

—Es vandalismo. Nada más. Me tengo que ir.

Colgó. Me quedé mirando el teléfono en mi mano, derrotada.

—Déjame adivinar —dijo Pedro—. No se lo está tomando en serio.

—Cree que no significa nada —murmuré—. Cree que es cosa de algún chico pintando paredes.

Pedro soltó una risita y volvió a mirar el grafiti.

—Sí, claro. Porque los drogadictos normalmente dejan una cadena de mensajes raros que podrían estar relacionados con mujeres desaparecidas.

Volví a mirar el mensaje: *Ciclo — B.T.*

Había algo deliberado en eso, como si quisiera que lo encontraran.

—Vámonos de aquí. Vamos a investigar la historia de este lugar.

No había mucha información útil sobre el Instituto Gibraltar en internet. Solo encontré datos generales sobre cuándo abrió, qué tipo de servicios ofrecía y cuándo cerró. Tendríamos que ir a la biblioteca local y revisar los archivos viejos de periódicos para encontrar lo que necesitábamos.

El lugar estaba casi vacío, salvo por una bibliotecaria aburrida en el mostrador y una anciana dormida en un sillón de lectura junto a las ventanas. Pedro y yo nos sentamos en una mesa de madera rayada, al fondo, con una pila de periódicos viejos, desgastados y amarillentos entre los dos. Las páginas estaban tan frágiles que me daba miedo que se deshicieran en mis manos. Me aseguré de pasarlas despacio y con cuidado, tanto para que no se volvieran polvo como para encontrar exactamente lo que buscaba.

Casi se me detuvo el corazón cuando vi el titular:

"EL INSTITUTO GIBRALTAR ABRE SUS PUERTAS AL PÚBLICO"

Saqué ese periódico de la pila de inmediato y empecé a leer en busca de cualquier dato importante. Le sacudí el brazo peludo a Pedro para que prestara atención. Él levantó la cabeza, listo para escuchar lo que iba a leer.

—El instituto abrió en 1949, fundado por un hombre llamado Corbin Gibraltar II. Quería ayudar a los enfermos mentales y a los considerados dementes después de que su abuelo, Dalton Gibraltar, asesinara a su único hijo, Corbin Gibraltar. Corbin II quería encontrar las razones psicológicas y las motivaciones detrás del acto asesino de Dalton. Según una fuente, lo mató aplastándole la cabeza con una barra de hierro después de pelear por quién era el verdadero patriarca de la familia —leí en voz alta—. Madre de Dios —jadeé.

Pedro me miró, horrorizado.

—¿Qué clase de hombre asesina a su propio hijo?

Seguí leyendo.

—Corbin II publicó un artículo polémico que fue criticado fuertemente por profesionales y expertos en salud mental debido a sus afirmaciones "escandalosas", en el que sostenía que algunas personas que sufren abuso físico y psicológico severo entran en lo que él llamaba un estado asumido de "Amo", en el que deben encontrar a un "Sirviente" al que dominar y maltratar para poder "ganar". Lo llamó la teoría del Amo y el Sirviente —negué con la cabeza—. Lo que sea que eso signifique —murmuré, confundida.

—Entonces, ¿es puro disparate? —preguntó Pedro.

Me encogí de hombros. No sabía qué pensar. Los Gibraltar tenían un historial familiar completamente retorcido.

—Tal vez, no sé. Suena a que solo intentaba entender por qué su padre fue asesinado a manos de su propio abuelo.

Pedro se enderezó en la silla y cruzó los brazos. Me miró pensativo y pareció ordenar en su cabeza lo que iba a decir antes de soltarlo.

—Tal vez ahora mismo tengo el cerebro hecho puré, pero ¿qué le pasó a Dalton cuando era joven? ¿Algo fuera de lo normal? ¿Había alguna razón psicológica por la que cometería un crimen tan atroz?

Tenía razón; algo traumático debió de haberle pasado. Tal vez eso explicaba cómo alguien podía llegar a golpear a su hijo hasta matarlo. Eso sí era estar trastornado más allá de lo imaginable.

Busqué entre una pila de recortes que quizá explicaran algo sobre el pasado de Dalton. Al final encontré uno que ampliaba aún más la historia de la familia.

—Corbin II afirmaba que, cuando Dalton era niño, lo encerraban en una jaula como castigo por faltar a la escuela y pelearse con sus compañeros. A menudo hacía con otros lo mismo que habían hecho con él. Aunque aquello había ocurrido cuarenta años antes, todavía lo enfurecía; las cicatrices nunca cerraron.

Pedro soltó una risa seca y se irritó.

—¿Encerrarme en una jaula como a un animal? ¿Y luego te sorprendes de que me comporte como uno? —dijo en voz alta, impactado por lo que estaba oyendo—. No le haces eso a un maldito niño. ¿Qué demonios le pasa a esa familia?

—Con razón no pudiste encontrar nada de esto en internet. Es un milagro que siquiera existan estos artículos. ¿Encontraste algo que valga la pena mencionar en tu pila? —pregunté.

Pedro revisó con atención su montón de periódicos y recortes. Empezó a negar con la cabeza.

—No, no veo… —se quedó callado y se detuvo en seco al encontrar algo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Encontré algo de 1985. Dice que el Instituto Gibraltar había estado rodeado de acusaciones de abuso y rumores de actos de crueldad terribles contra los pacientes que vivían dentro. Se rumoreaba que un hombre llamado John G. Bedlam había maltratado a varios pacientes. Sin embargo, nunca se presentaron

cargos formales contra él, y la administración tampoco lo sancionó de ninguna manera. No hay más información.

Saqué el teléfono y busqué rápidamente ese nombre: John G. Bedlam. Revisé varios resultados sin encontrar nada al principio… hasta que di con un foro oscuro en línea donde hablaban de prácticas abusivas en cierto "instituto" sin nombrarlo. Lo que lo delataba era un detalle clave: un usuario decía que lo había fundado un hombre que creó la muy polémica teoría del Amo y el Sirviente.

—¿Qué estás buscando?

—Cualquier información adicional que pueda encontrar sobre el Instituto Gibraltar usando ese nombre: John G. Bedlam.

Pedro se inclinó más cerca, intentando ver la pantalla de mi teléfono por encima.

—¿Encontraste algo?

—No, pero sigo viendo este comentario en todos los foros que he visitado. Es de un usuario anónimo. Lo único que repite es: "Por favor, llámenme, John G. Bedlam. Por favor, llámenme. Cualquiera. Cualquiera que haya trabajado en el Instituto Gibraltar. 905-103-1027".

—Eso está muy raro. ¿Quién demonios podría ser? —preguntó Pedro mientras intentaba bajarme el teléfono con el dedo índice para ver mejor lo que le estaba mostrando, antes de que yo se lo quitara de golpe y le lanzara una mirada de reojo.

Pensé que era una pista casi imposible de seguir, pero aun así le mandé un mensaje rápido al detective Gray para confirmar si era el mismo número que había estado llamando a la estación de policía, el que creíamos que pertenecía a algún loco buscando información sobre el caso de Anabelle. Me respondió unos minutos después: "Sí, es el mismo".

Jadeé.

—Dios mío.

No sabía qué conexión acababa de encontrar, pero pronto lo averiguaría.

Pedro se levantó de golpe y corrió hacia mí.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

Le levanté un dedo para indicarle que necesitaba un segundo. Marqué el número rápidamente y llamé. Después de unos cuantos tonos, alguien contestó.

—Hola, ¿quién habla?

—Me llamo Helena Flores. ¿Ha estado intentando comunicarse conmigo? ¿Quién es usted?

Hubo una pausa. Pensé que la persona iba a colgar, como si quisiera negarse a decir cualquier cosa más.

—Dios mío. Vaya… esto es abrumador. Sí… he querido hablar con usted. Es solo que… no sé cómo va a sonar esto —dijo la voz, nerviosa.

La nariz de Pedro casi tocó la parte trasera de mi teléfono.

—¿Qué demonios está pasando? —susurró con furia.

Lo hice callar y lo empujé suavemente hacia atrás.

—¿Qué quería decirme? ¿Es sobre mi hija? ¿Es sobre Anabelle? Por favor, he estado intentando encontrarla. Si sabe algo, por favor, dígamelo.

Otra pausa. El silencio me estaba matando. Necesitaba saber por qué esa mujer quería hablar conmigo.

—Tenemos que hablar en persona. Voy a ayudarla lo mejor que pueda. Se lo prometo, haré todo lo posible. Tiene que confiar en mí.

Los nervios se me pusieron de punta mientras el corazón me martillaba en el pecho. De verdad esperaba que aquella mujer pudiera darme las respuestas que necesitaba para encontrar a Anabelle; recé para que siguiera sana y salva.

—Está bien, lo haré. Pero ¿quién es usted? —pregunté.

—Jolie. Me llamo Jolie Logan.

CAPÍTULO 23

ANABELLE

Soñé que volvía a correr. El sol brillaba con fuerza, abrasándome la piel y secándome el sudor mientras arrancábamos a toda velocidad, con el viento fresco y la pista reseca y tostada bajo mis pies. El aire olía a hierba recién cortada, mezclado con el leve olor a gasolina de las podadoras. Nathan iba delante de mí, sus piernas cortando el aire una tras otra, los ojos fijos al frente con un solo objetivo: la victoria. Se había adelantado rápido, con los músculos trabajando el doble. Sabía cómo impulsarse hacia adelante, cómo sacar ese esfuerzo extra que todos, en secreto, envidiábamos.

Intenté alcanzarlo, pero supe que ese día no iba a poder. El sol estaba demasiado fuerte, pero eso no importaba. Cuando cruzó la meta primero, su cara explotó en una sonrisa tan grande que le iluminó el cuerpo entero de alegría. Yo llegué poco después, con las rodillas ardiendo, las piernas adoloridas y rígidas; necesitaba un baño de hielo después de esa carrera.

La multitud, empapada en sudor, rugía en las gradas a ambos lados de la pista, coreando su nombre y celebrando su victoria más que merecida. Los otros corredores, los que habían perdido, se quedaban cerca, mirándolo con celos; esa derrota reciente debió de haberles picado el ego. Le lanzaban miradas feas cuando él los

miraba, susurrándose comentarios crueles entre ellos; me daba escalofríos.

Yo le sonreía de oreja a oreja, jadeando como una perrita deshidratada, tratando de recuperar el aliento, con la garganta más seca que el desierto del Sahara. Mientras el corazón me martillaba el pecho, respiré hondo para enfriarme.

Vi cómo la alegría de su victoria se le iba apagando, y la tristeza ocupaba su lugar por la forma en que lo trataban los otros corredores. Ni una sola felicitación de su parte.

Extendí la mano y lo jalé hacia mí, bajo la sombra de un roble junto a la pista.

—Ignóralos —le dije en voz baja—. No saben por lo que has pasado. No saben lo duro que has trabajado para llegar hasta aquí.

Nathan negó con la cabeza, y la confusión le oscureció la cara.

—¿Por qué me odian? No es mi culpa ser más rápido. Si yo fuera ellos, lo usaría como inspiración para mejorar y ganarme la próxima vez. Trabajé como un buey para lograr esto y poder ir a la universidad con una beca.

Asentí, viendo cómo su cara se suavizaba con incredulidad por lo que le estaba pasando otra vez.

—Son mezquinos y envidiosos. Siempre lo son. Pero tú te ganaste cada segundo allá afuera.

Él pateó unas piedritas sueltas bajo el árbol y levantó la vista al cielo sin nubes.

—Es que no quiero que me odien por algo en lo que soy bueno; no tiene sentido.

Le apreté la mano.

—Yo no te odio.

Él me sonrió radiante, con los ojos brillándole de una felicidad renovada.

—Lo sé.

Después de la carrera, nos quedamos bajo las ramas extendidas de un roble más grande, justo más allá del borde de la pista, lejos de las gradas, de los corredores y de todo el mundo.

Un campo de pasto se extendía a nuestro alrededor, verde y vibrante, con las hojas moviéndose con la brisa. Un viento fresco

levantó de golpe un montón de hojas apiladas cerca, haciéndolas crujir bajito.

La sombra del árbol nos salvaba del sol brutal que caía sobre el resto de la pista. Ahí todo estaba tranquilo. Solo se escuchaba, de vez en cuando, un silbato lejano de los entrenadores y el sonido de una podadora cortando césped.

Era el tipo de lugar donde el tiempo se me hacía más lento, donde el ruido del mundo desaparecía y, por un ratito, me sentía libre.

Me interrumpió un zumbido familiar en el bolsillo. Molesta, saqué el teléfono y miré la pantalla con la mandíbula apretada; el nombre de mi mamá parpadeaba insistente. Una ola de irritación me recorrió el cuerpo. No quería lidiar con sus regaños, sus preguntas interminables ni con la manera en que siempre intentaba controlarlo todo. Ignoré sus llamadas, dejando que sonaran hasta que por fin se rindiera.

Nathan se dio cuenta de lo que estaba haciendo y frunció el ceño.

—¿Por qué no contestas? Te ha estado llamando un montón; es tu mamá.

Me encogí de hombros, mordiéndome el labio.

—Porque no para. Siempre es algo con ella. ¿Estás comiendo lo suficiente? ¿Ya terminaste la tarea? ¿A qué hora vas a llegar? Estoy harta. A veces solo quiero que me dejen en paz. No soy una niña; quiero vivir mi vida.

Él me miró un momento, entrecerrando los ojos con escepticismo.

—Suena terrible. No me imagino tener una madre que te ama y se preocupa por ti. Qué horrible debe ser —dijo con ironía.

—No es eso, "idiota". Solo creo que es demasiado controladora —admití en voz baja, mirando el teléfono cuando volvió a encenderse —. No sé. Tal vez ya me cansé de fingir que todo está supermaravilloso cuando en realidad no lo está. Estoy preocupada por mí, por el futuro. No sé cómo van a salir las cosas. Me da miedo.

Nathan me dio unas palmaditas suaves en la espalda.

—A todos nos da miedo —añadió—. Igual deberías ser más amable con tu mamá —me regañó.

Rodé los ojos y crucé los brazos.

—¡Sí soy amable con ella! Es que no deja de molestar —murmuré, intentando sonar razonable—. No para: con mis notas, con mi correr, con todo. Es como si no pudiera respirar sin que me diga qué hacer. Como cuando me dice que no quiere que salga a correr por el vecindario de noche. ¿Qué tan ridículo es eso? Cree que alguien me va a secuestrar. ¡Eso literalmente nunca pasaría!

Nathan me miró con compasión.

—Por lo menos tus papás están sanos. Agradece eso —dijo en voz baja.

Negué con la cabeza, quitándole importancia a su comentario.

—Tú no sabes nada de mi familia. No tienes idea —le solté, y al instante me arrepentí de cómo pudo hacerlo sentir. Pero dejé que el silencio se quedara ahí, colgado, y no me disculpé por lo que dije.

Él suspiró y miró hacia otro lado un momento.

—Sí, no conozco a tu familia. Pero tú sí conoces la mía. Puede que yo sea buen corredor, pero las cosas no siempre son así de simples. Eso no hace que los momentos difíciles se sientan mejor. A veces la presión es demasiada para cargarla.

Entrecerré los ojos.

—¿A qué te refieres? —pregunté con verdadera preocupación en la voz.

Me miró por un largo segundo y luego bajó la voz.

—Siempre me dicen que vinieron aquí por mí —dijo Nathan en voz baja, con la mirada perdida—. Escapar de la pobreza, de la violencia en su país… una vida que ningún niño debería vivir. Pero no fue solo por un lugar mejor para vivir. Fue para que yo hiciera que todo valiera la pena. Si no lo logro, si les fallo… sería una decepción enorme para ellos.

Tomó aire con un temblor en la voz y susurró:

—A veces me pregunto por qué sigo. Si de verdad vale la pena. A veces siento que podría ahorcarme en este árbol.

Señaló flojo hacia arriba e imitó ponerse una cuerda al cuello.

De inmediato lo agarré y lo apreté en un abrazo fuerte antes de que dijera más estupideces.

—No digas eso, imbécil. ¿Qué carajos te pasa? Sí vale la pena. Siempre vale la pena, y no estás solo. No eres una decepción para

nadie, y mucho menos para mí.

Él soltó una risita.

—Siempre has sido tan buena conmigo. ¿Por qué?

Lo abracé por la espalda, apretándolo aún más.

—Eres mi único amigo, Nathan. Ya sé que puedo ser fastidiosa. Gracias por aguantar mis necedades.

Él se rió en voz alta.

—No eres fastidiosa, Anabelle. Solo estamos en esa edad, la de cuando la vida es difícil de comprender y todo se siente como si el cielo se nos viniera encima.

Me reí con el nudo en la garganta, sintiendo, por un momento, que tal vez la vida no era tan difícil después de todo. Casi todo lo que estaba mal se sentía bien mientras lo abrazaba lo más fuerte que podía.

Me desperté de golpe en el silencio negro del cuarto cerrado, con el frío clavándose en mis huesos frágiles. Tenía la garganta seca y el estómago me gruñía con dolor; el hambre me mordía como un animal salvaje. Tenía tanto tiempo sin comer. Cómo extrañaba la comida.

Entonces me recordé: había una cena que Fia había mencionado. Me pregunté qué juego enfermo y retorcido me tendría preparado. De verdad esperaba que no fuéramos a comer ninguna cabeza, y menos la de Laura.

Por un instante, mi mente se fue lejos de ese lugar horrendo. Pensé en cenar en casa, con comida de verdad. Era algo normal, hasta mundano, pero éramos los tres juntos: mamá, papá y yo, sentados alrededor de la mesa vieja de la cocina, pasándonos los platos, peleando por quién se quedaba con lo último de la ensalada de papa, riéndonos de estupideces que solo a nosotros nos daban risa. Era simple, pero era un recuerdo bonito, en tiempos antes del divorcio… antes de que todo se fuera al infierno.

También recordé esas veces que comíamos en el carro después de las competencias de atletismo, mientras la luz de las farolas iluminaba el interior del carro viejo de Nathan.

Nathan y yo nos metíamos sándwiches con las manos sucias en nuestras bocas hambrientas mientras tomábamos latas heladas de

Diet Dr. Spencer, la mejor soda del mundo.

Compartíamos papas fritas y chismeábamos sobre las cosas más inútiles e idiotas que pasaban en la escuela, ese tipo de temas por los que los adolescentes se volvían locos.

Siempre me burlaba de Nathan. Era demasiado quisquilloso con la limpieza, sobre todo con dejar migas en su carro. En cuanto una papa se le caía entre el asiento y la palanca, me soltaba una mirada de puro estrés y me sacaba del carro, insistiendo en que teníamos que limpiar cada rincón con una mini aspiradora que llevaba a mano "para esas ocasiones".

Lo odiaba por ser tan intenso con eso, pero sabía que un día lo iba a extrañar. El día después de graduarnos fue el día que se fue de Gravestone. Hablábamos por teléfono y nos mandábamos textos de vez en cuando, pero nunca fue lo mismo. Su compañía y su presencia habían sido un salvavidas para mí; ojalá él lo supiera.

Extrañaba reírnos por cualquier estupidez que se nos ocurría. Extrañaba ensuciar su carro a propósito solo para verlo explotar, incluso esas veces en que me ponía a aspirar su carro.

Debí haber estado agradecida por lo que tenía; eso era lo único que me daba vueltas en la cabeza. Debí haber apreciado todo un poquito más.

Nunca sabes cuándo se va a ir todo, dicen. No hay palabras más ciertas.

El recuerdo se desvaneció, dejando otra vez solo el frío y el silencio. Fia irrumpió en el cuarto oscuro tan de repente que me brincó el corazón. Su voz sonó alegre en medio de mi tristeza.

—¡Hola, dormilona! ¡Hora de cenar! —anunció, como si fuera una celebración y no un castigo.

Todavía no podía creer lo perfectamente que era capaz de cambiar de máscaras, de la Laura Perdita frágil e indefensa a la manipuladora cruel que era Fia Crabb.

Se acercó y actuó rápido; con la llave del grillete en la mano, me apretó el tobillo mientras la cadena fría tintineaba al soltarla. Me sobé el pie dolorido, haciendo una mueca por haber estado encadenada tanto tiempo.

Fia me agarró del brazo con fuerza, jalándome del suelo. No había nada de amabilidad en su toque, solo control, un recordatorio de que no era libre. Me llevó por la escalera estrecha, oscura y rechinante. El olor a madera húmeda y podredumbre se hacía más fuerte con cada escalón. La piel se me erizaba entre miedo y cansancio mientras caminaba en silencio, preguntándome qué pesadilla venía ahora.

La luz tenue al pie de las escaleras apenas iluminaba las paredes rayadas de la cocina. No me había fijado en eso antes, cuando me habían metido a empujones en ese refrigerador asqueroso con la cabeza decapitada de Laura. Era como si alguien hubiera perdido por completo la cordura, como si hubiera intentado destrozar las paredes de la prisión infernal de Bedlam con las uñas. Alguien como Laura Perdita, la pobre.

¿Voy a terminar igual? Ya me estoy volviendo loca. ¿Cómo carajos voy a encontrar una salida de este lugar tan horrible?

Fia apretó más su agarre, asegurándose de que no intentara escapar.

Examiné la cocina con más cuidado cuando entramos. Estaba en un estado horrible de abandono, nada sorprendente. Una mugre negra y espesa se había pegado a cada superficie y gabinete y a los bordes del fregadero amarillento. Manchas pegajosas de quién sabe qué se embarraban por el piso de linóleo.

Bedlam estaba sentado en una mesa tambaleante, en el centro de la cocina, con tres sillas de madera alrededor. Sobre la mesa había un banquete grotesco: un pollo rostizado chorreando grasa, arroz amarillo mezclado con frijoles aguados, plátanos fritos que se veían quemados en las orillas y una barra de pan rancia. Con todo y todo, para mí era un maldito bufet. El estómago me rugió como un león, listo para devorarlo todo de una sentada.

Obviamente, eso no pasó.

—¡Bon appétit! —cantó Fia.

Me sentaron con ellos, obligándome a mirar mientras se devoraban la comida grasosa, saboreando cada bocado con crueldad justo frente a mí. No me dejaron comer ni una sola cosa. En vez de eso, yo era espectadora de su festín, un recordatorio de que me

controlaban y de que no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Bedlam miró a Fia con la boca llena de pollo.

—Cuéntale de nuestras épocas con Laura Perdita; cuéntale lo mejor —dijo con una mueca.

Fia cruzó los brazos, sacándose frijoles de entre las ranuras de los dientes, con los ojos brillándole de diversión maliciosa.

—Siempre pedía misericordia, y no dejaba de mencionar a Blake Toro, su novio idiota. De verdad pensaba que si solo seguía rogando, la íbamos a soltar. —Carcajeó—. Eso nunca iba a pasar. En cambio, la hicimos ver películas snuff, películas interminables, ruidosas, violentas, que le hicieron perder hasta la última pizca de fe en la humanidad. Ese fue su castigo por intentar escaparse; era malísima para eso. Bedlam le daba oportunidades, pero llega un punto…

Se pasó un dedo huesudo por la garganta.

—Tienes que cortarles el pescuezo.

Bedlam añadió:

—Llega un punto en que uno se desespera tanto que intenta aventarte su propia mierda; no lo podía creer. Así de desesperada estaba. Hasta ahí puede llevar el ciclo a una persona; eso es lo que lo hace tan perturbador, esa es la belleza del ciclo.

Fia sonrió, asintiendo.

—Entonces, también la hizo arrastrarse sobre vidrio roto. Cada movimiento era tortura. Sus manos y rodillas pintaban un retrato en tinta roja mientras avanzaba. —Soltó una risa cruel—. Después de eso, la obligamos a comerse su propia mierda. Estaba espesa y dura, pero lo hizo. Como dijo Bedlam: "Deliciosa".

Ah, sí. Secuestrar y torturar a una mujer inocente y al final cortarle la cabeza. Bravo, Bedlam y Fia Crabb. Ejemplos estelares de la absoluta depravación que puede ofrecer la humanidad.

Me hervía por dentro la manera en que lo decían, la manera en que se reían, como si fuera un jueguito cualquiera o un ejercicio de rutina. No sabía cuándo ni cómo, pero me prometí que los mataría a los dos. Aunque me fuera yo con ellos. No merecían vivir, y mucho menos merecían "rehabilitación" después de lo que habían hecho. Su reinado de terror y su tiempo en la tierra tenían que terminar.

Ella me señaló, la voz baja pero clara.

—Ah, sí. Tú sigues. Apenas estamos empezando.

La sonrisa de Bedlam se torció.

—Laura, aventándome su excremento, puso a prueba mi paciencia. Cuando Laura intentó escaparse otra vez después de eso, pues… tuvimos que "dejarla ir". El ciclo tenía que terminar antes de lo normal.

Fia asintió despacio, dejando las palabras pesadas en el aire.

—¿Le cuento la historia de cómo nos conocimos?

—Se la contamos a Laura, ¿no? Es parte del ciclo. Les contamos nuestra historia a nuestros pacientes, toda la historia —dijo Bedlam mientras arrancaba la piel de una pierna de pollo con sus dientes negros y gastados.

Fia juntó las manos con emoción, lista para contarme su historia.

Yupi para mí.

Intenté ignorar el hambre rabiosa en la barriga; se sentía como si mis tripas se estuvieran devorando a sí mismas para sobrevivir. Tenía que mirar a los ojos a Fia mientras hablaba para que no me castigaran por cualquier excusa.

A ella le brillaron los ojos cuando abrió la boca; su aliento a cebolla me envolvió las fosas nasales como gas venenoso, haciéndome lagrimear.

—Siempre me ha gustado hacerme pasar por otras personas, porque nunca me gustó quién era de verdad cuando estaba creciendo. Me hicieron bullying durante años, me medicaron y… bueno, intenté quitarme la vida, como Bedlam.

Él le hizo un gesto breve, y ella le guiñó el ojo con cariño.

Asco.

Ella siguió:

—Así terminé en el Instituto Gibraltar. Siempre se me ha dado bien mentir —siseó, alargando los brazos sobre la mesa como una serpiente que se desliza hacia su presa—. Así sobreviví. Así fue como no me volví loca. Leía sobre la vida de otras personas y me hacía pasar por ellas. A mi enfermera… eso no le gustaba nada.

—Para nada —añadió Bedlam.

Su historia casi me tenía enganchada, por cómo la contaba. Me sorprendí queriendo saber cómo terminaba. Ya conocía fragmentos del pasado de Bedlam, pero de Fia no sabía nada, y me pregunté cómo se habían cruzado. Pensé que tal vez eso me daría alguna pista para escapar… o incluso para matarlos. Tomó aire, chasqueó los dientes y continuó:

—Mi enfermera me encerraba en mi cuarto y me golpeaba. Le daba igual cuando yo le decía que las cucarachas y los bichitos se me subían por las piernas, se me metían en el pantalón, me mordían y me infectaban con su bacteria. No paraba el tormento hasta que yo le dijera mi nombre real, pero yo no podía hacerlo. Eso era muerte para mí. Era como vivir con mi mamá otra vez. A nadie le importaba en Gibraltar. No había testigos ahí, no había justicia para lo que pasamos. Solo se acabó cuando cerró, para siempre.

Se echó hacia atrás en la silla, con la mirada hacia abajo, reviviendo todo lo que le había pasado en Gibraltar.

Me enderecé en la silla y me aclaré la garganta.

—Fia… ¿Fia Crabb no es tu nombre real?

Ella me miró, negando con la cabeza.

—Mm-mm. No. Pero ahora sí. La Fia Crabb original murió en un accidente. Se cayó por las escaleras y se quebró el cuello.

Hizo una mueca, como si lo estuviera viendo pasar.

—Fue bastante asqueroso. Nadie supo nunca quién lo hizo.

Abrió los ojos bien grandes y se rió a carcajadas, sonriendo tan fuerte que parecía que se le iban a reventar los cachetes.

Bedlam se limpió la boca con la camiseta y empujó la mesa con las manos; la silla chilló hacia atrás.

—Fia Crabb era su enfermera —me informó Bedlam.

Un escalofrío me recorrió la columna y se me erizó la piel cuando me di cuenta de la verdad: esta loca mató a la Fia Crabb original, su enfermera, y luego se quedó con su nombre.

Fia dejó de reír y giró la cara hacia mí, volviendo la frialdad a su expresión.

—Bedlam y yo nos manteníamos a salvo… y cuerdos, el uno en el otro. Nos veíamos todos los días durante una hora afuera, siempre

bajo supervisión, claro, en la misma mesa de picnic donde nos encantaba sentarnos. Ahí fue donde nos enamoramos.

Fia le sonrió radiante, pero Bedlam estaba ocupado tirando las sobras en bolsas negras grandes de basura.

Habían pasado muchas cosas enfermas desde que Bedlam me secuestró, pero tal vez lo más impactante de todo fue ver a Bedlam limpiando después de sí mismo.

Mientras pensaba en lo que Fia me acababa de contar, tuve una idea más clara del tipo de personas con las que estaba tratando. Parecía que estas personas asumían las personalidades de quienes los habían atormentado y abusado. Era una manifestación tan retorcida que sus mentes habían creado. Ya ni sabía si ellos estaban realmente en control de sus propios cuerpos y pensamientos.

No me di cuenta de lo poderosa que era la mente hasta ese momento.

CAPÍTULO 24

ANABELLE

Estaba de vuelta en el cuarto cerrado. Sentía la astilla de madera formarse bajo mi dedo, tibia por la fricción. Trabajaba en ella en silencio, a un ritmo dolorosamente lento, pero estaba decidida a fabricar un arma nueva, un punzón nuevo.

Me había acostumbrado al aire a mi alrededor, al olor a moho y a sudor de axila, pero ya no me molestaba. Ya ni recordaba qué era el desodorante ni el sabor mentolado de la pasta de dientes. Extrañaba pasarme los dedos por el pelo empapado mientras lo lavaba con champú espumoso.

¿Jabón? Eso era ajeno para mí.

Un vaso de agua limpia habría sido suficiente para levantarme el ánimo. Solo uno, tan desesperada se estaba volviendo mi situación. Juraría que mi vista empezaba a empeorar por estar siempre a oscuras. Se me estaban volviendo frágiles los huesos, la piel seca y agrietada, la boca me olía como el interior de una alcantarilla, y el pelo se me pegaba por el sudor frío y la mugre que se había ido acumulando desde la noche en que me secuestraron.

Una vibración tenue recorrió las tablas del piso debajo de mí, y supe que Bedlam se acercaba a la habitación. Había aprendido de Fia. Los pasos pesados eran rítmicos y deliberados. El corazón me

dio un vuelco, y dejé de trabajar la astilla de inmediato. Antes de poder parpadear, la puerta crujió al abrirse y Bedlam entró.

Se paró frente a mí, con la boca formando una sonrisa lenta e inocente.

—Fia te contó su historia. Ahora vas al cuarto de Timmy para escuchar el final de la mía —dijo, con la voz baja, llena de melancolía—. Él quiere enseñarte algo; esto es importante. Vas a entender la historia completa de Bedlam.

Asentí con la cabeza, obediente; ya se estaba volviendo una respuesta automática. La confusión y el miedo luchaban dentro de mi pecho. *Yo no quería saber la historia completa de Bedlam, pero no tenía opción.*

Esperé a que me liberara de la cadena y dejé que me jalara del brazo para guiarme por el pasillo. Cada paso que daba venía cargado de una sensación de terror, como si algo se hubiera movido, como si algo irreversible estuviera a punto de pasarme.

El cuarto de Timmy estaba tenue, iluminado por una sola lámpara con un brillo amarillo pálido. Se veía igual, pero algo era distinto. Bedlam parecía más callado mientras miraba el suelo con ojos apagados, como si tuviera algo pesado en la mente.

Cerró la puerta con llave detrás de nosotros.

—Siéntate —dijo Bedlam en voz baja, señalando un rincón polvoriento en el suelo.

Obedecí.

Se acercó a la mesita de madera, jaló el cajón tembloroso y sacó el mismo cuaderno gastado: *El Diario de Timmy.*

Bedlam enderezó la espalda y luego se dejó caer frente a mí, enseñando los dientes, con los ojos oscuros brillándole, sonriendo como si no le importara nada. Era "Timmy" otra vez.

—¡Hey! ¡Soy yo otra vez! —gritó.

Me contuve de reír porque, a esas alturas, eso era lo único que quería hacer. En silencio, recé para estar viviendo la pesadilla más larga de mi vida y que pronto me tocara despertar.

—Hola, Timmy.

Abrió el diario, pasando páginas hasta llegar a una con una foto granulada de un hombre, una mujer y un bebé; su dedo grueso

trazó el borde alrededor.

—Oh, Jolie —susurró—. ¿Por qué no pudimos salvar a nuestra hija… a nuestra Calliope?

Cerró los ojos; le tembló la quijada.

—Las amaba, pero no las pude proteger. Fue un accidente. Lo juro, todo fue un accidente.

Me enseñó la foto; él salía ahí, más joven y con aspecto normal. Por fin vi cómo era Jolie. Era una morena alta, con ojos marrones y ovalados, por lo que alcancé a notar. Tenía ciertas similitudes con Fia Crabb, pero era otra mujer, era Jolie.

Miré al bebé. Debía de tener apenas unos meses. Dormía en paz, una muñequita adorable, con pequeños rizos rubios en la cabeza. Tenía que ser Calliope.

Se me apretó el pecho. Había algo en su voz, vergüenza mezclada con duelo, que me anudó el estómago; la ansiedad me subía, preguntándome qué demonios venía ahora.

Bedlam tomó aire y metió la foto de nuevo en el diario.

—Bedlam le dijo a Timmy que se olvidara de ellas, que fingiera que nunca habían existido, pero no pudo. Nunca pudo. Entonces lo castigó, sometiéndolo al ciclo.

Sacó otra foto granulada que estaba atorada entre dos páginas del diario. Era vieja y tenía las esquinas arrugadas. También me la mostró. Era la misma mujer, el mismo bebé y él, todos sonriendo, cerca de lo que parecía un hospital. Los ojos de la mujer eran suaves y ella tenía una sonrisa radiante, pero Bedlam no. Su cara se veía dura y curtida, los ojos pequeños y llenos de rabia.

El pelo del bebé era distinto; era más oscuro y más grueso. La cara de la bebé se veía… familiar. El corazón me retumbó en el pecho. *Esa… era otra bebé. Esa no podía ser Calliope.*

Me quedé mirando la foto demasiado tiempo, con el calor subiéndoseme a la cara, y luego miré a Bedlam. Todo me hizo sentido en mi mente demasiado rápido. *No… no, eso no tenía sentido, no tenía ningún sentido.*

La cara del bebé, la cara de esa niña, era la mía; esa era yo en esa foto.

Bedlam tragó saliva y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Tuvimos que darla en adopción —dijo, con la voz áspera—. Porque… papi, él…

Se detuvo, mirándome con algo parecido al miedo, un miedo paternal.

—Se volvió… loco. Papi se volvió loco.

Negué con la cabeza con violencia; el aire se me escapaba, el estómago se me encogía y las paredes parecían cerrarse cada vez más sobre mí.

El cuarto dio vueltas. Delante de mí estaba la verdad de quién era yo en realidad. Todo lo que creía saber de mí misma había sido una mentira cruel.

Bedlam… era mi padre.

CAPÍTULO 25

HELENA

El bar estaba tenue y silencioso mientras esperábamos a que llegara Jolie Logan. La rockola en la esquina tarareaba algo suave que sonaba a blues, y nuestras bebidas sudaban sobre la mesa entre nosotros. Bebí la mía despacio, dejando que el ardor se me quedara en el pecho, con la esperanza de que apagara el dolor inmenso que me hervía por dentro desde la desaparición de Anabelle.

Pedro estaba sentado a mi lado, un poco encorvado, con los dedos recorriendo el borde del vaso. Últimamente se veía más viejo, no solo agotado por tantas noches sin dormir, sino desgastado. No me atrevía a mirarme en un espejo. Yo también debía verme hecha mierda.

—De verdad espero que esta Jolie sepa algo. Pienso en Anabelle todas las mañanas —dijo en voz baja—. Es lo primero que me viene a la cabeza al despertar. Y cuando estoy a punto de dormirme, vuelve a aparecer, recordándome que sigue ahí, aunque ahora mismo esté perdida. Mi angelita, dulce y perfecta, no se me va de la cabeza. Y no voy a permitir que eso cambie.

No le contesté de inmediato. Tenía la garganta espesa por un nudo de emociones. Ya ni sabía cómo sentir. Habían pasado días desde la última vez que vi a Anabelle. Sentía que no había hecho lo suficiente. Era mi deber como su madre protegerla del mundo, mi

única tarea, más importante que cualquier otra cosa… y había fallado miserablemente. Me sentía un fraude, como si ni siquiera mereciera el milagro de haberla tenido en mis brazos cuando era bebé.

No podía responderle a Pedro; tenía la mente demasiado nublada por la preocupación. Solo asentí y di otro sorbo. Yo pensaba en Anabelle a cada segundo. De vez en cuando, escuchaba el sonido tenue de su risa, y cada silencio largo me recordaba que se había ido.

—¿Tú crees que alguna vez la vamos a volver a ver? —preguntó, con la voz tan temblorosa que sentí como si algo me quemara en el pecho.

Estaba diciendo en voz alta lo mismo que yo sentía, lo que no quería enfrentar.

—No lo sé —dije, apenas en un susurro—. Algunos días siento que está ahí afuera, solo esperando a que la encontremos. Te juro que casi puedo oírla. Otros días, pienso… tal vez esto es todo. Tal vez ya la perdimos, pero no puedo aceptar eso. ¿Cómo vamos a aceptar eso? ¿En qué clase de mundo podemos vivir si Anabelle no está en él?

Pedro bajó la cabeza entre las manos, frotándose los ojos como si las palabras le hubieran ardido.

—Helena, necesito decirte esto. Debí habértelo dicho hace mucho.

Puse atención de verdad, porque yo sabía por dónde iba.

—Fui egoísta —dijo, con los ojos brillándole por las lágrimas que se le estaban acumulando—. Fui tan débil. Lo que te hice a ti, lo que le hice a nuestra familia, no tiene excusa. Te engañé porque pensé que podía salirme con la mía. Después de todo, pensé que merecía algo mejor, o que merecía más, o cualquier razón de mierda que me inventé en ese momento.

—Pero la verdad es que… terminé destruyendo lo que más importaba, mi familia. Lo siento, Helena. Sé que eso no deshace nada de lo que hice, ni un poquito, pero… solo quiero decirte que lo siento. Cargo con la culpa todos los días, y me castiga haberle fallado a Anabelle. Eso me ha ido matando poco a poco… y ya no estoy contigo, con la mujer que todavía amo —dijo, pensativo.

Me quedé mirando mi trago, pensando qué decir. Agradecía lo que sentía y que admitiera su culpa, pero tenía razón; eso no arreglaba nada. No cuando todo lo que intentas reparar ya está destruido.

—Gracias, Pedro, por decirme cómo te sientes. Mi única esperanza es que puedas ser un buen padre para nuestra hija cuando regrese —respondí con cuidado.

—Lo voy a hacer, te lo prometo —dijo con firmeza—. Ya no voy a seguir castigándome.

El silencio se alargó entre nosotros. Al fondo, el barman dejó chocar un vaso, y alguien se rió al otro lado del local.

—Ya no estoy enojada contigo —dije por fin—. No como antes. La quiero de vuelta. Ojalá las cosas hubieran salido diferente para nuestra familia.

Él estiró la mano hacia mi lado de la mesa, pero se detuvo justo antes de tocar la mía.

—Daría lo que fuera por volver atrás, por arreglarlo todo.

Yo no quería tomarle la mano, pero tampoco me aparté.

—No sé si podamos arreglar el pasado —dije con sinceridad—. Pero tal vez todavía podemos trabajar por un futuro, por Anabelle.

Él asintió y retiró la mano a su regazo. Nos quedamos ahí, en esa oscuridad tranquila, dos padres desesperados aferrándose al mismo granito de esperanza. Era lo único que nos quedaba.

El detective Gray empujó la puerta del bar y entró primero, recorriendo el lugar con la mirada, buscándonos. Detrás de él venía una mujer alta, serena, de cabello largo y oscuro y mirada profunda, casi fantasmal, como alguien que había pasado por demasiado y solo quería paz; vestía una falda negra sencilla, un cárdigan beige oscuro y zapatos planos negros.

Había algo vagamente familiar en ella, aunque no lograba ubicarlo. Sentí como si ya la hubiera visto en algún lado. Su cabello era más oscuro que el mío, recogido en una trenza simple. Su cara era ovalada y tenía arrugas marcadas, pero aun así conservaba cierta suavidad en la expresión.

Se acercó a nosotros con un nerviosismo raro. Sentí a Pedro tensarse a mi lado, el cuerpo moviéndose inquieto en el asiento.

—Hola. ¿Helena? —dijo con suavidad, deteniéndose frente a nuestra mesa.

La miré fijo; algo me tiraba de la memoria. ¿La había visto en una foto? ¿En el supermercado? ¿En la oficina de la esquina, cuando yo trabajaba en periodismo?

—Soy Jolie —dijo, con la voz un poco temblorosa—. Jolie Logan.

Extendí la mano, y ella la tomó, estrechándola suave antes de soltarla.

—Hola, mucho gusto. Por favor, siéntate —ofrecí, haciéndole un gesto para que se sentara frente a nosotros.

Ella aceptó con gracia, pero sus ojos recorrían nerviosos el lugar, como si alguien la estuviera buscando para hacerle daño.

Miré hacia atrás y le asentí al detective Gray, que estaba en la entrada del bar, agradeciéndole en silencio que hubiera organizado la reunión con Jolie. Se quedó cerca por seguridad; no estaba seguro de lo que la mujer pudiera hacer, aunque se veía bastante tranquila.

—Perdón si mis llamadas a la estación de policía los molestaron. Es que no sabía cómo llegar a ti sin parecer loca —sus manos temblaban mientras las juntaba frente a nosotros, con los ojos clavados en la mesa—. Es que han pasado tantas cosas en mi vida últimamente. Tanto dolor que mi exesposo y yo hemos soportado —murmuró.

—¿Qué clase de dolor? —preguntó Pedro, con la voz más amable de lo normal.

Yo noté que no quería provocarla, sobre todo si tenía información que pudiera llevarnos a Anabelle.

Ella levantó la vista despacio y enseguida la bajó, como si no quisiera enfrentarnos de frente, por la razón que fuera.

—Dolor… que creo que empezó con John G. Bedlam. Por eso quería llamarlo; necesitaba hablar con él, pero él lleva años desaparecido —explicó.

La verdad, en ese momento, eso no tenía sentido para nosotros.

Me incliné más hacia adelante, con las manos abiertas sobre la mesa, desesperada por escuchar más.

—Timothy, mi exesposo, intentó hacerse algo terrible a sí mismo, y por eso lo internaron en el Instituto Gibraltar. Por lo que entiendo, Bedlam, como le gustaba que le dijeran, estaba a cargo del cuidado de Timothy.

Soltó un suspiro grande, aguantándose las lágrimas que se le estaban formando en las esquinas de los ojos.

—Solo quería saber cómo le fue al final de su estancia en Gibraltar. Timothy se volvió muy frío conmigo cuando le dieron el alta. No lo culpo; fui yo quien lo internó en primer lugar.

—Nos vimos una vez, breve, para darle su mitad del dinero de la venta de dos alquileres que teníamos a nombre de los dos, para que pudiera ganarse la vida de alguna manera. No hemos vuelto a hablar desde entonces. Pero creo que compró una casa en Whisper's Creek. Hablaba de querer arreglar algo, algo para ocupar la mente.

Pedro bajó la cabeza, intentando encontrarle los ojos; ella no lo dejaba.

—De verdad lo sentimos mucho. Debe haber sido increíblemente doloroso —dijo.

Ella asintió, sorbiéndose la nariz.

—Ay, Dios mío, ¿dónde están mis modales? Yo siempre empiezo a desvariar; mi mente siempre anda a la deriva —se rió—. Yo soy la que lo siente mucho por tu hija —dijo bajito—. Anabelle.

—Gracias, hemos estado tratando de encontrarla. Creemos que la secuestraron. Dijiste que tenías información que compartir —pregunté, tratando de descifrar si la señora estaba loca o no.

Por fin levantó la mirada y me sostuvo los ojos. Los abrió más, como si de golpe recordara por qué nos había pedido vernos en persona.

—Ay, sí, sí. ¡Por eso quería verlos! Necesitaba estar segura. He visto las fotos de Anabelle y, bueno… voy a dejar que estas hablen por sí solas.

Sacó algo de su bolso, dos fotografías dobladas, con las esquinas rotas. Las alisó con cuidado sobre la mesa y las deslizó hacia nosotros.

—Yo creo… creo que ella podría ser mía.

Se me paró la respiración, y mil pensamientos me reventaron la cabeza a la vez. *Esto es lo que he temido desde el principio.*

—¿Qué? —pregunté, parpadeando, incrédula.

Ella asintió despacio.

—Yo tuve una hija una vez; se llamaba Calliope. La di en adopción hace mucho tiempo. No tuve opción. Fue cuando Timothy intentó quitarse la vida. Yo simplemente… no podía criarla sola, ni de ninguna manera, no con el estado mental en el que yo estaba.

Pedro y yo bajamos la vista a las fotos al mismo tiempo. Eran viejas, tomadas con una cámara de rollo, pero no había manera de negarlo: la bebé en las fotos era Anabelle. Esa misma mata de cabello oscuro, esos ojos brillantes y curiosos, y esa mueca, como si ya quisiera rebelarse contra el mundo, incluso tan pequeña.

Me temblaron las manos cuando alcancé la foto; no quería que fuera verdad, pero lo era. La levanté y la miré de cerca.

Al tragar saliva, sentí como si me raspara la garganta con piedritas. El corazón me retumbó en el pecho y se me llenaron los oídos de ruido blanco.

—Es ella. Es Anabelle de bebé.

Miré a Pedro; se quedó mortalmente callado, con las manos apretadas contra la boca. La mente me daba vueltas; no podía creerlo. Después de tantos años, después de todo lo que habíamos soportado, ahí estaba. La mujer que había traído a Anabelle al mundo. Su madre biológica.

La vista se me cruzó y se me empezó a nublar cuando me fui a ese día en mi cabeza, la noche lluviosa en que encontré a Anabelle cerca del orfanato. Una noche que jamás olvidaría.

Los ojos de Jolie se le llenaron.

—Nunca me olvidé de ella. No pude. Me quedé esperando y rezando para que alguien bueno y amoroso la adoptara —se tapó la cara arrugada con las manos y lloró bajito—. Siempre me siento culpable por lo que hice.

Yo intenté hablar, pero se me cerró la garganta. Sentí por un momento la mano de Pedro sobre la mía.

Tomé aire y empecé a explicar lo único que sabía explicar. Los ojos de Pedro seguían clavados en la mesa, los dedos apretando el vaso.

—Nosotros la encontramos, Pedro y yo. La hemos amado y cuidado desde entonces. Es nuestro milagro. Tu Calliope se convirtió en nuestra Anabelle —dije—. Se convirtió en nuestro mundo.

Volví a mirar a Jolie. Le caían lágrimas en silencio por la cara.

Jolie asintió despacio.

—Bien, eso era todo lo que yo quería para ella.

Ninguno habló por un momento; yo estaba tratando de absorber la gravedad de lo que Jolie nos estaba revelando, la historia de Anabelle y por qué la había dado en adopción. Algo que nosotros nunca quisimos contarle. Ni siquiera sabíamos quiénes eran sus padres biológicos hasta conocer a Jolie. Sentíamos que no valía la pena; la criamos prácticamente desde que nació; nosotros éramos sus verdaderos padres.

Escuché el tintineo suave de vasos chocando en algún lugar al fondo. El murmullo del bar seguía, como si nuestro mundo no estuviera a punto de cambiar para siempre.

La voz de Jolie se quebró cuando siguió hablando, y no me atreví a apartar los ojos de su cara. Necesitaba oír y sentir el peso de cada palabra que me dijera. Necesitaba saber más de esta mujer.

—En realidad fue mi segunda hija —dijo en voz baja, tocando de nuevo la foto—. Tuvimos una antes que ella, también llamada Calliope. Tenía dos años. Timothy y yo… estábamos afuera. Él se volteó, solo un momento, y ella se fue caminando por la calle. No teníamos idea de que nuestro mundo se iba a acabar ahí mismo. Un carro a toda velocidad la atropelló. No tuvo oportunidad de sobrevivir a ese impacto.

—Jesús —murmuró Pedro.

Fue la primera palabra que dijo en minutos.

Lo que me contó se sintió como piedras filosas clavándoseme en el estómago. Pedro estiró la mano y me apretó la mía con suavidad.

—Se fue. Así, de golpe —susurró Jolie, con más lágrimas bajándole por las mejillas—. Nosotros… nosotros quedamos atrapados en el duelo, miserables por dos años. No sabíamos cómo seguir viviendo sin esa parte de nosotros. La parte que se nos fue en un segundo.

El bar se puso silencioso cuando le robé una mirada al detective Gray. Me estaba observando, preocupado, pero le asentí para que supiera que todo estaba bien. Seguí absorbiendo la confesión devastadora de Jolie.

—Pero, como sea, quedé embarazada otra vez —continuó—. Nuestra segunda hija, un milagro. Fue culpa mía. Yo estaba tan desesperada por recuperar algo normal, por sentirme viva otra vez. Cometí el error de llamarla Calliope también. Sé que suena demente, porque lo es. Pero yo no estaba bien después de que murió mi primera niña. Yo fui la que lo presionó a Timothy para tener otro bebé. Yo quería otro bebé. Yo quería una segunda oportunidad —se le atoró la voz.

—Debió ser muy duro para ti —dijo Pedro, con empatía.

La voz de Jolie se partió, pero siguió explicando.

—Timothy… él no pudo con eso. Lo afectó muchísimo. Se volvió violento. Amenazó con acabar con todo. Así que, al final… lo internaron en Gibraltar.

Yo casi no respiraba; el corazón me retumbaba. Me di cuenta de que me estaba temblando el cuerpo un poco. Nunca imaginé que Anabelle viniera de un lugar tan trastornado. Su madre biológica estaba perseguida por fantasmas, y cargaba el fantasma de un nombre sin que nadie lo supiera: Calliope.

Tranquilicé la respiración; la voz de Pedro sonó áspera cuando habló.

—Gracias por contarnos todo eso. Sé que debe haber sido muy difícil —dijo bajito.

Yo apreté los dedos contra la mesa, luchando por aceptar las revelaciones que Jolie iba soltando. Sentía que se me fracturaba la identidad de madre; sus palabras me atravesaban como cuchillos, y yo me sentía un fraude.

Jolie tuvo a Anabelle un año antes de dejarla en el orfanato. Estaba destrozada, incapaz de darle una vida normal y segura. Por suerte, yo pude dársela, al menos en gran parte… hasta que la secuestraron.

Estiré la mano y le puse la mía encima de la de Jolie, suave, intentando consolarla.

—Lo entiendo. Está bien… hiciste lo que pudiste —sentí que se me apretaba el pecho—. Amo a Anabelle más que a nada. Ha tenido una buena vida. Solo necesitamos ayuda para encontrarla… y cuando la encontremos, va a estar bien. Es una guerrera.

Jolie se limpió los ojos aguados, y su expresión triste se convirtió en alivio.

—Eso es lo único que quiero ahora, que ustedes la encuentren.

Yo quería mover la conversación a lo que importaba ahora. Había muchas cosas más que decir sobre la verdadera historia de Anabelle, pero el tiempo era oro. No podíamos darnos el lujo de gastar un minuto más revolviendo el pasado. Ya estaba escrito, y nada iba a cambiar eso.

—Encontramos algo que podría ayudarnos —dije, inclinándome un poco hacia adelante—. Un carro, un sedán azul, estaba abandonado en un campo cerca de una iglesia blanca al este de aquí. Se supone que ese mismo carro le pertenecía a un hombre que secuestró a Laura Perdita, el mismo hombre que pudo haber secuestrado a Anabelle. Dentro del carro había una foto borrosa de una mujer cuyos rasgos no se podían identificar. Pero el nombre Fia Crabb estaba escrito detrás con marcador negro. Creemos que ella está involucrada de alguna forma. ¿Te suena ese nombre? —pregunté, rogando que supiera algo que contestara todas mis plegarias.

Le mostré la foto que encontramos en mi teléfono. La expresión de Jolie cambió a curiosidad. Parecía reconocer algo.

—Fia Crabb… ese nombre me suena. Creo que era una de las amigas de Timothy allá en el Instituto Gibraltar. Sí, me suena —dijo Jolie, frunciéndosele la frente, con los ojos mirando al aire, como si buscara dentro de la memoria ese nombre misterioso.

El corazón me dio un salto.

¿Será esto?

—¿Sabes dónde vive? Nos encantaría hacerle unas preguntas —dijo Pedro, con la voz baja.

Jolie negó con la cabeza.

—No, pero puedo conseguir la dirección de Timothy. La debo tener por ahí, entre mis papeles, por si algún día la necesitaba. La verdad

es que corté todo contacto con él; pensé que sería más fácil para los dos seguir con nuestras vidas por separado.

Había esperanza. Algo que podía ayudarnos a encontrar a Anabelle. Era un comienzo.

—Tenemos que ir a verlo —dije—. Él puede saber algo. Si Fia estaba involucrada…

Pedro asintió rápido.

—Vale la pena intentarlo. No tenemos nada más, y esto puede ser algo.

Dije en voz baja una verdad que venía pensando.

—No creo que el detective Gray pueda quedarse con este caso mucho más. Estos casos de desaparecidos no tienen prioridad cuando no hay pistas nuevas ni evidencia. No podemos dejar que se enfríe; tenemos que encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

Lo dejé hasta ahí; no quería asustarla mencionando lo que vimos pintado con aerosol en el instituto abandonado y en la iglesia blanca cerca del sedán azul. Timothy había estado internado en Gibraltar, un instituto lleno de acusaciones de abuso y crueldad. Podía haber algo ahí, algo más. Solo teníamos que encontrarlo a él y a Fia Crabb.

Necesitábamos cualquier conexión posible, porque en cualquier momento las huellas de la desaparición podían borrarse, junto con las probabilidades de encontrar a Anabelle.

Jolie respiró hondo y asintió.

—Está bien. Vamos a visitar a Timothy.

CAPÍTULO 26

ANABELLE

Todo lo que había aprendido me arrastró a un remolino mental, y nada tenía sentido. Todo lo que sabía era una mentira. Ya no sabía distinguir la ficción de la realidad.

¿Por fin me estaba volviendo loca? ¿Había llegado a mi punto de quiebre?

Esa foto del *Diario de Timmy* fue una bomba.

Ese bebé era yo… y Bedlam era mi padre.

El nombre se sentía como una maldición.

Me había golpeado, me había encadenado, me había tenido prisionera… ¿Cómo se suponía que creyera que él era mi padre?

Quería gritar hasta quedarme sin pulmones. Quería romper la foto y quemar el diario ahí mismo cuando me mostró la verdad aterradora. Quería borrarlo todo de mi cabeza porque, ahora que estaba ahí, era imposible escapar. Era lo único en lo que pensaba mientras estaba acostada en el piso frío de madera, con un bloque de cemento encadenado al tobillo, todavía encerrada en este cuarto oscuro de desesperación.

¿De verdad ese era mi origen? ¿De la locura de Bedlam? ¿De un hombre de violencia pura, envuelto en sangre y dolor?

Me presioné la palma contra el pecho, tratando de bajar la respiración, tratando de volver a lo que sabía que era real, tratando

de anclarme otra vez a la realidad.

Recordé cenas con mi mamá y mi papá, el amor feroz que me dieron, las manos atentas, la casa segura, por un tiempo, al menos. Esa era mi vida antes de su divorcio. Eso era real, y eso era mío. Ellos me criaron. Ellos me hicieron quien soy. No ese monstruo podrido y asqueroso.

No Bedlam.

Apreté los puños y lo vi, marcado a fuego en mi mente: Bedlam. No podía creer que tuviera alguna relación genética con ese hombre. Tenía que ser un error, tenía que serlo.

Todo este tiempo pensé que yo solo era una chica con mala suerte, en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Pero ahora ya no estaba segura.

Y lo peor de todo, ¿y si Bedlam no quería matarme? ¿Y si me quería de vuelta porque de verdad creía que era mi padre? ¿Él siquiera lo sabía?

No pude hacerle ninguna de las preguntas que me quemaban por dentro cuando entendí la verdad. Para él, era lo mismo de siempre. Timmy volvió a ser Bedlam y no dijo nada de lo que había pasado. Me llevó de vuelta al cuarto y me tiró a un lado como si fuera una servilleta usada.

Me dejó sola con mis pensamientos frenéticos y confundidos, hasta que volvió Fia.

Mientras Bedlam no estaba, ella decidió que era hora de su dosis sádica de diversión, otra vez.

Entró como si nada, con el mismo frasco de vidrio de la última vez. Esta vez no eran solo gusanos. También había cucarachas, grandes, golpeando el vidrio sin parar. Y en medio de todo eso, como un premio maldito, estaba la llave de mi cadena. La llave de mi libertad.

Fia sonrió, igual de brillante y cruel que siempre.

—¡Buenos días, Anabelle! Hora de jugar tu juego favorito: ¿cuánto quieres salir de aquí?

Se dejó caer frente a mí, cruzando las piernas.

—¡Quietecita, por favor!

Levantó el frasco y lo equilibró con cuidado encima de mi cabeza. Yo hice todo lo posible para que se quedara ahí.

—Quédate firme ahora —susurró—. Con un movimiento brusco, el frasco se cae y se rompe, y todos tus amiguitos babosos de la cena se te vienen encima por todo el cuerpo. Puede que hasta te obligue a comértelos vivos. Pero, si empiezas a comértelos, vas a tener que esperarme; necesito grabarlo para Bedlam.

Puta enferma.

Apreté la mandíbula, concentrándome en el ardor de los hombros y en el peso del vidrio clavándoseme en el cuero cabelludo. Los gusanos y las cucarachas golpeaban y chocaban contra la superficie.

Fia se puso de pie y empezó a rodearme despacio, con las manos en la cintura, como si de verdad me estuviera admirando.

—¿Sabes? —dijo, ladeando la cabeza—. Si superas este reto, puede que te dejen ir. Tal vez.

Elegí no decir nada. No le creía ni una sola palabra. Solo miré al frente, totalmente concentrada en que el frasco no se cayera y se rompiera.

—Ay, vamos… —se quejó—. Qué aburrida eres cuando te callas. Deberías rogar por tu vida. Deberías rogarnos que acabemos el ciclo de una vez por todas. Puede que lo hagamos.

Dejó de dar vueltas y se inclinó, bajando la voz.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por esa llave, Anabelle? ¿Lamer el piso del baño? ¿Arrastrarte sobre vidrio roto? O tal vez… ¿comerte uno de esos gusanos? ¿Acompañarlo con una cucaracha? Apostaría a que tienen mucha proteína. Muy propio de una atleta como tú. Seguro te gustaría.

Se echó a reír, con la cara torcida de pura satisfacción. Yo quería partirle la cabeza y borrarle esa sonrisa para siempre. Pero el frasco tenía que mantenerse en equilibrio. No podía fallar. No todavía.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Hubo una serie de golpes fuertes en la puerta principal.

El golpe fue fuerte y seco. Al instante, se oyó el vidrio romperse en otro cuarto. De pronto, estallaron disparos que sacudieron el aire e hicieron temblar las paredes. *¿Qué carajos está pasando?*

Fia se quedó helada.

—¿Qué mier—?

Yo no esperé. Ya tenía mi última oportunidad.

O la bebo o la derramo.

Me puse de pie, rápido. La adrenalina me explotó en las venas, convirtió mi rabia en un arma y me dio los segundos que necesitaba para escapar.

Cuando el frasco empezó a inclinarse, el tiempo se volvió lento. Lo agarré con ambas manos, con fuerza, y se lo lancé directo a la cara a Fia. El vidrio se hizo añicos al impactar, con un crujido repugnante. Gusanos y cucarachas salieron disparados por el suelo, como si algo hubiera estallado y liberado todo ese horror.

Fia gritó como si se estuviera muriendo y cayó de espaldas, arañándose la cara, histérica.

No le di tiempo a esa perra para recuperarse.

Me arrastré rápido hacia ella, saqué la astilla que había escondido en mis shorts y me lancé. Se la clavé en el ojo mientras chillaba más fuerte que antes.

—Que se joda tu ciclo —le siseé.

La jalé hacia adelante del cuello de la ropa y le estampé la cara contra el piso.

Una vez. Dos veces. A la tercera, se quedó inconsciente. Yo estaba temblando entera, jadeando como si acabara de correr tres millas en la pista.

—Eso es lo que te pasa por ser una maldita loca —murmuré, sin aliento.

Los pedazos rotos del frasco brillaban sobre el suelo como confeti plateado mientras los bichos asquerosos se retorcían. Me dio más lástima por los bichos que por Fia Crabb.

Me puse de rodillas con cuidado para buscar la llave de mi libertad. Todo lo que acababa de hacer se reducía a esto. Cuando la vi, avancé despacio hacia donde estaba, moviéndome con cautela para no cortarme con ningún pedazo de vidrio.

Había llegado demasiado lejos; no iba a pararme ahí.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, contuve el aire y metí la mano a través del montón que se retorcía, y saqué la llave, babosa y resbalosa.

Me desaté la cadena del tobillo y me la arranqué de encima.

El corazón me golpeaba en el pecho como un tambor mientras me ponía de pie despacio, estirando los brazos temblorosos para mantener el equilibrio.

No sabía quién había disparado.

No sabía quién había roto la ventana.

Pero yo no me iba a quedar ahí para averiguarlo.

Estaba realmente libre.

CAPÍTULO 27

HELENA

MINUTOS ANTES

Jolie nos llevó a la casa de Timothy Logan. Sorprendentemente, vivía en el mismo vecindario que yo, pero yo nunca lo había visto ni había oído hablar de él. Pedro y yo caminábamos por la calle, siguiendo a Jolie y al detective Gray.

Pedro se aclaró la garganta.

—¿Y si esto no lleva a nada? ¿Y si es otro callejón sin salida? —La voz se le quebró—. ¿Qué hacemos después? —preguntó, ronco.

Lo pensé un momento, con los nervios enredándose alrededor de mi corazón. No estaba segura. No sabía qué haría después. Estaba enfocada en lo que estábamos haciendo en el presente y solo esperaba que nos llevara en la dirección correcta.

—Tendremos que esperar y ver qué pasa.

En cuanto doblamos la esquina, el estómago se me retorció y el pulso se me disparó cuando nos detuvimos frente a una casa decrépita que se veía familiar.

—Esto no puede ser… —susurré, para nadie en particular.

La voz de Jolie cortó la brisa suave del viento, aguda y urgente.

—Detective Gray, no creo que usted deba acercarse conmigo a la casa. Se va a poner nervioso si lo ve con uniforme. Tiene historial de enfermedad mental.

Gray apretó la mandíbula, con los ojos oscuros y serios bajo el ala del sombrero ancho que llevaba puesto.

—No estoy aquí para asustar a nadie. Estoy aquí para protegerlos a ustedes. Si puedo obtener una buena pista, tengo una razón para quedarme en este caso, por Anabelle. Si no… quién sabe. Tengo otros casos pendientes que exigen más atención —dijo, con gravedad.

Las piedritas crujieron bajo nuestros zapatos cuando nos acercamos a la propiedad de Timothy Logan. De cerca, la casa se veía peor. Había mugre embarrada en las ventanas teñidas de naranja, y un olor raro se filtraba del suelo. Jolie se detuvo en seco, con la mirada clavada en una camioneta de jardinería estacionada de lado en la entrada. La parte trasera estaba llena de un nido de hojas trituradas, ramas y recortes de césped.

—¿Qué demonios ha estado haciendo aquí todo este tiempo? —murmuró Jolie.

No sabía por qué no lo reconocí antes, pero, mientras veía la cara escéptica de Jolie, entonces lo comprendí.

—Espera —solté, con la garganta apretándose—. Ese es… esta es la casa de José Luis. ¿No? ¿Qué está pasando aquí?

Antes de que alguien pudiera responder, la puerta principal chirrió al abrirse. Un hombre con overol asomó la cabeza, con un sombrero de ala ancha torcido sobre la frente.

—Buen día —saludó.

Me quedé helada, Pedro rígido a mi lado, mientras Jolie se acercaba despacio.

—¿Timothy? —susurró—. ¿Por qué tú… qué estás haciendo aquí? ¿Qué te pasa?

El detective Gray dio un paso al frente, con la mano rozando la chaqueta donde llevaba el arma.

—¿Usted no es José Luis? ¿Qué es esto?

José Luis, o quien fuera el hombre, nos miró largamente a todos. Tomó nota de lo sacudidos que estábamos y soltó una risa baja. Bajó la vista al suelo un momento, cerró los ojos, como si se diera cuenta de que lo que fuera que estaba haciendo ya estaba a punto de acabarse.

—Ah, no. Ya es la hora, entonces. Lo han visto. El ciclo. B. T. Han visto las señales. Me encontraron. Funcionó. El ciclo nunca debe terminar. Un Amo y un Sirviente. Eso es todo lo que hay. Mi propósito divino.

Sus ojos se deslizaron, inquietantes, hacia Jolie, y algo dentro de mí se llenó de pánico, queriendo gritar que algo estaba muy, muy mal.

—Mi dulce Jolie… has venido para empezar tu ciclo. Siempre planeé encontrarte, pero te me escapaste. Me abandonaste. Debiste haber sido mi primera paciente. Gracias por venir a mí.

—¿Qué? ¿Qué ciclo? ¿De qué estás hablando? —preguntó Jolie, con una confusión total evidente en la voz.

Pedro ahogó una risa.

—Jesús, ¿qué le pasa a ese tipo?

Yo supuse que el pobre hombre en realidad era Timothy Logan pasando por un delirio, que estaba fingiendo ser otra persona. Jolie tenía razón: no estaba bien de la cabeza.

Gray gritó:

—¡Bien! ¿Qué carajos está pasando aquí? —La mano se le fue al arma; estaba listo para sacarla.

—¡No, espera! —Jolie alzó las manos, tratando de calmar la tensión. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Le levantó un dedo al detective Gray y lo movió en silencio, diciéndole que no.

Él soltó un suspiro largo y bajó la guardia, alzando las manos. Timothy no dejó de mirar a Jolie, atento, con los ojos clavados en ella.

Ella metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una fotografía. Era Anabelle de bebé. Se la mostró. Timothy apartó la mirada; el dolor se le marcó en la cara. No podía soportarlo. La guardó rápido.

—Lo sé. Sé lo doloroso que es —hizo una pausa—. Pero… necesitas saber que nuestra segunda niña… nuestra segunda Calliope… ha estado desaparecida, después de todo este tiempo. Necesitamos ayudar a sus padres adoptivos a encontrarla, como sea que podamos —insistió.

La mirada sospechosa de Timothy volvió a Jolie, luego a nosotros, con los ojos salvajes escaneándonos.

Jolie nos señaló, y nosotros le levantamos una mano a modo de saludo.

—Ellos son Pedro y Helena Flores. Ellos son los papás de Calliope, bueno, de Anabelle. Le cambiaron el nombre cuando la adoptaron de bebé.

De pronto él asintió, comprendiendo, y se aclaró la garganta.

—¿Y… y cómo se ve ahora nuestra Calliope? ¿Nuestra segunda bebé? —preguntó con voz suave.

Jolie metió la mano otra vez en el bolsillo y sacó el teléfono para buscar una foto más reciente de ella, algo más cercano al presente.

En cuanto se la mostró, su cara se torció con repulsión. Sacudió la cabeza con violencia, en movimientos cortos y bruscos, como si algo demoníaco estuviera apoderándose de su cuerpo. El detective Gray deslizó la mano, cauteloso, hacia su arma.

Jolie levantó las manos para calmar a Timothy.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Bedlam se quedó quieto, mirándola, con lágrimas corriéndole por los ojos inyectados en sangre, la cara roja retorcida entre confusión total y rabia.

—No… no. No, no puede ser. Ella… ella está aquí… conmigo. ¿Qué he hecho? Todo este tiempo… ¡Noooooo! —rugió Bedlam como un animal herido.

Sacó una escopeta de detrás de la puerta y disparó antes de que pudiera reaccionar. Gray se fue hacia atrás; la bala le abrió el pecho.

Jolie gritó y corrió hacia él, con las manos en la cabeza.

—¡No! ¡Basta! ¡Por favor, bájala! —gritó, con lágrimas bajándole por la mejilla.

—¡Lo arruinaste todo! —aulló su voz áspera—. ¡Me condenaste a Gibraltar! ¡Mataste a nuestra hija! ¡Es tu culpa!

Otro disparo. Jolie cayó muerta, la sangre oscura derramándose de su cuerpo.

—¡No! —grité, con la garganta desgarrándose de angustia.

La escopeta se giró hacia nosotros. Pedro me empujó detrás de la camioneta justo cuando disparó; los perdigones se incrustaron en la madera y destrozaron las ramas de la parte trasera.

Caímos detrás de la camioneta, temblando, todavía en shock, y me golpeé contra el concreto con el corazón desbocado.

Venía hacia nosotros; cada paso estaba más y más cerca. Oía cada raspón áspero de sus botas contra el suelo; me retumbaba en los oídos como alarmas.

Cuando miré a Pedro para ver si estaba bien, lo vi agarrando una piedra grande de la tierra a nuestro lado. Se lanzó y se la tiró antes de que yo pudiera advertirle que parara.

¡Pum!

—¡Ah! —La oí chocar contra Bedlam. Tal vez fue suficiente para distraerlo y darle tiempo a Pedro.

No quería abrir los ojos, pero lo hice. Vi a Pedro lanzarse hacia la pistola que el detective Gray había dejado caer. Estaba junto al cuerpo del pobre hombre. Pedro la agarró con torpeza mientras se agachaba, intentando sujetarla bien.

Yo respiraba entrecortadamente, y el sudor me corría por los ojos, cegándome. La escopeta se abrió, luego la oí cerrarse otra vez, y sonó un disparo. Pedro intentó esquivarlo, pero el tiro le dio. Se tambaleó hacia atrás, agarrándose el estómago, con la sangre empapándole la camisa. Abrió la boca, con el dolor marcado en la cara, pero no le salió ni una palabra. Tuve miedo de que estuviera muerto.

—¡Maldita sea! —grité. Pegué el cuerpo al suelo, con las palmas ardiéndome contra el concreto.

El cañón venía hacia mí. Apenas podía respirar; el pecho se me subía y bajaba sin control. Ese era mi final, y lo acepté en silencio. Pensé en Anabelle, en volver a verla donde fuera que estuviera. Le pedí perdón en voz baja por haberle fallado.

—Lo siento, mi niña… lo siento tanto —sollocé, con la mejilla raspándome contra el concreto.

Entonces escuché movimiento. Algo afilado se arrastraba por el suelo.

Me atreví a mirar desde debajo de la camioneta. Unos pies sucios avanzaban, y detrás arrastraban un arma. Tenía que ser ella.

Saqué la cabeza para ver mejor.

—¿Anabelle?

El corazón me dio un vuelco al verla. Mi niña… delgada, débil, el pelo hecho un desastre, los ojos encendidos, salvajes. La hoja del hacha brilló bajo la luz del sol.

El hombre giró la cabeza, confundido, justo cuando ella atacó. El filo se le clavó en el centro del cráneo con un golpe seco y horrible. Su grito salió áspero y se cortó de golpe cuando su cuerpo cayó al suelo, con el hacha aún incrustada. La sangre empezó a brotar y a extenderse alrededor de él, empapando la tierra.

El grito de Anabelle fue puro instinto, dirigido al hombre que acababa de matar. Sin palabras, desgarrador. Luego se desplomó, el cuerpo temblándole sin control, con sollozos que le sacudían el pecho.

Corrí hacia ella y la abracé con fuerza.

—Estoy aquí. Ya estoy aquí, mi amor.

Se hundió en mí, escondiendo la cara en mi hombro, ahogando los sollozos. Las lágrimas le caían mientras se aferraba a mí, temblando.

—Mamá está aquí. Lo lograste. Sobreviviste. Eres una guerrera.

EPÍLOGO

AÑOS ATRÁS

Tropezó al salir del bar y, metiéndose en la oscuridad de la noche, atravesó el bosque hasta llegar a un claro, donde pudo sentarse en un tronco cubierto de musgo para fumar un cigarrillo. Timothy Logan se agachó detrás de un viejo roble, el mismo que estaba justo fuera del límite de Twin's Creek. Sus ojos se fijaron en el hombre al que había estado siguiendo: John. La iglesia blanca abandonada, la que Timothy conocía demasiado bien, estaba en su línea de visión. El pulso de Timothy se mantenía estable mientras se acercaba a escondidas.

Era esto. El momento que había estado esperando; todo lo que había planeado por fin se cumpliría. Había estado acechando a John durante semanas, observándolo y aprendiendo sus rutinas y sus vicios.

Esta noche, todo eso se acabaría.

Timothy avanzó sigiloso hacia él, acortando la distancia, con la respiración entrecortada, el único sonido que podía delatarlo. John se llevó el cigarrillo a los labios, y una bocanada de humo subió y se dispersó sobre su cabeza. No notó a Timothy. No tenía ni la menor idea de que estaba ahí.

Timothy por fin estuvo lo bastante cerca, y las palabras que había estado ensayando le subieron rápidamente por la garganta.

—Por fin te tengo —dijo, con la voz fría y firme.

John se quedó inmóvil, el rostro retorciéndose entre sorpresa y preocupación. Se giró lentamente, entrecerrando los ojos cuando vio la figura en la oscuridad.

—¿Timothy? —La voz de John tenía un tinte de incredulidad—. ¿Qué carajos haces aquí?

Los labios de Timothy se curvaron en una sonrisa amenazante, y su mirada helada no titubeó. Dio un paso más hacia él, seguro de sí mismo.

—Vengo por ti, John G. Bedlam —dijo. Cada palabra sonó como una amenaza final.

John soltó una risa corta, que rompió el silencio. Le dio otra calada al cigarrillo y exhaló despacio, como si todo fuera un chiste. Lo tiró a un lado y se puso de pie para enfrentarlo.

—Lárgate de aquí, Timmy —dijo, burlón—. ¿Otra vez oyendo voces? Ya me acuerdo de ti. Eres un caso raro. Fuiste de mis pacientes favoritos… pero eso ya se acabó. Vete.

La mano de Timothy se cerró en un puño a un lado del cuerpo, pero no reaccionó. Se mantuvo firme, tranquilo. No estaba ahí para discutir. Había venido a una sola cosa: terminar con eso. Ponerle fin al ciclo.

—No —dijo, con la voz firme, la rabia contenida asomándose—. Ya no soy Timmy. Me destruiste. Me tuviste años bajo tu control. Me usaste… me moldeaste… hasta convertir mi vida en un ciclo: comer, dormir, obedecer, repetir. Decías que tenías que ganar. Que tenías que dominarme.

Dio un paso más, ya a distancia de ataque.

—Se acabó, John. Ahora mando yo.

John parpadeó, rápido. Algo cambió en su mirada. Lo entendió. En el fondo lo supo: Timothy venía por él. Aun así, no retrocedió. En su cabeza, nunca había hecho nada mal.

—Hice lo necesario para que aprendieras a obedecer —dijo—. Eras imposible. Era la única forma: el ciclo. Y, si hace falta, lo repetimos.

Pero no había nada que arreglar. No después de años de abuso, de rabia acumulada. Hay cosas que, cuando se rompen, no vuelven.

Timothy respiró hondo.

—No, John. Eso ya terminó. Ahora yo soy el que manda.

Los ojos de John se movieron de un lado a otro, buscando salida. No la había. Lo vio claro en la mirada de Timothy: esto era el final.

Aun así, dio un paso al frente.

—Estás mal de la cabeza. Hay que sedarte —escupió, tenso, listo para lanzarse.

Timothy avanzó, con las manos detrás de la espalda.

—Entonces ven —dijo en voz baja.

John se lanzó.

Timothy ya estaba esperando.

En un movimiento seco, sacó el hacha que llevaba a la espalda y se la ensartó en su cuello.

John se llevó las manos a la herida, ahogándose, sin poder gritar. Timothy lo empujó al suelo y lo arrastró hasta una fosa cercana, ya abierta. Se quedó mirándolo, sin emoción, mientras la vida se le iba.

Cuando dejó de moverse, Timothy sacó el hacha y la limpió con la camisa de John.

Se inclinó un poco.

—Ahora yo soy Bedlam —susurró.



PRESENTE

Habían pasado aproximadamente tres días desde que Anabelle por fin se liberó de sus captores, después de que lograra matar a Fia Crabb y a Bedlam.

Anabelle estaba sentada en silencio en una silla rígida del hospital, al lado de la cama de Pedro, con los brazos cruzados contra el pecho como una barrera. El pitido rítmico de los monitores se le volvió familiar muy rápido, pero ver a su padre tan quieto, pálido y lleno de moretones le cerraba la garganta. El olor estéril del antiséptico se

pegaba a todo. Nathan estaba detrás de ella, sin saber si sentarse o mantener distancia.

Pedro casi muere. Los doctores dijeron que era un milagro que siquiera pasara la noche después del disparo. El detective Gray y Jolie Logan no tuvieron esa suerte. Murieron por las heridas de bala.

—Pensé que lo perdía —susurró Anabelle por fin, sin levantar la mirada.

Nathan le puso una mano suave en el hombro.

—Pero no lo perdiste. Va a vivir.

—Ojalá —dijo ella, con la voz baja—. Es un guerrero como yo.

No quería hablar de lo que había pasado, cómo escapó, lo que soportó o lo que tuvo que hacer para sobrevivir. No estaba lista. Los recuerdos eran como pedazos de vidrio en su mente. Cada vez que se acercaba a uno, la cortaba. Nathan pareció entenderlo de forma intuitiva.

No la presionó. Sabía que hablaría cuando estuviera lista. Lo único importante era que había logrado escapar y sobrevivir.

En cambio, decidió sentarse en la silla junto a ella, apoyando los codos en las rodillas y mirando a Pedro.

—Definitivamente es un luchador. Tu mamá me dijo que le tiró una piedra al tipo y agarró la pistola de Gray. Estuvo así de cerca de pegarle un tiro en la cara, incluso cuando Timothy le tenía una escopeta apuntada directo —dijo Nathan, en voz baja—. Supongo que de ahí te viene.

Anabelle le dio una sonrisa leve, sin humor.

—Me alegra que esté muerto, aunque fuera mi padre biológico. No merecía vivir después de lo que hizo. Secuestró y mató a Laura Perdita, a Jolie, al detective Gray… era un monstruo.

—Todavía no puedo creer que sea tu padre de verdad —dijo él—. ¿Crees que él lo supiera?

Ella dejó eso en el aire por un momento. No sabía qué decir. El aire frío entre ellos se volvió silencio. Al final, Nathan fue el primero en hablar, eligiendo cambiar de tema.

—Oye, cuando estés lista —empezó con cuidado—, quiero ayudarte a volver a ponerte de pie. A volver a correr en la pista.

Ella parpadeó, ida.

—¿Pista?

—Sí —dijo, mirándola a los ojos—. Sé que todavía amas correr y, cuando estés lista, ni un segundo antes, te ayudo a volver, paso a paso. Entrenamos juntos.

Se le hizo un nudo en la garganta al considerar la oferta de Nathan. A Anabelle todavía le dolían muchísimo las piernas, y las articulaciones se le sentían rígidas por días de estar encadenada. Y, para colmo, había estado severamente mal alimentada y desnutrida. Apenas estaba regresando a una dieta regular con comida normal.

No se había permitido imaginar correr otra vez, ni una sola vez. La idea de salir a correr la aterrorizaba, como si una garra de hierro le atravesara el pecho y le clavara las puntas directo en el corazón.

Pero oír a Nathan decirlo tan simple, como si fuera posible, le hizo creer que era algo por lo que podía trabajar, incluso después de todo.

—¿Harías eso? —preguntó, con la voz más baja que antes.

Nathan asintió.

—No estás sola, Anabelle. Ya no.

Ella miró otra vez a su padre, quieto en la cama, y luego a Nathan.

—Está bien —dijo en voz baja—. Un paso a la vez.

Nathan sonrió.

—Eso es todo lo que se necesita.

Después de estar un rato junto a su padre recuperándose, Anabelle salió de la habitación cuando Nathan se fue a casa. Encontró a su mamá en el pasillo. No había tenido una oportunidad real de hablar con ella sobre todo.

Anabelle se quedó de pie, nerviosa, a unos pasos, con los dedos temblándole mientras esperaba a que su mamá la viera. Helena alzó la vista y sonrió, con la expresión suavizándose en cuanto vio a su hija golpeada.

—Hola —dijo Anabelle con cuidado, acercándose—. ¿Podemos hablar?

Helena asintió.

—Sí, claro.

Encontraron un rincón tranquilo, junto a una ventana grande. La luz de la tarde proyectaba sombras rectangulares largas sobre el

piso de linóleo.

—Solo quería decir… lo siento tanto por todo esto. Por hacerte pasar por todo esto. Tanto… tanto sufrimiento… y dolor —suspiró Anabelle.

—No te preocupes por eso, mi niña. Solo estoy aliviada de que estés aquí conmigo. Nada más importa —prometió.

La mamá de Anabelle la atrajo hacia sí y la abrazó de lado, con los dedos masajeándole el pelo con suavidad.

Helena inhaló hondo, con los ojos brillosos.

—Sé que tienes preguntas, y quiero responderlas lo mejor que pueda. No podía creer que Timothy Logan resultara ser quien era. Eso fue lo último que pensé que pasaría. Pero esto es algo que debí decirte hace mucho tiempo. Perdón por nunca hacerlo.

Anabelle ladeó la cabeza, curiosa, pero ya esperando la respuesta.

—¿Qué cosa?

La voz de Helena se quebró un poco.

—Fuiste adoptada. Nunca quisimos ocultártelo, pero… supongo que nos dio miedo cómo te ibas a sentir con eso. Lo siento.

Anabelle parpadeó, sorprendida pero calmada.

—Ahora ya lo sé con seguridad. Entonces Bedlam era mi padre.

El entrecejo de Helena se frunció.

—Sí, lo era.

Anabelle asintió despacio.

—Lo deduje después de ver una foto mía de bebé que él tenía. Me di cuenta de que yo era la segunda Calliope, su segunda hija. La primera bebé murió. Tiene sentido que me hayan dado en adopción. Y también tiene sentido por qué me secuestró. Estaba buscando pacientes que se parecieran a Jolie Logan, su exesposa. Pasó por mucho sufrimiento, mamá. Un día te lo voy a contar todo, y a cualquiera más que quiera saber. Estaba bien mal de la cabeza. Gracias a Dios ustedes me adoptaron.

Helena bajó la mirada, con las lágrimas acumulándose.

—Gracias por perdonarme.

Eligió no decirle toda la verdad en ese momento, pero lo haría con el tiempo, cuando todo se calmara. Helena había dicho la verdad sobre haber adoptado a Anabelle de bebé, pero no era tan oficial

como Anabelle quizá pensaba. La mente de Helena volvió a ese día fatal.

Una noche de lluvia en Whisper's Creek, en la acera junto a un orfanato, Helena vio a Anabelle siendo bebé, cuando todavía se llamaba Calliope. Ahí fue cuando el curso de su destino cambió para siempre.

Había una pareja discutiendo que acababa de adoptarla. Se peleaban por un cigarro. Tenían la espalda vuelta y no se dieron cuenta de que el cochecito había empezado a rodar por la acera. La vida de Anabelle estaba en peligro mortal. ¿Y si se iba a la calle, directo al paso de carros a toda velocidad? Habría tenido el mismo destino que la primera Calliope, la primera bebé de la trágica pareja de Timothy y Jolie Logan.

Helena corrió tras el cochecito y lo detuvo. Vio a Anabelle y lo preciosa que era. Vio a la pareja todavía peleando a la distancia en la acera. No podía creer que aún no se hubieran dado cuenta de dónde había ido a parar su hija recién adoptada.

Anabelle le sonrió a Helena y le estiró los bracitos. Helena la tomó con cuidado del cochecito, asombrada ante ese bulto de alegría. Anabelle le tocó la cara de inmediato y apoyó la cabecita en su cuello. La sangre le bombeó a Helena por todo el cuerpo y el corazón se le hinchó de amor. Tomó una decisión rápida y desesperada.

Se giró y se fue, llevándose a Anabelle, apretándola contra el pecho mientras lloraba lágrimas de felicidad. Helena nunca miró atrás. En su mente, había salvado a esa bebé, y era su milagro para amar y proteger por siempre.

Pedro aceptó a la bebé como suya de inmediato, incluso cuando enfrentó la verdad oscura que Helena le confesó. Pedro estuvo de acuerdo; era su bebé milagro. Iba a estar más segura y más amada con ellos. Se fueron de Whisper's Creek esa misma semana y se mudaron a Gravestone.

Esperaron noticias de una bebé desaparecida, perdida después de ser adoptada de un orfanato en Whisper's Creek. Nunca llegaron. Más razón para que Helena creyera que había hecho lo correcto desde el principio.

Y así quedó.

La mente de Helena volvió al presente. Pensó en lo que había hecho y en cómo siempre creyó que había sido lo correcto. Todo lo de Bedlam tal vez era un golpe kármico que arrasó sus vidas por lo que ella hizo. Porque, incluso con sus intenciones más puras y nobles, igual robó a una bebé esa noche. Una bebé que no le pertenecía. Aun así, el precio se había pagado. ¿En su totalidad? Eso estaba por verse.

Helena y Anabelle se quedaron en un abrazo silencioso, dos personas unidas por amor y por lo que habían vivido juntas como madre e hija, aunque no por sangre.

Al separarse, Anabelle sonrió apenas.

—Nunca más voy a correr afuera sola.

Helena alzó una ceja.

—Gracias.

La mirada de Anabelle se suavizó al ver por la ventana, con el sol cayendo en el horizonte.

—Ahora Nathan siempre va a estar conmigo. No voy a estar sola. Nunca más voy a correr sola.

Helena suspiró, con el alivio sintiéndolo por todo el cuerpo.

—Gracias a Dios.

Anabelle asintió; una chispa nueva de vida le brilló en los ojos.

—Sí. Nunca más voy a olvidar lo que realmente importa.



NOTICIAS DESDE WHISPER'S CREEK:

Meses después, la increíble historia de Anabelle, de supervivencia, resiliencia y valentía a manos de sus secuestradores violentos y salvajes, se convirtió en titular nacional. Muchos no podían creer que Anabelle hubiera sido sometida a un trato tan cruel y horrendo, especialmente cuando se reveló que todo había venido de manos de

su padre biológico, Timothy Logan, un hombre con historial de enfermedad mental severa, que se hacía llamar Bedlam.

Cuando le preguntaron qué tenía que decir sobre la experiencia, no quiso volver a tocar el tema. Algo perfectamente entendible, dadas las circunstancias por las que pasó la pobre joven. Lo único importante es que sobrevivió.

Sin embargo, cuando la presionaron, dijo solo esto y nada más:

"Los monstruos nunca ganan."



EN OTRA PARTE…

De vuelta en Whisper's Creek, Lonnie Jacobs estaba sentado en el suelo de su cuarto a oscuras, con una muñeca pintada acunada en las manos. Llevaba un traje de látex ajustado y una máscara que parecía una muñeca pintada. Y le susurraba…

—Shhh, mi dulcecita. Esos no son mis secretos para contarlos. Nuestro tiempo en Gibraltar se acabó… ya no estamos confinados al infierno.

FIN.

¡GRACIAS AL LECTOR!

Muchas gracias por leer este libro: LA HABITACIÓN PROHIBIDA.
Si te gustó este libro, asegúrate de suscribirte a mi boletín para recibir libros gratis, actualizaciones sobre futuros lanzamientos y mucho más.
Visita https://www.spencerguerreroauthor.com para registrarte.
¡Por favor, considera dejar una reseña! ¡Las leo todas! ¡Me ayuda muchísimo como autor! También puedes etiquetarme:
Mis redes sociales:
Instagram: @SpencerGAuthor
Facebook: https://www.facebook.com/spencer.guerrero.71
Grupo de lectores en Facebook: @THE SUSPENCERS
TikTok: @SpencerGAuthor

¡MÁS LIBROS!

LIBROS EN ESPAÑOL:

MI HIJO ES UN ASESINO

LA HABITACIÓN PROHIBIDA



LIBROS EN INGLÉS:

MY SON IS A MURDERER

MY FATHER IS A SERIAL KILLER

MY WIFE'S STALKER

MY MOTHER-IN-LAW MUST DIE

THE NIGHT THEY TOOK MY SON

LOCKED IN A STRANGER'S ROOM

They're all available in paperback/digital formats on Amazon and Kindle Unlimited!

AUDIBLE TITLES:

MY SON IS A MURDERER

MY FATHER IS A SERIAL KILLER

MY WIFE'S STALKER

A MURDER IN THE NEIGHBORHOOD

MY MOTHER-IN-LAW MUST DIE

THE NIGHT THEY TOOK MY SON

AGRADECIMIENTOS

A mis nuevos y fieles lectores, ustedes son mi motor. Son la razón por la que escribo libros. Son la razón por la que siento tanta pasión por sacar estas historias al mundo. Soy muy afortunado de tenerlos a todos. Leo y valoro cada reseña más de lo que pueden imaginar. ¡Me encanta escribir libros y me encanta poder compartirlos con ustedes!

Un ENORME agradecimiento a mi editor por ayudarme a pulir y mejorar estas historias deliciosamente retorcidas.

Un GRAN agradecimiento a todos los miembros de estos grupos de libros en Facebook por su apoyo: *Psychological Thriller Readers, Psychological Thrillers Book Club 2x, Bookmark Baddies, Linda and Friends Book Club, Tattered Page Book Club y Sarah's Book Club.*

También quiero expresar mi enorme gratitud a mis EXCELENTES LECTORES ARC y LECTORES BETA. ¡Gracias por siempre leer, reseñar, recomendar, compartir y publicar sobre mis libros! ¡Ustedes son INCREÍBLES!

¡SUSPENCERS, BABY!

SOBRE EL AUTOR

Me llamo Spencer Guerrero. Nací y crecí en Florida y soy de ascendencia nicaragüense. Soy autor autopublicado y escritor de thrillers psicológicos y novelas de misterio y suspenso. Anteriormente fui guionista independiente y fui contratado para escribir la adaptación de un libro religioso de ciencia ficción/fantasía, el guion de una película navideña animada, tres cortometrajes y otros trabajos que incluyeron la escritura y el desarrollo de historias para personajes animados con licencia.

Decidí cambiar de rumbo para poder enfocarme en el tipo de historias que realmente quería escribir. La autopublicación me pareció la mejor opción y desde entonces no he mirado atrás.

Mis géneros favoritos son la ficción juvenil (YA), el misterio y thriller, la fantasía y la ficción literaria. Además, me gustan los memes graciosos de gatos y las comedias oscuras, ¡y juego baloncesto!